

CANTO DE CIGARRAS



Grupo Letras

Canto de cigarras

Canto de cigarras

Novela colectiva

Grupo Literario Letras
Departamento de Desarrollo Artístico
Universidad Eafit
2018

Silaba

The logo for 'Silaba' features the word in a serif font above a stylized graphic of an open book with three wavy lines representing the pages.

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

The logo for Universidad Eafit consists of the word 'UNIVERSIDAD' in a smaller, bold, sans-serif font above the word 'EAFIT' in a larger, bold, sans-serif font. A horizontal line is positioned below 'EAFIT', and a registered trademark symbol (®) is located to the right of the line.

Vigilada Mineducación

Canto de cigarras : novela colectiva / Ana María Cadavid y otros. --
Medellín : Sílabas Editores : Universidad Eafit. Desarrollo
Artístico, 2018.

222 páginas ; 21 cm. -- (Coediciones)

ISBN 978-958-56415-8-7

1. Novela colombiana 2. Ciudades y pueblos - Novela 3. Vida cotidiana - Novela 4. Amor - Novela 5. Soledad - Novela

I. Cadavid, Ana María, autora II. Serie.

Co863.6 cd 21 ed.

A1587335

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Canto de cigarras

Novela colectiva

ISBN: 978-958-56415-8-7

© Ana María Cadavid y otros

© Desarrollo Artístico, Universidad Eafit. Grupo Literario Letras

© Sílabas Editores

Primera Edición: Medellín, Colombia, enero de 2018

Coordinación editorial: Lucía Donadío y Alejandra Toro

Corrección de estilo: Rubelio López

Ilustración de carátula: Ana María Cadavid

Diseño caratula: Ana María Cadavid

Desarrollo Artístico, Universidad Eafit

Carrera 49 No 7 sur - 50

www.eafit.edu.co/artistico

dllo.artistico@eafit.edu.co

Sílabas Editores www.silaba.com.co / silabaeditores@gmail.com

Carrera 25A No. 38D sur-04. Medellín

Impreso y hecho en Colombia por: Artes y Letras S.A.S. / Printed and made in Colombia

Reservados todos los derechos. Prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento.

Contenido

Un grito abandonado en un taxi	11
En busca de un investigador	15
Enamorado de unos pies	23
Se abre la memoria	35
El caso	39
Placer en los prismáticos	43
La confrontación	49
Capoteando preguntas	51
Cruce de cartas	59
El conductor	69
La regenta	73
Cenizas	83
Cruce de cartas	89
Refugio en Ráquira	97
Una última carta	107
Dos hermanas que no se hablan	109
El secreto	113
Hermanos de crianza	117
Cruce de cartas	123
Como de la familia	133

La estafeta	137
Amigo de infancia	141
Ella lo veía todo	145
Un correo	149
Viaje a España	151
La negra cantó	155
Se agota la memoria	163
Rifirrafe	169
Otro encuentro	171
Reportaje	173
La taxidermia	181
Mano derecha	183
Punto final	187
Testamento	193
El Fénix	197
Soliloquio	203
Dos sobres	207
La noticia	211
No existe vida después de la muerte	213
Los autores	217

Personajes:

El Perico = Santiago Hoyos Buitrago
Marta = Marta María Peláez Gaviria
Elsa = Guadalupe Rivera
Santiago = Marta María Peláez Gaviria
Ramírez = José J. Duque
Soto = José J. Duque
William = William Arango Hurtado
Nury = Marta María Peláez Gaviria
Celia de Zubiría = José J. Duque
Andrés = Andrés Aramburo
Francisco Soledad = David Roldán Palacio
Paula = Paula Gaviria Gaviria
Federico = Santiago Fiallo
Anama = Ana María Cadavid Moreno
Josefina = Ana María Franco Quintero
María Clara = María Clara Salinas y Ana María Jaramillo
Elena = Elena Mejía Uribe y María José Gaviria Olarte
Ariana = Oriana Maya Marín
Julián = Natalia Restrepo Córdoba
La empleada = Alejandro Álvarez Vanegas
Lucrecia = Lina Marcela Cataño Bedoya
La Negra = Blas Navarro Meza
Periodista = Mónica Quintero Restrepo
Taxista = Laura Usma Márquez

Un grito abandonado en un taxi

El Perico (Cartagena, 4 de octubre de 2016)

Tengo problemas por todas partes, pero hay dos que me dan mala vida. El primero es que me parezco a todo el mundo. En serio, cuando alguien me conoce, me dice que me parezco a su primo Bartolomé, a su amigo Aristóbulo o a Emilio, el de la novela de las siete. Es más, hace dos meses salí de la cárcel de Ternera, a donde llegué porque me habían confundido con otro y no tenía mi cédula para defenderme de esos maricas. En este momento me están buscando porque piensan que soy quien no soy –y escribo esto por si algo me pasa...–. Pero el segundo problema es peor: se me olvidan las caras. Todas. No me acuerdo de la de nadie, y por esos dos líos es que estoy en lo que estoy.

Hace dos meses no podía dormir. Una noche me levanté del cambuche del corredor y le dije a William, el que se turnaba conmigo para dormir ahí, que si quería se durmiera toda la noche. Me dijo que tampoco podía dormir, y entonces calentamos el poquito de café que me quedaba en la parrilla que improvisamos los del patio y nos sentamos a embobar el sueño. Me preguntó que qué me pasaba y le dije que ese día mi abogado me había dado dos noticias. La buena era del juez: había resuelto dejarme libre; la mala, del neurólogo: tengo un tumor en el cerebro y por eso no reconozco la cara de nadie. William se rio de sus problemas después de escucharme. Lo estaban

buscando para matarlo, eso dijo. Que un amigo con quien había hecho negocios. Que él sabía que iban por él.

Al otro día le llegó un paquete a William: una bolsa con artículos de aseo. Se afeitó, se cortó el pelo, y cuando salió al patio lo confundieron conmigo. Se encontró con Ancízar. Casi le saca un ojo con una cuchara aunque William le juraba a los gritos que él no era El Perico, y yo le debía plata al Ancízar. Uno debería escoger a quién se parece.

Por la noche se resolvió todo, William me cedió el cambuche esa vez. Le dije que no era bueno eso de pasar derecho dos noches seguidas, pero él respondió que necesitaba pensar. Que se le había ocurrido algo. Por la mañana, después del desayuno, me propuso que me hiciera pasar por él cuando yo saliera libre. Que él me pagaba la cirugía. Le iba a decir que ni de fundas, pero no me dejó hablar. Que lo pensara, que tranquilo... Y de tranquilo, nada. Yo estaba encerrado en mis posibilidades. No tenía con qué pagar la operación. Si el tumor llegara a crecer, no me reconocería en el espejo y dejaría de saber quién soy yo. Y bueno, no quería saber más de crímenes ni matones, pero le di vueltas a eso todo el día. Por la tarde alguien me susurró por la espalda: “Ayer no me pagaste, hijueputa...”, y claro, yo solo vi a *alguien*, alguien que podría haber visto todos los días sin saber quién es. “¿Ancízar?”, pregunté; entonces reconocí la risa de William. Me preguntó qué había pensado y yo aún no estaba seguro. Me dijo que me pagaba la operación, que qué más quería. Entonces le exigí plata y dijo que sí. Me entregó su cédula, las llaves de su casa, un papelito con una dirección y un teléfono, y se volvió a reír de mí. “Gracias”, me dijo.

Ya llevo una semana haciéndome pasar por él, escondido en el hotel Topacio, en una pieza en obra gris que ni siquiera tiene ventanas. William reservó

la habitación y me hizo llegar dos mudas de ropa (de él, claro). También me dejó un tiquete de avión para Florencia, Caquetá, que sale hoy a las siete de la noche. En el closet encontré un morral con pesos, dólares y un celular prepago. Nada de esto está bien. William no llama desde hace tres días y temo por él. (Voy a comprar un lapicero nuevo en la tienda, carajo...).

Dos policías acaban de abordarme en la tienda. Me estaban esperando. Me pidieron la cédula, uno se llevó la mano a la cintura y no tuve otra opción que entregarles el documento de William. Lo vi en la mirada de uno de ellos: ya me cogieron. Había mucha gente en la calle y creo que eso los detuvo (por ahora). Tengo que pedir un taxi ya mismo.

Una moto sigue al taxi. No sé si sean “los policías”. Tienen otra ropa. Me da la impresión de que... No, no. Más bien me bajo, voy a un baño, me afeito el bigote y me corto el pelo. Anotaré cualquier nove

En busca de un investigador

Marta (Medellín, 10 de noviembre de 2016)

Nueve y media: abre la puerta, corre hasta su cuarto, enciende la luz y lanza la mochila a la cama. Inicia su computador. Marta busca con urgencia en el bolsillo un cordoncito rojo. Pesca la memoria y la conecta.

Cuatro carpetas:

.Cartas

.Grabaciones y testimonios

.Soto

.W A

Le da clic a Soto:

Cuando estaba solo en su despacho, acostado en el sofá con las manos tras el cuello y las piernas cruzadas, el Inspector Soto cerraba los ojos y pensaba en irse, conseguir un empleo de jardinero o de acomodador de cine en otra parte. Un apartamento chiquito, dos libros, un perro. ¿Para qué más? Desde una ventana abierta ver las formas caprichosas que forman las nubes en el cielo. Un rincón modesto en el que las estrellas den las buenas noches y hacia el que parpadearan sin mayor significado, como decía la Wisława Szymborska.

—¿¡Soto duerme en ese sofá inmundo!?

Marta toma su teléfono y busca a Elsa. Recuerda su última reunión.

La oficina de la profesora tapizada de legajos, libros azules y verdes con letras doradas en el lomo que no dejaban duda de su contenido: *Código penal colombiano*, *El crimen y sus consecuencias históricas*, *De asesinos y sus víctimas*, *De la antijuridicidad y otros temas*, *Documentos para el examen preparatorio*, *De los delitos y las penas...* En los espacios vacíos diplomas de especializaciones, maestrías y doctorados que achicaban la oficina.

Elsa la había mirado por encima de las gafas.

–“Aproximación axiológica a un crimen perfecto...”. ¡Eso no existe, Marta! Y si no existe el crimen perfecto, ¿de dónde va a sacar las razones? ¿Qué lógica ética va a tener su tesis?

–Disculpe que la contradiga –las mejillas se le habían encendido–, pero existe. No se puede probar, aunque sí se puede imaginar. Y pensándolo bien, “El crimen perfecto no es aquel que se queda sin resolver sino aquel que se resuelve con un falso culpable”. Y yo quiero encontrar las razones que llevan a alguien a cometer un delito doloso, o con sevicia, con el placer del criminal... ¡El placer de la venganza! –Lo decía mientras pensaba en *Crímenes de Oxford*, aquella película que vio con Santi a escondidas de su suegra y en la que le decía a él que eso era lo que quería hacer como tesis: encontrar el crimen perfecto. Si al Derecho Penal se debía dedicar, como su familia, entonces sería una abogada que ayudara a resolver los crímenes. Pero esto no se lo quiso contar a Elsa. Había muchas cosas que no le decía, cosas que ella se guardaba para sí misma.

–¡No, pero qué imaginación tiene usted! ¡Cada vez más empeliculada! ¡La siesay de la facultad, pues! ¡Dedíquese a leer los documentos que le mando!... Vea, Marta, hagamos una cosa: le voy a colaborar para que se gradúe, para que tenga algo que hacer en la vida... –Marta sintió un cosquilleo en la boca del estómago–. Vamos a confrontar su nivel

de realidad... Busque un investigador, un detective, aunque sea un policía si no le da para más... Deje que le cuenten lo que ellos saben, úntese, indague en la mente criminal desde el otro lado, pregunte a ver qué le responden y tráigame por lo menos un crimen perfecto. Nos vemos en dos semanas.

—¿Investigador, detective? ¿Y de dónde voy a sacar uno!?

—Ese es su problema.

Marta no cabía de la dicha. Ya tenía permiso para hacer lo que desde el principio de su especialización había pensado: convertir el aburrido Derecho Penal en una cuestión de literatura, darle un vuelco a una vida mediada por el deber, por el blanco y negro, por la mirada que no iba más allá de los códigos. ¿Dos semanas para entregar el proyecto de grado? Llamaría a Santi y descorcharía esa botella guardada desde la Navidad pasada y... ¿Y de dónde iba a sacar un investigador, un detective, aunque fuera un policía!?. Caminó rápidamente hacia la salida para tomar un taxi. Se sentó en el asiento trasero sin decir nada, después de mascullarle la dirección al chofer. Llegó a su casa decidida a darse un baño en la tina. Puso a calentar el agua con sales. Encendió una vela antes de sumergirse.

Trató de desconectarse del mundo, pero el celular no dejaba de sonar. Llamadas y mensajes de WhatsApp. Sabía sin mirar que era Santiago. Después de salir de la tina, se puso una sudadera para comenzar a trabajar. Tiró en el piso un directorio viejo, el celular y el teléfono. Encontró en la sección de investigadores nombres sugestivos como “Ex-pia investigaciones”, “Hallazgos e investigaciones”, “El especialista”, “Detectives de infieles”, “Las secretas detectives”. Y comenzó a llamar.

Su madre le tocaba la puerta y Marta le respondía que estaba haciendo una tarea.

Piiiiiiiiiiiiiii.

–Buenas tardes “*Sex-pias Detectives*”.

–Buenas, ¿puedo hablar con algún detective privado?

–¿Es usted cliente nuestra?

–No, pero...

–Ah, entonces requiere una cita, dígame qué quiere que le investiguemos. Por su voz, me imagino que se trata de una infidelidad.

–No, pero...

–Entonces, ¿quiere espiar a sus empleados para ver si cumplen con su trabajo o le dicen mentiras?

–Tampoco.

–¿Quiere espiar a su amante?

–No, oiga...

–Niña, esta es una oficina seria, no es para charlas infantiles.

–No me cuelgue, mire, necesito hablar con alguien para una investigación.

–Ah, nos quiere investigar... ¿Acaso nos va a denunciar? Sepa muy bien que nosotros contamos con los mejores abogados y podemos investigarla a usted.

Su madre abrió la puerta.

–Santi vino a verte.

–¿Por qué no contestas mis mensajes? –le preguntó Santi, por encima del hombro de la mamá.

Marta agitó la mano para que se sentara.

–No señora –dice al teléfono–, es para mi tesis de grado de la Especialización en Derecho Penal... Mire, quiero entrevistar a un investigador privado para conocer un crimen desde adentro, para ver qué piensa...

–...

–Colgaron.

–¿En qué rollo andas? –pregunta Santiago.

Marca de nuevo el teléfono sin responderle a su novio.

–¿Detectives Infieles?

–Señorita, quiero hablar con su jefe o con un detective privado.

–...

–¡Colgaron!

–¡Por Dios! ¿En qué película andas?

–Nada, es para un trabajo... La profe, ¿te acordás de la profe que te dije que era una tesa...? ¡Aceptó dirigir mi trabajo!

–¡Súper! Y lo del investigador, ¿es de verdad?

–...

–Marta...

–Shhhhhh.

–Marta...

–Shhhh... ¿El Especialista?

–“El Especialista investigaciones”. Por favor deje su mensaje después del tono....

–Marta, escúchame.

–¿Qué?

–En estos días vino alguien para hablar con mi mamá. Dejó...

–¡Santi, necesito un investigador de carne y hueso!

–Por eso, es lo que te estoy diciendo. Vino un investigador a hablar con mi mamá. Parecía serio... creo que tengo en el carro su tarjeta...

–¿De verdad? ¡Sí! Vamos y la buscamos...

–En realidad eran dos, un par de tipos raros, si los vieras, parecían salidos de una película vieja.

–Y ¿por qué un investigador? ¿Qué le pasó a tu mamá?

–¿Te acordás del tío de mi mamá? ¿El que mataron en Cartagena?

–Sí, claro. Un homicidio muy raro. Me acuerdo de que me contaste que no le robaron nada.

–Raro, eso es seguro, pero lo que investigan por ahora es quién lo mató. Por eso fueron al hotel para hablar con mi mamá –le da la tarjeta.

–“Soto - Investigador 555 123 17 06”. Lo voy a llamar. ¿Y cómo fue esa visita a tu mamá? ¿Estabas ahí?

–Sí, pero se encerraron en la oficina. Mi mamá me contó que el ayudante de Soto, un tal Ramírez, grabó todo lo que conversaron, y hasta tomó fotos. Que le hicieron muchas preguntas, pero cuando les preguntó por la investigación, no soltaron ni media...

–Bueno, dejame y lo llamo... Yo te voy contando.

Volvió al cuarto y después de guardar el número entre sus contactos, marcó.

–¿Investigador Soto?

–El Inspector Soto no atiende llamadas.

–¿Inspector o investigador?

–A él le gusta que lo llame Inspector...

–¿Con quién hablo?

–Ramírez, habla con Ramírez.

Marta le habló de su tesis y la necesidad de un investigador, un profesional, un indagador, un crimen. Ramírez preguntó por sus estudios, su edad, su familia, su contextura.

–Oiga, ¿estoy en un interrogatorio? ¿Pasé el detector de mentiras?

–Niña, no se me agalline así... Si quiere yo me puedo reunir con usted al final de la tarde.

–¿Hoy mismo?

–Hoy, 20 de febrero de 2017 a las seis de la tarde en la puerta del Museo Botero.

–Pero yo quería hablar con el investigador.

–Niña, el Inspector Soto es un hombre muy ocupado. Para eso estoy yo –y cortó la llamada.

Marta llegó temprano y, antes de entrar, lo buscó entre las personas que transitaban a esa hora cerca a la puerta, por Carabobo. Se lo imaginaba alto, delgado, con un sombrero gardeliano y un cigarrillo en la boca. Se rio de sus clichés. En las escalas del museo un hombre alto y delgado, con ci-

garrillo, pero sin sombrero, se le acercó y le dijo: Usted es Martha.

—¿Cómo lo supo? —preguntó, sonriendo por ese acento agringado que de inmediato sintió en una TH en medio de su nombre.

—Dígame, ¿por qué está interesada en un detective privado?

—Quiero conocer la historia de un crimen desde adentro.

—¿Para qué? ... ¿Qué tipo de crimen?

—Un crimen, usted sabe... un muerto, un sospechoso, un asesino, ese tipo de cosas.

—¿Y no le parece redundante investigar a un investigador?

—Aunque le suene redundante.

—No sé si usted sea la indicada —Ramírez la analizó de arriba a abajo.

—Yo todavía no soy, pero espero ser tan fuerte como el deseo que tengo de encontrar los hilos que se tejen en torno a un crimen.

—Crimen, crimen, crimen... ¿No le parece que esa palabra es muy corta para contener todo lo que abarca un verdadero...?

—¿Crimen? ¿Iba a decir crimen?

—No ponga palabras en mi boca, Martha.

—Y bueno, ¿cuál es el misterio con Soto? ¿Por qué no puedo hablar con él? ¿Por qué tengo que hablar con usted?

—Él es la cabeza y yo...

—¿La cola?

—Está muy equivocada, yo estoy adentro... Mírelo, está sentado en el café... ¿Lo ve?

—¿Cuál? ¿El hombre de negro?

—Así es... obsérvelo. ¿Ve cómo aspira el humo del cigarrillo?

- Normal...
- ¿Normal? Fíjese cómo mira a su alrededor. Nada queda por fuera de su bocanada de humo.
- Oiga, nos está mirando...
- Eso no es bueno para usted ni para mí.
- ¿Por qué?
- Él es hermético y receloso, sobre todo con las nenas como usted.
- Pero yo quería hablar con él.
- Ya está hablando con él, ¿no se ha dado cuenta?
- Esta conversación parece un acertijo...
- Aléjese sin despedirse y no mire atrás.
- ¡Matrioskas!
- Muñeca rusa... siga su camino.
- Pero...
- Vaya a su casa y escriba esta conversación.

Enamorado de unos pies

Ramírez (Medellín, 4 de noviembre de 2016)

Como las notas musicales son do, re, mi, fa, sol, la, si, los dedos del pie son: dedo gordo, dedo segundo, dedo tercero, dedo cuarto y meñique. Y, si los ojos son el espejo del alma, los pies, para mí, son el reflejo del corazón. Desconfío de una chica de pies cuadrados con los dedos cortos y romos; estas, presiento, tienen un signo de interrogación enredado en el corazón. Aquellas mujeres con un dedo segundo nudoso y engatillado, seguro deben ser románticas conversas con un caparazón en el corazón. Una chica de pies planos debe tener cerrado el corazón por bancarrota. Un dedo gordo achatado y entortugado (como un Volkswagen) corresponde a una mujer con el corazón en sobrepeso.

Cada pie es único, pero en general, de acuerdo al tamaño y disposición de los dedos, los han clasificado en tres grupos: pie egipcio, pie romano y pie griego. El egipcio, el más común, tiene el dedo segundo más corto que el gordo y a mí me cae gordo, como me cae gordo también el pie romano. En él, dicen, el gordo y el segundo son del mismo tamaño. Yo soy admirador (cazador y coleccionista) del incomparable pie griego: si miran hacia abajo cualquier estatua de toda la Hélade, se quedarán helados al encontrar que el dedo segundo se adelanta solo una cabecita a los otros de una forma estética, tierna y casi filosóficamente irresistible. Según la leyenda, dicen, las diosas griegas tenían ese tipo de pie. Significa fuerza, inteligencia y atracción sexual. Así eran los

pies de Martha: una preciosa reencarnación del auténtico pie griego.

Mi nombre es Alejandro Ramírez. Mi signo es acuario. Mi madre se llama Margarita, mi padre Alfonso y mi hermano Agustín. Mi debilidad son los pies y mi profesión ayudante de inspector (si es que esta profesión existe). En las mañanas, desde niño, oigo música en mi mente. Creo en la resurrección de los muertos y en un mundo futuro. Soy soltero, no tengo hijos. Tres veces al día como un relojito, voy al baño a hacer pipí. Nací en Rionegro, Antioquia. Me crié en una finca muy pobre y alejada, solo hasta la adolescencia conocí la ciudad: Medellín y sus edificios. Recuerdo mi impacto al ver El Coltejer como un monstruo o un dinosaurio. Recuerdo las esquinas interminables que se tragaban las calles y las aceras grises. Los buses y camiones seguidos de una sombra cuadrículada negra. El viento contra la cara olía a chimenea de fábrica, a humo de carro. Faltaba el canto del gallo y el mugir de la vaca, faltaba el crepitar de la leña en la cocina. El rumor del río. En la ciudad todos eran serios: el señor de sombrero con el periódico bajo el brazo, el oficinista miope de gafas gruesas y corbata, el chofer del bus, el policía verde dándole vueltas al bolillo como si fuera una hélice, las gitanas de faldas largas y conducta corta. Hasta el rocío de la mañana era serio porque carecía de frescura. Uno se acostumbra a todo. En las noches de entonces, como en las de ahora, había explosiones lejanas de pólvora o de bala, un grito, algún frenazo en seco, la sirena de una ambulancia, un borracho que canta; cosas normales de la ciudad a oscuras como el zancudo aquel rozándote el cachete. Las luces de Medellín me miraban por la ventana.

Estudié bachillerato en el Pascual Bravo y después me reclutaron para el ejército. Prestando servicio militar conocí al Inspector Soto. La vida nos niveló: allí ambos éramos soldados rasos (tan jóvenes y frondosos), con el tiempo fuimos

amigos. Nunca pensé que iríamos a trabajar juntos. El mundo da muchas vueltas.

Cuando la vi por primera vez en el Museo Botero, llevaba sandalias de plataforma y desplegaba en abanico diez dedos largos y estilizados sin ningún nudillo. El arco interno, alto y prolongado, subía en una suave curva hasta el talón color rosa en la cumbre (iba a escribir acrópolis) del calzado. ¡Un par de pies cinco estrellas de leche y miel! Y, como si esto fuera poco, noté que el dedo segundo se adelantaba una nota a los otros, dándole a todo el conjunto esa naturaleza musical e irresistible del auténtico pie griego.

La miré y la miré, y supe con toda certeza, como de que me voy a morir, que me encantaba.

Estaba ordenando papeles y pasando información al computador, cuando llamó: una vocecita de muchachita *play* que necesitaba no sé qué, tan natural, tan musical, y especialmente tan llena de inocente interés, que la dejé hablar solamente para escucharle la voz.

—Aló... ¿Oficina del Investigador Soto?

—Sí. Inspector. A él le gusta que lo llamen Inspector. ¿Qué se le ofrece?

Me explicó en esa entonación estrato seis que arrastra la última sílaba de las palabras, que era estudiante de posgrado en Derecho Penal y necesitaba para su tesis de grado hablar con un investigador de verdad. Uno de esos que busca las pistas y esclarece los asesinatos como en las películas, que, según ella, se quedan cortas comparadas con la espeluznante realidad. Parecía sincera. Pero como en este negocio no nos confiamos de nadie, le hice unas preguntas más sobre su familia, sobre sus estudios y en especial sobre su edad y contextura. Dijo que vivía en Envigado, en el barrio Zúñiga, que su familia era de los Peláez de Sonsón, que estudiaba en

Eafit y su promedio era el más alto. Que tenía 24 años, medía uno sesenta y era delgada y blanca. Una polla de abogada inocente todavía, me dije. Pero: ¿cómo decirle que no a esa voz tan linda?

–Oiga, ¿estoy en un interrogatorio? ¿Pasé el examen?

–No se me agalline tan fácil –le respondí–. Si quiere me puedo reunir con usted al final de la tarde.

–¿Hoy mismo?

–Hoy, febrero 20 de 2017 a las seis de la tarde en el Museo Botero.

Llegó temprano. La vi buscándome entre las personas de la carrera Carabobo. Fue tan fácil reconocerla: desentonaba con el ambiente. Aturdida por el caos del Centro entró al Museo. Sí, era como lo dijo ella por teléfono. No pude evitar mirarle los pies. Tenía sandalias como me lo soñaba y, como en mi sueño, vi calzados en ellas un lindo par de pies griegos que rimaban perfecto con esta Artemisa moderna.

Era una muchacha de miembros largos, pelo corto, pómulos altos y anteojos en nácar grueso de nerd, tenía los pechos puntiagudos y una pequeña boca roja. Recuerdo nítidamente que cuando nos encontramos en la puerta del Museo alabé su interés por nuestro trabajo. Martha, un encanto de yines precisos y camiseta polo –ambos de marca-, con aretes de perla, cinturón café, y encantadoras sandalias con deditos perfectamente helenos, dijo que buscaba al Inspector Soto.

Nunca había pensado que esta niña, tan ingenua como altiva, con su ciega fe en la justicia y en un tal club de escritura llamado Letras, con su lenguaje afectado, su actitud desdeñosa y con ese par de pies aterciopelados –y perfectamente helenos–, pudiera convertirse en una criatura tan conmovedora e indefensa cuando nos besamos en la oficina, cosa que ocurrió en el sofá, mientras ella repetía pasito “no tan rápido, Ramírez”. Tuve ciertas dificultades iniciales

ampliamente compensadas por una exhibición fantástica de ternuras mimosas y frases cursis como “lindo” o “mi bebé” que me conmovieron. Su aristocrática mirada se transformó desde ahí en un resplandor que tenía más colores y en el cual reconocí, enternecido, cierto brillo de amor.

Estaba enamorado de ella. Desde que la vi en la entrada del Museo sentí el flechazo que me atravesó el corazón. Lo tenía claro. Era una sensación inequívoca: me sentía diferente, me sentía feliz. Los días eran hermosos. Y, sobre todo, cuando estaba con ella sentía cómo mi corazón latía más rápido. Nunca fui tan lejos como para declararle mi amor o mostrarle los poemas que escribía en mis desvelos, pero gasté energías tremendas ordenando la oficina, trapeando el piso, desmanchando y dándole algún brillo decente al sofá (donde duerme vestido y borracho el Inspector Soto), comprando nuevos objetos de decoración en El Hueco y hasta un par de floreros con margaritas frescas, todo rociado con un aroma de frasquito que según la señora del Éxito era todo un éxito. Lleno de dudas y ceños fruncidos me ponía las manos en la cintura, miraba para todos lados mi obra y me preguntaba en voz alta ¿le gustará a Martha? Ella se mostró encantada al descubrir un esfuerzo chueco (como el vuelo de un murciélago) y fue lo suficientemente honesta para demostrarme con un beso –colgada de mis hombros y con el pie derecho levantado hacia atrás– su satisfacción por mi esfuerzo. Luego, remangándose la camisa dijo antes de continuar con nuestras entrevistas: vamos a tratar de hacer algo con todo esto tan mañé.

La respiración pesada de El Centro le fue gustando a Martha. Ya no se quejaba del ruido y el olor a fritanga; por el contrario, con el pasar de los días, cada vez salíamos más a caminar. Llegaba puntual a las dos, se sentaba en el escritorio, el codo sobre la grabadora, la mejilla en el puño, y me observaba con ternura intolerable mientras yo pensaba en lo

que le iba a contar en esa sesión. Mi silencio inicial, inexplicable para ella, era para mí el silencio del amor.

En los diez días de nuestras entrevistas –¡qué tiempos aquellos!–, con el celo de una ama de casa, empezó a embellecer la oficina, que le parecía, dijo, deprimente. Yo me había aprendido de memoria cada rincón de ese segundo hogar desde los días en que empecé a trabajar con el Inspector, y me sentía unido a su fealdad y descuido por una relación profesional. Y ahora veía cómo el pobre habitáculo se estremecía como un perro en su temor al baño que Martha –mi Martha– pensaba darle. Enceró el piso, limpió las paredes, cambió la disposición de los muebles, reemplazó el almanaque de las chicas Águila en el baño por un póster de Los Beatles, tiró abajo las cortinas grises de mugre y mandó a instalar en su lugar paneles japoneses, compró un nuevo tapetico (azul celeste con un fondo de magnolias) para la entrada y se mostró alegremente sorprendida al descubrir una vieja máquina de escribir Olivetti en un cajón del escritorio. Desarrolló un odio tremendo contra el sofá cama y dijo de él que no tenía remedio. Jamás se volvió a sentar allí. Creía que una oficina debía tener la entrada de luz por la derecha, los libros en la biblioteca y un ambiente sobrio con poca decoración y mucho espacio.

La muerte en este negocio, le dije, hace parte de nuestro ejercicio profesional, pero te confieso, Martha, a veces nos encontramos con situaciones tan tétricas, atrocidades tan macabras, que se nos hace difícil seguir creyendo que existe un Dios. Mira, linda: Medellín es una ciudad de casi cinco millones de habitantes, cada año se cometen, reportados, miles de homicidios. A los muertos, sin importar lo que fueron, se les llama “occisos” y a los charcos de sangre “lagos hemáticos”. El crimen es el pan de cada día y, como este, se vende en los medios como arroz. Las muertes más crueles se venden mejor. Nuestra alma está encallecida. Perdimos la

capacidad de sorprendernos. Después de que se nos ha atravesado desde niños en la calle y en las conversaciones, en las películas, en las historietas de héroes, y, como dice Salcedo Ramos, después de haberla visto mil veces en los noticieros de televisión revuelta con goles y desfiles de ropa interior, la muerte de los otros ya no nos conmueve. Una masacre tiene que ser mínimo de muchos para que se merezca ese nombre. Como vampiros necesitamos sangre fresca en dosis más altas cada día en las noticias.

Cuando la tarde maduraba en ocaso, en ese momento en que es necesario levantarse para prender la luz, terminábamos la sesión de entrevista. Yo iba a la neverita de icopor y sacaba dos cervezas, pero siempre cambiábamos a vino tinto porque ella consideraba que era más romántico; luego sintonizaba la emisora de la Universidad de Antioquia y oíamos Sala de Jazz sentados en el suelo sobre dos cojines en la semi penumbra que entraba por la ventana de paneles japoneses. Inconsciente de nuestro amor, el cielo oscurecía hasta convertirse en noche. La luna brillaba sobre Medellín. Estábamos desnudos. Yo contemplaba a Martha entre el velo de luz menguante. Lástima que el tiempo exista también en el paraíso. A eso de las nueve la acompañaba a coger un taxi o nos íbamos a comer y a caminar El Centro.

Cada grupo de trabajo tiene cinco miembros: un planimetrista que dibuja en un papel la escena del crimen y establece las distancias entre todos sus elementos; un fotógrafo que capta imágenes del cadáver y su entorno; un dactiloscopista que rastrea las huellas digitales; un coordinador que dirige el proceso y un investigador que recopila testimonios en el lugar de los hechos. Nosotros somos esos últimos, los investigadores. Recibimos la llamada a cualquier hora y vamos. Lo primero es acordonar el sitio para evitar que sea alterada la escena del crimen. Luego recogemos evidencias frescas y tratamos de identificar el cadáver. Es en ese primer

momento donde el olfato de un buen investigador muestra su pericia.

A pesar de su aspecto inocentemente elegante, Martha irradiaba un fulgor que provocaba en los tipos de las chazas en las aceras, en los motorizados y en los conductores de bus, en los vendedores de almacenes, en los fotógrafos junto a las esculturas de Botero y en general en todos los habitantes de El Centro, desde los más ruines hasta los más encopetados, estallidos de piropos (desde los más obscenos como “cosa rica”, hasta los popularmente lindos como “mamita usted es un ángel que se cayó del cielo”). Ella tenía conciencia de ese esplendor suyo, y solía verla regalarle una sonrisa a un mecánico grasiento de musculosos brazos y camisa abierta o al mensajero de restaurante que con una bandeja en la mano le había silbado el trasero, sin importarle nada que estaba conmigo.

Me enloquecía de ternura con solo ver tu lindo rostro pulido, con solo oír tu voz juvenil.

Martha dijo esa noche, la última, que quería que yo la acompañara a la casa, pero nos bajamos antes para caminar libremente hasta La Frontera. En Sao Paulo entramos en un sitio con nombre italiano. Afuera había un letrero de madera con letras en tiza blanca pero no leí nada porque en ese mismo instante Martha me tomó de la mano y entramos como una verdadera pareja de novios. El bar estaba sumergido en una luz láctea muy baja. Nos sentamos en una mesita redonda de sillas metálicas. Dijo que había considerado apropiado festejar la ocasión con una botella de un vino argentino fenomenal que solo se conseguía allí. ¿Celebrar qué?, repuse, y entonces la oí responder con mi pobre corazón estremecido: tu cumpleaños. Un mesero vestido de negro se acercaba a nosotros. En el centro del local había un piano. Permítanme recalcar esta parte en mis recuerdos de esa noche: el mesero no era tal y no venía hacia nosotros, giró después de eludir

una mesa y se sentó frente al piano. Antes de comenzar a tocar miró a Martha por encima del hombro y ella le guiñó un ojo asintiendo con la cabeza; entonces sí apareció un mesero con una botella de vino y dos copas, llevaba además una pequeña torta con una velita encendida. Todo lo dispuso en la mesa, nos llenó las copas y luego de hacer una reverencia se fue. Entonces, mirándome hondo a los ojos, Martha me dijo Feliz cumpleaños. En el piano sonaba el Happy Birthday. Tanto el mesero como todos los asistentes del bar se dirigieron a nosotros aplaudiendo sonrientemente. Pedí un deseo. Apagué la velita. Nos besamos y fue lindo. Ya para cerrar el bar ella me pidió que regresáramos a la oficina porque allí tenemos más vino, Lindo —cuando estaba tierna me decía Lindo— pero entonces estaba tan tierna como ebria y Ramírez, el Lindo, que tenía aún alguna conciencia del presente —o tal vez por eso mismo— le respondió que bueno, Linda. Así, tomamos otro taxi de vuelta y recorrimos las calles increíblemente solas de Medellín tarde de la noche. Cada tanto el chismoso del chofer separaba sus ojos de la vía para mirarnos por el espejo retrovisor. ¿Se alarmaría Martha viéndose a mi lado, y no en la cama de su habitación familiar? ¿Tomaría su ropa y se encerraría en el baño? ¿Me pediría que la llevara de inmediato a su casa? Pero mi Martha era una chica indescifrable. Sentí su mirada fija en mí, y cuando al fin articuló algo, comprendí que sus ojos reían. Rodó junto a mí y su tibio pelo castaño me rozó la clavícula.

Antes del alba hubo por fin un momento de quietud en el edificio. Pero alrededor de las cinco, varios inodoros empezaron su labor, unos tras otros, y por la escalera comenzaron a subir y bajar tacones y voces. Una puerta se cerró muy duro. En algún lugar de la calle aceleraban un auto. El cuarto no tardó en bañarse con una luz pálida. Martha era una bella durmiente en el país de la fantasía. En algún lugar del pasillo creí entre brumas escuchar la voz del Inspector Soto,

pero recordé de inmediato que él esa noche no iba a dormir en la oficina porque según él ya no le gustaba tanto con esos arreglos de marica que yo le había hecho. Después Martha bostezó. Al oír el quejido de su bostezo inicial, fingí un sueño de perfil. Sencillamente, no sabía qué hacer. Mi error fue hacerle caso a mi acongojado corazón la noche anterior... Permanecimos acostados sin movernos. Después le acaricié los hombros y nos besamos suavemente. Se apartó para observarme. Sus pómulos estaban enrojecidos, el labio inferior le brillaba. Puso su boca contra mi oreja y dijo: Vámonos, Lindo, que me van a matar en la casa. Sonrió y se apartó el pelo de la cara, tomó su ropa y entró al baño. Yo me levanté y fui llamando un taxi mientras ella salía.

Miré por la ventana: vi esa muchedumbre de seres anónimos que brotan de todas partes; gente que avanza a tropezones y que va cubriendo las aceras apenas de madrugada, que traen consigo el calor corporal de la gran ciudad y crean el caos humano llamado El Centro.

Al cabo de un par de minutos abrió la puerta renovada; llevaba las boticas cafés y los yines ajustados. La luz exánime del nuevo día destacaba el azahar de su cara. Allí estaba: recostada en el umbral de la puerta, mirándose los ojos con un espejito redondo, creando las líneas del amanecer y pestañeando, pestañeando.

Siempre preferimos la filosofía platónica a los métodos aristotélicos; recuerdo que en esa ocasión, como en otras similares, mi costumbre fue darle cada vez más un bálsamo de Martha a mi desbocado corazón, y mostrarle la espalda a la... iba a decir: "*malvada* razón", pero más que malvadas las razones son *duras* y *frías*, y la mía, esa *razón* que tengo aquí adentro vaciada en concreto, me apuntaba con su dedo índice engatillado. Sin embargo, por más que pensaba en todo esto durante mis periodos de depresión post-Marthianos (por así llamarlos), admito que fui un hombre con

mucha suerte. Ambos habíamos advertido con claridad cada vez mayor que nuestra relación era de corto –pero no bajo– vuelo y que después de sobrevolar en giros nuestro amor, el aterrizaje forzoso y de barrigas –no por falta de combustible como sí de ruta– iba a ser terrible. Esa mañana era nuestra despedida. No volvería, cruzamos el límite. Tomé su mochila cuando vimos el taxi abajo y sin que ella se diera cuenta metí en un bolsillo una *memory* plateada con un cordoncito rojo. Iba allí toda la información del caso William.

Se abre la memoria

Marta y Elsa (Medellín, 10 de noviembre de 2016)

—¡Tengo la memoria!

Elsa tardó unos segundos en fijar la imagen de la alumna en su cabeza.

—¿Usted de qué habla?... ¿Marta?

—La memoria, la USB, la del investigador...

—¿Cómo así? ¿Se entrevistó con uno?

—Pues obvio... Y no se imagina lo que hay adentro...

—¿Qué? ¿Qué hay?

—El diario de la investigación de un crimen.

—¿¡Un diario!?! ¿De verdad?

—Estoy hablando en serio, profe.

—¡Véngase para mi oficina! ...Y no me diga profe.

Marta entró acezando. Elsa, que estaba a punto de irse, le mostró el reloj en la pared.

—Ya no la puedo atender.

—Pero profe, traje la USB para que la abramos juntas.

—No, no, no... Mañana...

—¿Le suena William Arango?

—¿William Arango? ¿El hotelero?

—El mismo. Aquí tengo detalles de su muerte —Marta le enseña la memoria que pende de un cordoncito rojo.

—Venga miremos —Elsa se sienta y enciende su computador—. ¿Y cómo diablos la consiguió?

—Me puse a buscar investigadores cuando llegó Santi...

—¿Quién es Santi?

—Mi novio... A la mamá la entrevistaron unos investigadores preguntándole por ese señor, y entonces...

—¿Y qué tiene que ver su suegra con el caso de William?

—¿Cómo que qué? Pues es la sobrina. La que está manejando los hoteles. Santi guardó la tarjeta del investigador y lo llamé. Hablé con Ramírez, el ayudante de Soto, el investigador, el Inspector Soto... Bueno: me citó de una, y, usted sabe, a lo Pepe Le Pew: me dijo que lo siguiera, y yo lo seguí. Me invitó a su oficina y yo fui... Me invitó a un trago y yo lo eché en una matera... sin que se diera cuenta, claro. No se imagina la oficina... Típica, como la de las películas, en El Centro, llena de polvo, vidrios esmerilados, muebles pasados de moda. Un sofá cama de cuerina inmundo. Ramírez quería que me sentara ahí, y me senté, yo no perdía nada haciéndolo, ¿cierto?

Luego de ese día, quedamos en vernos para unas entrevistas en la oficina en la que me permitiría preguntarle sobre los crímenes y la mente del asesino. Cómo una mente asesina es capaz de planear un crimen con una gran capacidad para calcularlo todo y al mismo tiempo mostrarse ante el juez como un loco llevado por la ira y la pasión. Entonces me habló del trabajo de un investigador, del lenguaje de los muertos. ¿Usted sabe que los muertos hablan? Imagínese a ese hombre enseñándome a leer los gestos que quedan grabados en las víctimas antes de morir. Una boca entreabierta diciendo el nombre del asesino, unos ojos con el retrato impreso en la retina... Si fueron muertos de frente... Y si fue por la espalda, un vítreo vacío. Las posiciones también son importantes... Los brazos, ¿ha pensado en los brazos?... posición de defensa o sumisión. Es que es lo último, profeta: ahí se detiene el tiempo y en un cuerpo, en un cadáver, usted me entiende, queda grabada la vida. El final de una vida. Él me iba a permitir ver algunos de los archivos de casos pasados. Así que decidí que si iba a estar por allí unos días podía ayudar a ordenar un poco la oficina. Cambiar las

cortinas, ordenar los archivos y mirar qué más podía encontrar. Nunca pude hablar con Soto. Siempre se encerraba en su oficina a, supuestamente, trabajar. Pero todos los documentos de trabajo se encontraban en el computador de Ramírez. Todo lo que tenía en el computador me lo mostraba. Supe del caso de una mujer que le había quitado los frenos al carro para que su marido se chocara, un hombre que los contrató para que descubrieran al amante de su mujer y otro que ordenó su propio secuestro y asesinato. Todo lo podía ver, todo, excepto lo que se encontraba en una USB que Ramírez tenía al lado del computador. Un día le pregunté y la cogió y la metió a un cajón sin decirme nada.

—¿Y era esta, la del cordoncito?

—Sí, pero déjeme sigo. Pues, no sé qué era lo que tenía conmigo, pero desde que abrió la puerta de la oficina vi en sus ojos una mirada de ensoñación, como si estuviera imaginando un mundo paralelo y no estuviese allí. Lo veía siempre mirar detenidamente mis pies y me parecía gracioso, tan gracioso que no quería despertarlo. Pero en algunos momentos sus actitudes me parecían también extrañas, sobre todo porque podía ver que sus cachetes se encendían al verme y sus manos juguetonas, que no iban para ninguna parte, querían tocarme. Aunque me sentí extraña con su actitud, no le di mayor importancia, así que le seguí la corriente. Igual me divertía y a la vez me conmovía verlo cómo se preocupaba por mí cuando caminábamos por El Centro. Le daba miedo pensar lo incómoda que yo me podría sentir al caminar por La Oriental, La Playa, El Palo y Palacé. Él nunca supo que yo conocía cada calle, cada esquina... ya las había caminado porque cuando era pequeña vivía con mis padres en las Torres de Bomboná. El Centro ha sido mío siempre...

—Bueno, aterrice, pues... ¿Qué más pasó?

—Hubo un momento en el que, estando en el sofá, se me acercó para darme un beso y yo traté de alejarme y él seguía

acercándose y yo trataba de soltarme y le gritaba “No tan cerca, Ramírez”. Mi cuerpo se alejaba de Ramírez y contra el mango del sofá me apretó la espalda y gemí de dolor.

—¿Pero Marta, en qué se metió?!

—Él me miró para ver qué me pasaba y me pasó la mano por el cachete... En ese momento vi que del bolsillo del pantalón se le iba a salir una USB. ¡Esta, profé, esta! Me llamó la atención porque le colgaba ese cordoncito rojo de lo más divino, y supe que era la misma que había guardado con tanto celo, que seguro allí había información interesante, y bueno, como una USB es una copia de un original, no le afectaría si yo me la llevaba... Aproveché que estaba distraído y jalé el cordoncito rojo. Cuando la tuve en la mano la metí en mi mochila que estaba en el suelo. Inmediatamente me levanté. Le dije que por ahora tenía todo lo que necesitaba. Le di la mano y antes de que me dijera algo, salí corriendo.

—Siga, muchacha, no se detenga. ¿Y qué hay adentro?

—No sé bien, porque solo vi que hablaba de Soto, que es el principal... Para Ramírez es un personaje, como de novela negra, un Sherlock, algo así... en realidad solo leí eso porque cuando vi lo del diario la llamé y vine. ¡Qué computador más lento!

—Lento pero efectivo. Présteme esa memoria... ¡Pero cómo se le ocurrió robársela...! ¡Y de esa manera! Yo no quiero líos...

—Marta Hari, profé.

—¿Marta Hari? Por Dios Marta, aquí no le enseñamos esas cosas.

—¡Ya abrió! Y a todas estas, Elsa, ¿usted de dónde conoce a William Arango?

—Después le cuento.

—...

—¡Listo! A ver qué nos trae esta cajita de Pandora.

El caso

Soto (Medellín, 6 de octubre de 2016)

El Inspector llegó caminando hasta la entrada del edificio. La luna, envuelta por una noche lúgubre, tenía un perfil impreciso y débil. Subió las escaleras apoyado en el pasamanos y dobló a la izquierda por el corredor del segundo piso que daba a su oficina. Caminó hasta el fondo con las manos hundidas en los bolsillos y el cuello del saco alto hasta los pómulos. Llegó frente a la puerta. Leyó sin querer las letras en el vidrio esmerilado:

213

Inspector Soto
Detective privado

Se detuvo y puso atención: *algo no estaba bien Ramírez, me dijo, fue este sexto sentido de cazador que algunos llaman presentimiento, pero que yo le digo olfato. Todo estaba muy en silencio, solo un eco de grillas que pichaban en un piso de arriba, pero había más: un silencio chiviado que palpitaba cerca.* Sacó del bolsillo la llave; cuidadosamente la separó del fajo y evitó todo posible ruido de las demás en el llavero ahogándolas entre la mano. Metió la llave en la cerradura. Le dio media vuelta muy despacio. El Inspector Soto tenía todo su cuerpo contra la puerta; la cumbamba, el pecho, las rodillas y la punta de los pies. Tragó saliva y empujó. Cuando la puerta se abrió ya había sacado el arma de la sobaquera y apuntaba

con sus dos manos la 38 Special directo a la cabeza de una chica en el sofá-cama de la oficina. Estaba acostada de largo, tenía los pies cruzados y apoyaba la cabeza en un brazo del mueble. *Alzó la mano, prendió la luz y dijo: no hagamos un papelón, Inspector, baje ese juguete, sírvame un trago y hablemos; tengo un trabajito para usted.*

Ella lo dijo con esa fuerte ternura de quien es capaz de asesinar solo por dinero, pero sin odio. *Es más. Con ternura: perdona, te dice, nada personal y te hunde el puñal hasta la empuñadura.* Así como parecía de dura, era de atractiva. Llevaba las uñas largas pintadas de negro y los aretes eran dos aros color platino que le tocaban los hombros bronceados. *Strapless* de terciopelo negro, piernas macizas, ajustados *shorts*. Un par de botas de cuero negras, altas hasta las rodillas. La cara en forma de corazón, tenía los pómulos altos y largas pestañas postizas. Los labios eran rojos y húmedos. *La Maja Semidesnuda*, le dijo el Inspector Soto luego de saboreársela con la mirada. Ella se levantó, de pie se veía más alta aún, tomó una copa con las huellas de sus labios que estaba sobre el escritorio y después de beber lo miró fríamente por encima del borde del cristal. *Hablemos primero de negocios, repuso sumamente seductora. Yo no hablo con gente que se mete en mi oficina sin permiso, le dije, aunque sea una reina como usted.* Entonces, me dijo el Inspector Soto, se le acercó con el suficiente *sexappel* como para seducir a un cocodrilo. *Estiró la mano izquierda de dedos largos, delgados y sin nudillos, la estrechó con la mía y dijo: me llamo Salomé y eso es lo único que sabrá de mí.* El Inspector le contestó: *Mucho gusto, mami, pero se equivoca, no sabré nada de usted así, bombón, porque ese nombre seguro es falso.* Su encanto residía además en la forma arrolladora de matar el ojo derecho mientras reía. *Así, entre una sonrisa y un guiño me dijo con voz autoritaria: Suélteme la mano, sírvame otra copa y hablemos.*

El Inspector Soto se dejó caer en su sillón giratorio más allá del escritorio y le hizo dar un cuarto de vuelta para quedar frente a la chica. Le sirvió una copa y para él, a pico de botella, bebió un trago largo de aguardiente que sacó de un cajón. Estiró las piernas sobre el escritorio y la contempló más allá de sus pies cruzados. Su expresión hermética no indicaba que estuviera pensando en algo. Ella, de carrizo frente a él, sacó de un pequeño bolso plateado un paquete de cigarrillos Marlboro rojo. Con toda firmeza llevó uno a los labios y sin mirar a los ojos al Inspector, cuando se daba candela con un encendedor Tokai azul, le acercó la cajetilla de filtros mostaza y le dijo: *¿Quiere uno? No*, respondió él, *solo fumo Pielroja, encanto*. La chica lanzó al aire un anillo de humo gris y lo atravesó con el dedo. Luego dijo midiendo muy bien las palabras: *Son dos millones y un asesinato en Cartagena. Tómelo o déjelo. Pero eso sí, coma callado. Y le voy a decir algo más, esto también es para usted*.

Empezó a desnudarse de espaldas al Inspector acaballada en el escritorio (de un manotazo se hizo espacio y subió con una destreza de gimnasta). Desabotonó su *strapless* y después de darle varios giros con el índice derecho lo tiró al aire. *Vi al descubierto sus hombros, su cuello, los omoplatos como dos alas y la línea descendente de la espalda. La cadera se abría en dos medias lunas, con un par de hoyuelos apenas perceptibles a contraluz, que rimaban en verso con la cintura infantil y el perfil de las piernas. Los pies, Ramírez, eran como para chuparse los dedos. Se dio la vuelta: las tetas eran tipo misil con punta extra larga; los pezones, de color rojo intenso y en alto relieve, se extendían como dos mortadelas y blindaban los senos casi hasta la mitad dándoles ese poder de ataque propio de una ojiva nuclear.*

Su imagen desnuda vibró por todo mi pena.

Es usted un buen amante; brusco pero encantador, dijo antes de irse mientras andaba meneando a diestra y siniestra su precioso

culo por toda la oficina. Se vistió. Le tiró al pecho una bolsa de manila doblada en cuatro. Cerró duro la puerta y se fue.

El Inspector Soto, acostado en el sofá, pensó cómo unos momentos atrás hundía las manos en el esplendor del pelo negro de Salomé, cómo las deslizaba luego en una caricia por su nuca firme, cómo le besaba los hombros y cómo siguió corriente abajo por el cauce de su torso hasta la zona de penalti de su ombligo. *Los primeros intentos dieron en el palo, Ramírez, pero después ella misma dejó el arco solo. Con la respiración esponjada me tomaba con las manos de las orejas y me envolvía con sus piernas largas de pulpo. La espalda me quedó hecha un nazareno por las uñas de sus pies de dedos largos como si fueran otras manos.*

En una esquina del escritorio, humeaba un cigarrillo con la ceniza flácida.

Placer en los prismáticos

Celia de Zubiría (Cartagena, 7 de octubre de 2016)

En el techo gira despacio un ventilador de paletas. Las sombras de sus hélices dan vueltas sobre el doctor, el ayudante y el muerto. El cadáver mira el cielo raso de la morgue más allá del ventilador. El doctor es calvo y porcino. Lleva tapa bocas y guantes de cirugía, es bajo, encorvado, con ojeras muy negras. Por la nariz le salen pelos blancos en espiral teñidos de nicotina. Mira a su ayudante por encima de las pequeñas gafas de aumento.

–¿Este es? –le pregunta.

–Sí –dice el ayudante–. William Arango. Cincuenta y cinco años. Casado. Comerciante y hotelero. ¿Lo recuerda?

–Quién no –dice el doctor–. Un tipo bien. Le pegaron ocho puñaladas en la espalda. Y la cara, ¿vio cómo le dejaron la cara?

–¿Para qué lo trajeron aquí? Nos sobra trabajo...

–La privada llegó antes que los tombos.

–Ah, los detectives, creen que hacer una autopsia es como voliarse la paja.

Se abre la puerta. Entra el Inspector Soto.

–Buenas tardes.

–¿Qué quiere?

–Nada, solo rutina, quería mirar al difunto.

–¡Váyase!, usted no puede estar aquí.

—Lo sé doctor, pero la familia ya viene por el cadáver, una orden judicial, usted sabe... la plata... se lo llevan y listo. Caso cerrado.

—¿Cuál caso detective?

—A este tipo lo mataron doctor.

—Olvidelo, se murió aliviado. Está limpio. No sea malparido.

El Inspector Soto volteó hacia la puerta, pero se devolvió para entregarle una tarjeta al ayudante del forense.

—Ya sabe, cualquier cosa...

El teléfono suena muy temprano. El Inspector Soto contesta en los últimos repiques. Tiene la ropa del día anterior y fuma.

—¿Sí?

—Inspector, soy Celia de Zubiría y tengo información para usted. ¿Podemos hablar a solas?

—Solo dígame cuándo y dónde, doña.

—Ahorita a las siete.

—Deme su dirección...

La ciudad apenas se levanta, abre sus brazos en cruz y bosteza. Huele a basura, a tufo de alcohol. Está trasnochada y tiene ojeras. El ruido de sus pensamientos se distingue entre las sábanas de los que se bajan de la cama y abren la persiana para ver lo mismo. El cielo deja caer una llovizna que arrulla el hastío. Arriba, la luz de un sol invisible pasa entre los edificios de apartamentos cuadrículados y crea las sombras de otro nuevo día. En el alumbrado público pájaros negros comen insectos. Los guachimanes escuchan un susurro de radio transistor en las esquinas. Indigentes duermen entre cartones arrinconados a las rejas color gris de las tiendas cerradas. Otra mañana salpicada de cuscas de cigarrillo, botellas de licor quebradas, residuos de comida, preserva-

tivos y vómitos. El aire, a pesar de la llovizna, es caliente y denso.

El Inspector Soto intenta prender un cigarro tapando con la mano el fuego para protegerlo del viento. Lo logra con el tercer fósforo. Piensa que el clima se volvió una mierda. Sube hasta las orejas el cuello de su chaqueta negra y abre la puerta del taxi.

La casa estaba en el barrio Manga. Un palacete de los de antes encerrado por una verja negra alta de hierro forjado con puntas de lanza color oro, glorieta frente a la enorme puerta a dos alas y jardín europeo. El Inspector entró en el taxi. Le pidió al chofer que detuviera el motor y durante un rato se quedó mirando. La casa, decrepita y recargada, envuelta en una especie de bruma, parecía abandonada: el jardín estaba enmarañado y rodeado por maleza. La pintura de los muros se caía en costras. Una enredadera de florecitas amarillas invadía con desdén la planta baja y extendía sus tentáculos sobre el segundo piso. Había manchas negras y alargadas en los derrames de las ventanas. La fuente, en el centro de la glorieta, estaba seca y vercosa. El sol ya se asomaba como un soplete sobre los frondosos árboles que daban sombra a la casa, movidos apenas en las copas por un viento pesado con olor a marisma. Se bajó y tocó el timbre.

Una anciana enjuta apareció luego de preguntar con voz apagada:

—¿Quién es?

—Soy el Inspector Soto.

Abrió la puerta.

—Siga. Perdone el desorden. Apenas puedo con mis huesos.

Era seca y encorvada. Una palidez de cal se extendía, como la enredadera en la casa, por su frente y sus mejillas. Tenía la piel de las manos arrugada y traslúcida, surcadas de venas azules. Todo era negro en ella; las babuchas de abuela,

la falda larga hasta los tobillos, la camisa de satín y sus ojitos profundos, más allá de los anteojos bifocales de media luna. Hasta el bastón era negro.

Subieron al segundo piso. El Inspector Soto recordó un cuento de Faulkner: la habitación en la que entraron le fue igual de lamentable a la de la señora Emilia, solo faltaba el esqueleto y la rosa. Sobre una mesita de noche estilo Luis XV había una porcelana de un violinista con la cabeza agachada a la izquierda; tenía una capa de polvo encostrada que deformaba sus facciones y lo volvía viejo. Salieron al balcón. La vista desde allí ofrecía el panorama de un jardín en ruinas; las telarañas habían cubierto el verde de una neblina gris.

—Ella es ninfómana, Inspector —le dijo—. Uno no sabe lo de nadie. No la culpo. A mi edad sé que en el mundo hay de todo. Míreme, soy una viuda vieja y sin hijos, vivo de una renta. No tengo amigos ni familia. No me gusta salir. No me gusta que me vean así.

—¿Así cómo? —preguntó el Inspector Soto.

—Así, vieja —dijo ella—. Leer era mi única pasión, ya no puedo. Antes veía televisión, pero sus lamparazos azules devolvían a mi cara el tufo de mi hastío, un hastío negro como mi sombra. El aburrimiento hizo metástasis y me redujo a un estado lamentable. Un día saqué los binóculos de mi esposo, que en paz descansa, abrí la cortina, solo un poco (la imagen de una vieja fisgona me aterró), vi mi rostro reflejado en el vidrio. Los puse en mis ojos y miré: edificios, edificios, edificios. Miraba las estrellas, los cráteres de la luna, las constelaciones. Miraba el silencio de los astros y me eran familiares; tan solos y fríos. Me aburrí. Mirar hacia arriba cansa, ¿sabe? Una noche apunté mis lentes hacia el interior de una ventana, ajusté el zoom, y sí, era una pareja follando. Soy una mujer de bien, Inspector, diferencio el bien del mal, lo que hacía no estaba bien, pero no era criminal, quiero de-

cir. Me divertía. Esperaba la noche. A eso de las nueve mi corazón latía más rápido, me sentaba de codos a la ventana e iba con mis binóculos donde ella. Qué agradable era entrece-
rrar los ojos y salir por esos dos túneles a otro mundo.

Señaló con la mano un edificio blanco que se erguía tras las copas de los árboles.

—Es una ninfómana, Inspector, pero no era una mujer cualquiera. Vestía bien, buenos modales, lindo y lujoso apartamento. Quería a su... no sé, ¿novio?, follaban todas las noches. Era guapo y romántico. Un hombre muy atractivo, elegante y de modales exquisitos. La besaba al llegar, al irse tarde, cuando cenaban, cuando follaban y después de follar cuando fumaban en el balcón. A veces lo hacían otra vez y hasta otra vez más. Yo la envidiaba. Era como una novela, pero distinta, ¿entiende? Una noche la muy puta llegó con otro, elegante y guapo como el anterior, pero otro. Fue distinto. Desabotonó su ropa con furia. Una cree que eso que muestran las películas es mentira, pero se quedan cortas. ¿Usted ha visto cómo copulan los gatos o los tigres?... ¿No? Fue así. Sin besos o caricias tiernas. Salvaje. Acaballada sobre el tipo, desnuda y resplandeciente como una perla, ardía con la cabeza tirada hacia atrás y el pelo empapado en sudor. El gozo era guiado por un instinto depredador, llevándole los tobillos a las orejas, el tipo la penetraba rápido como una metralla, casi podía oír cómo le trinaban los huesos. Y a mí me fallaba el pulso, Inspector Soto.

—¿Cómo era el otro tipo?

—De mediana estatura, con el pelo castaño, casi rubio, sin ningún rasgo definido, como anónimo o demasiado común, alguien a quien nadie recordaría fácilmente con solo haberlo visto una vez. Tal vez esa era su ventaja o su defecto. No sé. Lindo y común. Pero yo, que lo vi más de una vez —porque lo hacían con la luz prendida—, puedo asegurar que tenía los ojos de un negro azulado y triste, que sus dientes

eran pequeños pero parejos y que solo los colmillos, largos y puntudos, como de vampiro, rompían el orden de baldosín de su dentadura. Que era en realidad más blanco de lo que mostraba su cara, su cuello y todos los brazos, y que en el centro de la espalda tenía un lunar negro, peludo y redondo, del tamaño de una moneda de veinte pesos. En cambio, el cuerpo de don William era como pelambre de bestia: todo cubierto de vello. De una corpulencia rotunda. Parecía un orangután. A mí se me hacía tan lindo y salvaje a la vez, Inspector Soto.

—¿Ella supo que la miraba?

—Más que eso, Inspector: le gustaba. Es que cuando una es puta, una de verdad, pierde el recato y este se convierte en descarado, y después, si tiene dinero y estilo, muta (como una culebra cuando cambia de piel) en encanto; un encanto pervertido que atrae a los hombres como una perra en calor. Así era ella: bella, elegante, joven y puta. Tanto, que le gustaba que la mirara, por eso nunca apagaba la luz ni cerraba la cortina cuando lo hacía con uno o con otro cada noche varias veces.

—Hábleme del asesinato.

—Esa noche fue diferente. A las nueve no había pasado nada, quiero decir, no habían abierto la cortina ni salido al balcón a besuquiarse. Solo encendieron la luz y yo esperaba y esperaba. Entonces vi que discutían y él se fue dejándola sola. Poco después la vi que hablaba por teléfono y que furiosa lo lanzaba contra la pared.

—¿Cómo supo de mí?

—Ayer escuché en el mercado que habían matado a un hombre importante. Un hotelero. Supe que era él. Llamé a la morgue y me dieron su número.

La confrontación

Soto y Nury (Cartagena, 8 de octubre de 2016)

Él entra en el bar. El interior es pequeño. Olor a desinfectante, a colillas de cigarrillo y a basura trasnochada que intoxica el aire. Las mesas cargan las sillas patas arriba. Un hombre negro barre el suelo; tiene un trapo arrugado al hombro y sostiene un cigarrillo entre los labios. El Inspector camina unos pasos, baja un taburete y toma asiento. El empleado deja la escoba apoyada en una mesa, da una última fumada al cigarro, lo tira al piso y lo apaga con la punta del zapato pisándolo en forma circular dos veces. Se dirige al Inspector y le pregunta ¿Qué quiere?

—Un aguardiente doble y un par de aspirinas. —En el aire flota el polvo recién barrido.

La mujer aparece minutos después, un ruido la delata. El Inspector Soto voltea la cabeza. Ella baja el único escalón de entrada. Lleva gafas oscuras, una peluca rubia tipo Marilyn Monroe y zapatos altos descapotados. El cuerpo lo cubre con un gabán rosa ajustado por un cinturón negro a la cintura, sin embargo, me dijo el Inspector Soto, por la solapa de alas anchas, abierta hasta la mitad del pecho, supo que no tenía nada más adentro. Fue directo al Inspector. Se sentó despacio frente a él. Cruzó las piernas. Luego le preguntó:

—¿Sabe quién soy yo? —El Inspector sacó el paquete de cigarrillos Pielroja del bolsillo de la camisa, se lo llevó a la boca y tomó uno con los dientes. Se dio fuego. Tiró el fósforo a un lado y le dijo a través del humo:

—Sí. Se llama Nury Pérez, tiene 25 años y está implicada en un asesinato.

Ella se llevó las manos empuñadas a la boca y se mordió los nudillos. Se cubrió la cara con las dos manos y estalló en llanto. Las lágrimas caían a través de sus dedos y bajaban por su mentón hasta la mesa. La nariz se le enrojeció y estornudó dos veces.

—Yo no sé quién lo mató —dijo con los rasgos crispados—. Todo lo que ha dicho, Inspector, es una horrenda mentira; yo no soy ni puta ni asesina, yo no tuve que ver con su muerte... No sé para qué vine a buscarlo. Si me va a condenar antes de interrogarme me voy... Y que sea usted el que venga a mí...

Capoteando preguntas

Nury (Cartagena, 8 de octubre de 2016)

—**V**ieja Chismosa... Inspector de mierda.

Lo dijo sin pensar. Tenía tanta rabia contra ella, con William y con ese detective lascivo que su cuerpo no aguantaba. Vomitó esas palabras. Era un momento malo para la entrevista, pero no tenía opción, debía contestar o si no sería una sospechosa del crimen. Después de pasar una mala noche, al mediodía estaba en la cama cuando sonó el timbre. Lo vio detrás de la puerta. ¡Diablos! Es Soto y viene acompañado de otro hombre. Se acomodó una levantadora. Abrió la puerta. Sabía lo arrecho que se ponía el dizque inspector cuando la veía. Unos pechos grandes para calentar a los hombres, así se dijo cuando se los mandó a poner, pero ese deseo se le volvió martirio.

—Ahora ¿qué necesitan? —les dijo—. Investigadores, inspectores o como quieran que los llame.

—Señorita, hay cosas que no nos ha dicho.

—Y...

—Cómo que Y... Está ignorando que estamos ante un crimen.

—No, no lo estoy ignorando, ustedes son los que deben aclararlo, no yo. Entren.

—Gracias —contestó Soto, no sin antes hacer una reverencia con su sombrero.

—¿Quieren un café?

—Por favor —respondió Ramírez.

Antes de ir a la cocina fue a la ventana, miró hacia afuera y cerró las cortinas.

—¿Ahora las cierra? —preguntó el Inspector.

—¿Ya habló con la vecina?

—Sí, hablé con ella y me enteré de muchas cosas suyas.

—Y...

—Cómo que “y”...

—Qué le dijo esa vieja.

—El que hace las preguntas soy yo.

—Bien... le contaré: Conocí a William hace mucho tiempo, y, si quiere saber, no era mi amante, teníamos una relación seria y lo amaba...

—Continúe.

—Como le decía, William Arango era mi pareja. Lo conocí por casualidad en un hotel. Decidí ir allí para alejarme de una vida que me llevó por caminos distintos a lo que yo era y quería hacer. Debía irme para soltar; dejar ir y reencontrarme. Me recomendaron ese hotel, dijeron que era fantástico porque no iba mucha gente. Sin decir nada empaqué un poco de ropa en una mochila, conseguí el pasaje y dejé tirada mi vida para irme por un tiempo a Cartagena. Estaba sentada en el bar, leyendo. Cuando lo vi... Bueno, siempre lo veía, pero fue en ese momento que algo me llamó la atención... Él estaba ahí haciendo las veces de barman... Supe por su torpeza que no era su oficio habitual, su encantadora torpeza... y pregunté. Me dijeron que el barman no había ido a trabajar y él se ofreció a reemplazarlo. Mientras leía mi libro tomándome un Manhattan, mal hecho, vi que al intentar hacer malabares para entretener a la gente, desesperada por la demora, se le cayeron una a una las copas y la botella de vodka. Al tratar de recoger todo el reguero que causó, se cae. Inmediatamente voy a ayudarlo y nuestras caras se tropiezan y él, en medio del caos, me sonrío tímidamente y me da la mano y me dice, mucho gusto, William,

y yo, sorprendida por el gesto, no alcanzo a pensar y me hago llamar Nury... Nury para usted, simplemente Nury. Me sorprende por las palabras que acabo de decir y pienso: ¡solo a mí se me ocurre un nombre tan feo! Vuelvo a mi libro y a mi copa, bueno, a otra copa invitada por la casa. De hecho, ese día todos terminamos borrachos de cuenta de William que después de recoger el desastre dijo que esa noche todo iba por cuenta de él... Ahí me quedé bebiendo concentrada en mi lectura. Tratando de concentrarme porque seguía mirando su testaruda torpeza detrás de esa barra... Y decidí que debía amarlo, que estaba ahí para él, que era el destino... Pasé mis vacaciones escondiéndome de él, y al mismo tiempo buscándolo, conociendo sus gustos y sus deseos antes que los míos.

—¿Así es como decide en el amor? ¿Es en serio? Ramírez, esta mujer es una loca.

—Como usted decide mirarme siempre a mis pechos y no a mi cara. Así es siempre.

—Señorita, por favor siga.

—Así han sido mis relaciones... desde antes de conocer a William no me importaban tanto mis deseos como sí los de los demás. Cuando alguien me atraía, como una espía miraba sus vidas y me organizaba según lo que a ellos les gustara: con Carlos mi comida favorita eran las pastas, detestaba el *brownie* y el chocolate y amaba la vainilla; con Juan no me gustaban las verduras, era amante de todo lo que fuera chocolate y despreciaba el arequipe; con Diego me convertí en una mujer amargada que solo comía carne y odiaba a los vegetarianos. En parte por eso me tuve que ir de mi ciudad; solo en parte, y en parte me convertí en la Nury que deseaba William... ¡Cómo detesto ese nombre...!

—¿Ese ha sido su nombre?

—Ustedes son los detectives. Averígüenlo, si acaso importa. Lo importante es que para William y para el tiempo

que les interesa yo me llamo Nury. Mi pasado no les importa, como no me importa a mí. Y ahora y siempre seré Nury.

—¿Cómo se llama legalmente?

—Dígame a qué está jugando, señorita —interrumpe Soto—. Con un alias, ¿qué oculta?

—No estoy jugando a nada y respéteme porque este no es un alias, este es mi nombre y yo no soy ladrona.

—Pero ha dicho otra cosa y por lo que cuenta parece que sí.

—Dije que no era mi nombre, en pasado, pero ahora es mío, por el que me conocen acá. Por más que lo deteste, odio más mi pasado. Si tiene alguna duda, vaya a la Registraduría y verá que he dicho la verdad.

—Volviendo al caso ¿por qué tiene este apartamento si usted se fue a pasar solo unos días al hotel?

—William y yo pensamos que iba a ser un amor de verano; y así lo vivimos, pero no queríamos que terminara... Entonces, al final decidimos que me ayudaría los primeros meses y me dio este apartamento y algunos regalos.

—Lo dicho, ¡una puta!

—Déjeme terminar... Él me daba regalos, él me compró esta ropa, estos vestidos... y esta pijama que tanto les gusta... Como si no me hubiera dado cuenta de cómo me miran.

—Bueno, bueno, pero responda a las preguntas, ¿por qué estaba con Andrés si con William le iba tan bien? Porque, no lo neguemos, él la trataba como a una princesa, ¿o no? Si hasta le dio esta casa... y ropa... le digo que le quedó preciosa, se le ve toda la...

—Toda la qué...

—Toda la personalidad.

—Porque tengo pechos grandes ¿no puedo llevar una vida seria y debo vivir como una puta?

—Siga, por favor.

—La vida con William terminó un poco aburrida, simple, siempre lo mismo: comida los lunes, salida los jueves... y al final...

—¿Cómo que aburrida si se mantenía acostándose con él?

—¿Eso les contó la vieja?

—Sí, eso nos contó la Doña.

—¡Y eso qué!

—Como que eso qué; de alguna manera tenía que agradecerle al señor por todo lo que le dio.

—No, no me acostaba con él por los regalos, me acostaba con él porque me daba la gana, porque de alguna forma me encantaba. Él llegaba a visitarme y entre charlas, besos y caricias, terminábamos tumbados en la cama y hacíamos el amor todos los días, en la misma cama, en la misma posición que a él le gustaba. Un día mientras lo hacíamos, como siempre, dejé la cortina arriba y miré hacia la ventana de la vecina, esa vecina molesta que ustedes entrevistaron y que siempre me criticaba... Verla allí, mirando, fisgoneando, me generó un gran placer, más que el acto mismo, así que sin importar con quién estuviera siempre que lo hacía me gustaba dejar la cortina abierta y sentir el peligro de ser vista por alguien, así fuera por la vieja chismosa. Cada vez que lo hacíamos la miraba fijamente y disfrutaba ver cómo se debatía entre dejar de mirarme y seguir mirando. Y yo, sin que lo supiera William, me excitaba más por el baile voyerista que jugaba con ella.

—Aún no me ha dicho cómo conoció al hombre rubio.

—La relación con William comenzó a enfriarse, ya no disfrutaba tanto estar conmigo. Al final solo los martes me visitaba. Estaba tan ocupado y de malgenio... Cuando iba a su oficina él rápidamente escondía unos papeles, como si sintiera vergüenza de lo que leía o escribía y me regañaba por molestarlo, decía que me alejara y yo me sentía cada

vez más sola en esta ciudad... Nadie en el hotel me hablaba, me veían como si fuera una cualquiera que vino a robarle la plata a William. Además, como les dije, él empezó a cambiar conmigo. Un día alguien llegó a buscarlo: era Andrés, que venía a hablar de una cuestión de plata, ahora lo sé... y no entiendo qué me pasó. Me temblaron las piernas y al parecer él sintió lo mismo y nos fuimos a un rincón y lo besé y me supo a las manzanas que dejé de comer cuando era novia de Camilo porque era alérgico, al chocolate que jamás pude comerme con Jorge, al huevo poché que jamás pensé que me gustaría. No podía dejarlo ir, así que lo invité a mi casa una... dos... tres veces, y no me importaba si la vieja me veía o no. Disfrutaba engañando a William y disfrutaba esa adrenalina que me provocaba saber que la vieja moralista nos estaba mirando.

—No le importó engañar a William con ese Andrés.

—Era su mejor amigo... ¿No lo sabía...? Eran socios... ¿No lo sabía...? Ahora, desde que vi las cartas muchas cosas tienen sentido. Y no, no me importó. William también me engañaba, se hacía el loco y siempre me decía que se me había acabado la leche, una leche que yo no tomaba porque la detesto y siempre se quedaba en la nevera avinagrándose. Él salía y se demoraba tres horas, mucho tiempo, y siempre llegaba con una excusa y, claro, sin la leche. Una vez no pude con la curiosidad y lo seguí. Él iba a la casa de la Madame esa... y cuando salió de allí me atreví a entrar para ver qué hacía. Hablé con una chica y me hice pasar por una lesbiana en busca de amor y charla, no muy lejos de mi pasado, y le pregunté si William iba mucho y qué hacía y me contó que llevaba seis meses yendo, los mismos que vivimos juntos, y que se quedaba un tiempo en el bar mirando a las chicas y conversando con ellas hasta escoger con quién irse. La mona de ojos azules a la que le decían La Rusa era la que más amaba... Así que si yo lo engañaba o no, no tenía importancia...

–Explíquese por favor.

–Bueno, usted sabe cómo terminó William, por eso están investigando... Esa noche jamás la olvidaré. Cuando llegué del mercado, Andrés se me acerca por detrás y me abraza y me besa en el cuello y nos besamos cerca de la puerta, forcejeando para abrirla. Entramos, lo pongo contra la pared, le voy despuntando uno a uno los botones de su camisa, y lo beso y bajo mi boca por todo su pecho, tomo su correa y se la quito y le bajo los pantalones para terminar en el sofá, me monto encima de él y me quito la camisa y luego pongo sus manos en mis senos duros y excitados. Lo beso y hacemos el amor con las ventanas abiertas.

–Para que la mirara la vieja ¿no?

–Sí, y ya le dije que me encantaba, que lo disfrutaba más que hacer el amor... aunque con Andrés lo hacía con ese deseo animal... Él se dormía y yo me levantaba y hacía café para tomarlo en la ventana.

–¿Desnuda?

–Saludaba con el café el balcón de la vieja y le sonreía... Más tarde lo despertaba para que se diera una ducha, mientras tanto preparaba lo que me gusta comer... Hacía tanto tiempo que no pensaba en mí...

–¿Así era todos los días?

–Pero un día, un día...

–Esta vieja, Ramírez –dice Soto entre dientes– con lo buena que está, no hay que tomarla en serio.

–Una vez llegó como loco. Él fue el que me quitó la ropa. Sus ojos estaban enrojecidos y me llevó a mi habitación. Nunca lo hacíamos allí, siempre era en la cocina, en el sofá, en la sala, en una pared cerca a la ventana, donde fuera, pero no allí. Y me rasgó la ropa. No importaba que... yo estaba disfrutando cuando... cuando...

–¡Cuando qué! Hable.

–Cuando en el último minuto, a punto de venirse, le escuchó decir... Ana, y al final lo dijo fuerte, Anaaaaaaaa...

Esperé a que se durmiera, salí de la habitación para ir al comedor a llorar, pero en lugar de eso revisé su maleta y encontré unas cartas. Las abrí. Sé que no debería haberlo hecho, pero tenía tanta rabia de que no gritara mi nombre y que llorara el nombre de otra mujer, de una mujer que no conocía, pero que me era familiar... Al ver en esos sobres el nombre de William, las abrí. Las revisé y me di cuenta. Entendí todo. Al leerlas recordé que cuando estaba mudándome encontré otras cartas en las cosas de William... Entonces las robé esperando que algún día pudiera hacer algo con ellas, algo que les hiciera daño a los dos.

—¿Las tiene en su poder? —pregunta Soto.

—Señor Ramírez, acá las tiene.

—¿Cómo se enteró de que William estaba muerto? ¿Que había sido asesinado?

—La vieja, ella me dijo que lo tenían en la morgue y que había hablado con ustedes.

—¿Por qué pagó por llevárselo?

—¿Por qué no habría de hacerlo...? Él no tenía enemigos; acá era muy querido y no tenía nada que ocultar. Quería evitarle más dolor a él y a su familia... Yo sabía que tenía una sobrina muy querida en Medellín, Paula, la gerente de su hotel... Y si cometí algún delito tendrán que llamar a la policía y no se olviden de que fue la policía la que me permitió retirar el cadáver para hacer la cremación.

—Inspector, el testimonio de esa mujer está lleno de inconsistencias. Lo único firme que nos dejó ver fueron las cartas.

—¿Inconsistencias? Ay, Ramírez...

—...

—¿Lo único firme? Ay, Ramírez...

Cruce de cartas

William y Andrés (del 12 de febrero al 1 de octubre
de 2016)

Medellín, 12 de febrero de 2016

Señor Andrés Aramburo
Cartagena de Indias

Apreciado Andrés:

No puede ser más lamentable la noticia sobre la pobre Negra por quien me preguntaste en tu mensaje de la semana pasada.

Yo sé cuánto la querías por haber recibido sus cuidados durante tantos años en la casa de tus padres, desde que siendo una hermosa morena de treinta años llegó de Itsmina en busca de trabajo y tu madre la recibió por ser prima de la del servicio, la negra esa que tanto llegamos a odiar por sus continuos amoríos con el lechero. Nosotros sabíamos lo que sucedía detrás de la puerta del patio donde ellos se escondían y gozábamos escuchando los gemidos de sus jugarretas. Esa furtiva vigilancia fue para nosotros la diversión que tantas veces compartimos con los amigos de la cuadra.

Ahora podemos deducir quién le puso fin al depravado. No fue accidental la caída de ese hombre en el aljibe del solar. Tampoco hay duda de quién fue el padre del niño que cuatro meses después también apareció sin vida en la misma cisterna.

Matar a la prima que la indujo a entregarse al lechero hace años, fue como el cobro del saldo pendiente para liberarse de la carga de pesares que no merecía recibir cuando llegó del Chocó. Jamás sospeché nada de aquella buena mujer que la vida condujo a tener una doble existencia desde que fue objeto de violación.

Al final cometió el error de tirar por el mismo hueco a la tercera víctima de su venganza. Ayer fue capturada y enviada a la cárcel.

Recibe un saludo cargado de pesar.

William

Cárcel del Rodeo Alto, 26 de febrero de 2016

Estimado William:

La Negra cantó.

No mucho te puedo contar, porque los abogados me recomiendan no hacerlo.

Temporalmente me han traído para El Rodeo Alto, una cárcel-finca, para privilegiados de la sociedad como vos o como yo, construida para demostrarle a los demás que la justicia no es tan ciega como creen.

A pesar del verano tenaz de Medellín, acá en esta cárcel hay un clima especial, un frío tremendo, con neblina toda la mañana. Somos 10 presos, todos de la *high*. Como hay 12 piezas, ahora estamos cada uno en pieza aparte. El zancudero es horrible, y nos joden cuando jugamos billar o parqués. Ya en la cama no, porque usamos toldillo. La comida es muy rica y hay aguardiente parejo. La clave es tomar tanto como para alegrarnos, pero no tanto como para hablar de más. A veces me da hasta pereza sacar la mano de la ruana pa' tomarme el guaro, y eso que los

guardias nos pican naranja y esa fruta amarilla que es como una estrella que ahora no me acuerdo cómo se llama.

He estado esta primera semana escribiendo mucho, porque sigo con el interés de desentrañar la historia de Adalberto Pratz, el tipo ese que salvó de la muerte a los comunistas en los 70. Me da risa, porque siempre dije que tenía que sacar unas vacaciones bien largas para poder poner esa historia en blanco y negro y mirá, ya tengo lo que pedí. Me faltó ser más explícito con mi dios. La verdad sea dicha, si la condena por esa supuesta complicidad en triple homicidio fuera de 2 años, me hacía condenar. Pero andan hablando de 15 años.

Esperate mato una araña.

Ya.

El tal Adalberto fue un odontólogo paisa que ayudó a los comunistas cuando los militares colombianos los trataron de exterminar uno por uno, hacé de cuenta una combinación de Robin Hood y el hombre araña. Yo supe de él lo poquito que sé porque un día me tropecé con un tipo en el centro y en el totazo el man perdió una agenda y yo me quedé con ella. Está llena de papeles y anotaciones sobre las pesquisas que el tipo hizo de "Adal". Con eso he estado trabajando y estoy decidido a investigar.

Quisiera que pudieras venir a visitarme, pero sé que el hotel te quita mucho tiempo y en ese negocio sí que es cierto que la cara del amo engorda el marrano.

No sé si es la inconsciencia pero estoy pasando muy bueno. Ya veremos si el tiempo se encarga de ponerme en mi lugar. Sabés, no creo que sea inconsciencia sino la falta de rencor y la satisfacción del deber cumplido.

Saludos a todos, te mando un abrazo.

Abrazos,

A.

Medellín, 4 de abril de 2016

Apreciado Andrés:

Siento mucho que mi carta de principios de marzo no haya llegado a tus manos y lamento también que por esas cosas del internet, la copia haya desaparecido. Hasta he llegado a pensar que hay alguien por allí en la red pendiente de nuestras conversaciones. Pilas con esto.

Al fin logré hablar ayer con uno de tus abogados. No entiendo por qué te enredaste con el doctor Tangarife. Ese Tanga es el menos indicado para sacarte de allá, sencillamente porque no maneja ningún contacto en la Fiscalía. Este hombre es un pendejo que piensa que en este país las cosas se pueden arreglar sin ensuciarse las manos.

No debiste ir a Valledupar a hablar con la Negra cuando ya los tiras le estaban pisando los talones. El contacto que ella tenía en Istmina con el capitán Mauro Restrepo hubiera sido suficiente para ayudarla a escapar. Acordate de todo lo que nos contó aquella vez en esa tiendita del Salto del Buey donde vos fingiste ser mi nieto en medio de la rasca, cuando nos repartimos aquella platica del negocio de los mini uzi que Mauro le había entregado a la Negra en Gachancipá.

Pero vos tenés tanta experiencia en el manejo de estas situaciones, que tus vacaciones no van a durar siquiera quince meses. No sé quién es tu otro abogado, pero seguro que este sí debe ser una astilla y eso no es sino inyectar platica en varias direcciones y todo se logrará. No te olvides que todavía tenemos a Álvaro Pineda en el Juzgado 325 y que en un caso de necesidad podemos acudir a él, aunque por allí los negocios tienen muchos ceros...

Me enteré de que la empresa de camiones anda viento en popa. Esa que tenés de gerente sí que es una tesa. Nadie como ella para negociar con los sucesores de Marulanda.

El sistema que ella ideó para no transportar mercancía en tus doscientos treinta y dos camiones, sino servir de mampara para facilitarles el paso a ellos por lugares peligrosos, ha dado los mejores resultados.

En estos días estuvo en mi hotel un panameño que es viejo amigo nuestro y me contó quiénes son los colombianos que abrieron cuentas fantasmas. Hasta el mismo coronel Barriga que estuvo de comandante del cuerpo de los positivos verdaderos y monseñor Infante al que trasladaron de afán para el Vaticano para separarlo de sus actividades recreativas. Pronto va a desatarse una tempestad de mierda peor que las que ha habido hasta hoy.

Dedicate a escribir y a consumir tapa azul para que no te engordés mucho.

William

Cárcel de Ternera, 20 de septiembre de 2016

Andrés:

El único propósito de esta carta es exigirte que me pagues de una toda la plata que me debés, tanto lo del negocio del corredor angosto por el cual han salido no sé cuántas toneladas de alcaloides en los últimos trece años, como de la ejecución de cada uno de los 56 informantes de la Cuarta Brigada, que ponían en peligro las actividades de tu grupo.

No es que esté pasando por una situación de estrechez económica, no. Es que simplemente no deseo tener más negocios con el judas traidor que sos vos.

Cómo es posible, carajo, que por una declaración negociada para rebajar tu condena, me hayás involucrado como autor intelectual de los tres asesinatos, si fuiste vos el instigador para que la Negra los cometiera, por rabia con

ella misma. Ahora llevo más de cinco meses de reclusión en este infierno de cárcel, en medio de los más repugnantes malandrines.

Ese compinche tuyo, el coronel Usme, a quien dejaste tirado en medio de la pelotera de la Negra y a quien le debés tantos favores, sigue buscándote para cobrarte todas las cuentas y yo personalmente le he dado indicaciones precisas. Así es que a correr se dijo si querés salvar el pellejo, malparido traidor.

Gracias a Usme saldré de esta cárcel en quince días. Yo también negocié mi libertad con la Fiscalía a costa tuya, para que no te rompás la cabeza averiguando quién te hizo el mal como me pasó a mí. Yo estaba tranquilo en la asamblea de Cotelco en el centro de convenciones aquí en Cartagena y un piquete de quince policías me sacó como a un perro en medio de mis amigos hoteleros. Qué vergüenza tan tenaz.

Te doy un plazo de cinco días para consignar en mi cuenta la suma de mil trescientos millones de lo del corredor angosto y quinientos sesenta millones por la limpieza de los vendidos que le cantaron a la Cuarta Brigada. De no cumplirse este plazo yo mismo te buscaré y personalmente te entregaré a Usme para que él se haga justicia y yo conserve mis manos limpias.

Escogé, pues.

William

La Paz, Bolivia, 26 de septiembre de 2016

Estimado amigo William:

Gustoso como siempre de recibir tus cartas y saber de vos, esta vez estoy muy confundido. No solo confundido sino preocupado porque creas que soy yo quien haya

orquestado tu involucramiento en un supuesto asesinato del cual nunca he tenido noticias. ¿Quién es la Negra?, ¿quién es Usme?

No logro entender el estado de confusión en el que te encuentras, pero reitero que me tienes a tu disposición para apoyarte y te

ofrezco apoyo económico que, aunque me dices que no lo necesitas, puedes requerir. Te conozco y sé lo difícil que es para vos aceptar algún tipo de

restricción económica y que el orgullo es el signo de los grandes hombres como vos.

Recuerdo en tus últimas cartas el tono de amabilidad y, sobre todo, amistad que había en tus palabras. Sé de la multidimensionalidad del ser, y sé además que

en el momento en que hablamos con otro, este apenas logra percibirnos, desde su punto de vista, aplanado, y pierde cualquier atisbo de perspectiva.

Año por tanto ese lenguaje elevado y digno, casi regio, como te gusta decir. Algo te envilece: el trabajo, las malas amistades o los negocios tal vez.

Tengo la certeza de que, cuando aclares el barullo de cosas en las que estás metido, vuelvas a ofrecerme tu amistad como hasta ahora.

Entre tanto, espero que este lazo de comunicación persista, y que podamos seguir mandándonos cartas a través de Lucre. Que ella no sepa dónde estás

vos ni vos sepáis dónde estoy yo es lo mejor para la tranquilidad de los tres. Principalmente de Lucre, que sabes bien que la llevo en el corazón y que no

olvido nunca a quien se maneja bien con ella, y no perdono jamás al que insinúa siquiera alguna idea de hacerle daño.

Yo estoy ahora en Bolivia, un lugar alejado y pacífico. Lejos del ruido de los centros del poder. Llegar a este país fue fácil, porque nadie espera que un

acusado de delitos tan graves huya en reversa: del purgatorio al infierno verde y pobre de Bolivia. Es un prejuicio de las autoridades que juega en mi favor.

Mentiroso como siempre he sabido ser cuando la ocasión lo amerita, me hice pasar por pastor evangélico en busca de mi salvación eterna.

Ahora participo activamente en una pequeña comunidad de fieles, y dedico mi vida a ayudar a quien lo necesita, mientras preparo mi próximo

traslado a lugares más calurosos. ¿Me recomendarías Cartagena? Entre tanto me divierto con el ajedrez, los crucigramas, el sudoku y los

acrósticos. Especialmente los acrósticos. Son muy divertidos.

Recuerdos,
Andrés.

Cartagena de Indias, 1 de octubre de 2016

Andrés:

Al atardecer del día de ayer recogí la carta que su amiga Lucre había dejado en el lugar convenido y le tengo que confesar que en un principio me conmovió por su tono amigable y adulador. Pero cuando descubrí el acróstico todo el universo se vino abajo y la conmoción se transformó en una profunda tristeza.

Yo sé que no es una mera amenaza, sino una sentencia de muerte lo que he recibido de quien alguna vez fue mi amigo sincero y tengo que prepararme para morir o para escapar de quien se ha declarado mi verdugo.

Me arrepiento de todo corazón de haber sido tan incauto al dejarme arrastrar por usted y sus secuaces hacia el mundo de la ilegalidad, del abuso y de los

comportamientos delictivos. ¿Qué necesidad tenía yo de buscar riquezas, si con mi hotel tenía para vivir holgadamente? Meterme con ustedes en negocios turbios acabó con mi matrimonio y con mi tranquilidad. Bajo su deplorable influencia me convertí en un hombre rico y conquisté la admiración de la sociedad antioqueña, pero nadie sabía que estaba viviendo simultáneamente en dos mundos paralelos: por un lado, la asociación de hoteleros, los viajes frecuentes, el roce con políticos, los clubes sociales y el beneplácito del clero; por otro, los guardaespaldas, el insomnio, los atentados, los ajustes de cuentas no en dinero sino a bala, la pérdida del respeto a la vida pagando por eliminar a quienes nos ponían obstáculos, el vivir siempre con el miedo a la espalda...

Desde que salí de la cárcel a donde usted me mandó de manera injusta y traicionera, ando en la clandestinidad y cuando usted reciba esta carta en unos días, semanas o años, estaré oculto en un país ignoto, fuera de la mirada de todo el mundo, pues en este momento me dispongo a abordar un vehículo con destino a la oscuridad absoluta. Tal vez el pago que usted me hizo de todas las sumas que me adeudaba tenía el propósito oculto de ayudarme a escapar, con la misma actitud del felino que nunca extermina su presa en el primer embate sino que se da el placer de matarla una, otra y otra vez, hasta alcanzar un final largo y agónico.

No descarto, sin embargo, la posibilidad de que cuando llegue esta carta a sus manos, las tenga manchadas con mi sangre antes de que yo pueda escapar. Me invade la zozobra, pero estoy dispuesto a encontrarme pronto con la muerte. No se olvide de que el que a hierro mata, a hierro muere.

Yo no le gasto tiempo a crucigramas ni a sudokus. A mí me entretiene la literatura. En este momento hago el

esfuerzo de olvidarme de las amenazas que pesan sobre mí,
leyendo “El escarabajo de oro”, del que me encantan los
acertijos y los mensajes cifrados.

; 8 P 8 (+ ± * ± 5 M 6 3 ±

Hasta siempre.

William

El conductor

Francisco (Medellín, 11 de octubre de 2016)

Yo, Francisco Soledad Mosquera Renjifo, con cédula de ciudadanía 50142527 de Belén de Bajirá, domiciliado en Medellín, acepto bajo gravedad de juramento que no interpondré ninguna acción jurídica contra la Universidad Católica de Medellín por cualquier hecho acontecido hasta la fecha.

Declaro que acepto libremente ser expulsado definitiva e irrevocablemente de la Universidad Católica de Medellín.

Declaro que mantendré bajo estricta confidencialidad cualquier hecho ocurrido entre el 7 y el 15 de septiembre de 1997, en relación directa o indirecta con la institución, so pena de pagar una multa de 100 SMMLV, sin desmedro de las sanciones penales o de cualquier otra naturaleza contempladas en la ley.

Francisco Soledad Mosquera Renjifo
C.C. 50142527

- Pacho, llevame al hotel.
- Claro, Will.
- No me vayás a decir así en público, sabelo.
- Usted sabe que no, Señor.
- Voltiá por la Nutibara.
- ¿Cambio de ruta? Burgués Gentilhombre.
- Vos si no cambiás, pendejo.

—Los proletarios oprimidos no podemos cambiar, don William.

—Dejá la bobada, mejor contame qué hay de la Negra.

—La misma cosa, patrón, dentro de todo agradecida con usted por tenerme aquí.

—Y cada día me juego la vida con vos.

—¿No manejo bien, don Corleone?

—Jajajaja, so pendejo.

Ya diez años: la expulsión de la U. La cárcel, el monte. O cuando uno es cobarde: la expulsión y la servidumbre. El amigo rico del patrón te da trabajo y te conviertes en un chofer de saco y corbata. Y es que en la finca había camiones y uno aprendía a conducir; y se volvía útil, y podía ir al pueblo a hacer mandados. Cuando me traían de la escuela, por la tarde, cuando ya no había afán, me daban caimaniaditas.

—Su mamá quería que usted aprendiera a leer y fuera un gran señor.

—¿Y mi papá?

—Su papá también, pero es que él no llegó ni a saber que usted iba a nacer. Y no me vuelva a preguntar si su papá era blanco, porque no lo era.

—¿Y yo por qué tengo la piel más blanca?

—Mi papá tenía ojos zarcos, y usted casi no aguanta rayo de sol. Papá Indalecio seguro sí tenía algún antepasado blanco. Pero nosotros siempre hemos sido negros, aunque tengamos algún tatarablanco.

—Tatarablanco, tía, usted de dónde saca eso.

—Yo no estudié, pero no soy boba.

—Yo sé, mamá.

—Mijo, a mí me da mucha alegría que usted diga que yo soy su mamá, pero su mamá es la difunta Soledad y usted es sobrino mío. Pa' mí es mi hijo, pero nunca nos podemos olvidar de mi hermana Soledad.

El abuelo las bautizaba igual a todas: Soledad Mosquera Copete, Soledad Mosquera Renjifo, Soledad Mosquera Moreno, Soledad Mosquera Renjifo, Soledad Mosquera Sánchez.

De a una hija con las dos hermanas Renjifo, el abuelo era hasta chistoso, pero no era muy creativo: ¡si hubiera tenido un hijo hombre fijo habría dicho “Soledad también es nombre de hombre ¡y punto!”.

Si mi tía tuviera un hijo, ¿yo qué sería con él?: primo hermano o hermano primo... ¡El abuelo...!

La regenta

Paula (Medellín, 13 de octubre de 2016)

Después de una corta temporada en la finca, caminamos juntos al Hotel Boutique Laureles. No se veía a nadie que se pareciera al Inspector Soto, ni a Ramírez. Santiago se detuvo en la mitad de la acera y dando un giro de trescientos sesenta grados, lentamente, divisó la cuadra.

—Nuestro hogar —dijo con nostalgia—. ¿Quién lo heredará ahora?

Su tono me dio una extraña sensación: unos días atrás no me importaba en lo más mínimo el tema de la herencia. Con tantos asuntos por resolver no se me había ocurrido pensar en el futuro. Santiago me miraba con actitud vigilante. Lo hacía a la perfección. Yo confiaba en él. Sin su ayuda esto andaría de espaldas. La prosperidad del hotel se debe a su habilidad en los negocios. Su dedicación meticulosa logró que nos posicionáramos entre los mejores cinco de la ciudad: tenemos estrellas suficientes como para que se hospeden personajes importantes del país. Nos caracterizamos por ser discretos con nuestros clientes, por la hospitalidad. El personal siempre está dispuesto a cubrir los caprichos, por extraños que sean.

—No has pensado en eso, Madre, ¿cierto? —dijo en voz baja.

—No, Santi, mis pensamientos están en otro lado —confesé—, pero voy a trabajar en eso, te lo prometo.

Él insistió con su mirada como si dudara de mis habilidades para liderar esta cuestión.

—¿Me quieres decir algo más?

—No, no —negó al ver mi ceño fruncido—. Igual, no me vas a contar qué estás tramando... Esto no es nada normal; los secretos envejecen y ni siquiera te das cuenta.

—Todos en esta ciudad tienen algo que esconder —me encogí de hombros.

—¿Por qué? No tiene que ser así —me mira—. Además continúas sin contarme la verdad de lo que pasó.

—Ahora, más que nunca, no debes saber nada. Aunque no es fácil mentir y más con unos investigadores encima que no dejan que volvamos sobre el camino.

—Mejor vamos, andemos un poco, eso te ayudará a despejar los pensamientos —me dijo mientras se ponía sus lentes oscuros—, estos días tan calientes me recuerdan cuando me llevabas al mercado de Bazurto.

Ese recuerdo siempre me hace unirme a un profundo silencio. Nuestros pasos eran lentos, una marcha sigilosa que pisaba un sol reverberante. El infierno que nunca nos dejaría ya había empezado a quemarnos los dedos de los pies; porque la justicia no llega sola, siempre arrastra a los más débiles al fondo de un agujero sin salida.

Caminamos mirando las casas. Un barrio fundado por gente trabajadora que siempre mereció una corona de laureles. Aquí creció la familia Arango, una familia pobre, pero que siempre puso cara de gente pudiente, aunque las cosas se torcieron un poco, qué digo un poco, se retorcieron completamente... Los ochenta no fueron para nada un paraíso, fue un campo de guerra donde se libraba por doquier una verdadera lucha por el dinero, porque pensábamos que el dinero era lo único que nos daría felicidad, y sí que nos dio felicidad, pero solo fue una dicha momentánea después de coronar vueltas porque al final todo era plata o plomo hasta

que llegaba el mayor pecado que se paga con la muerte: ser un sapo. Todo hizo que las familias se desintegraran y cada uno defendiera sus rutas. Yo anduve por muchas de estas y, créanme, no es nada bueno mantener la incertidumbre de estos viajes en los que no sabes si vas a regresar.

Después de mi secuestro, por más de un mes en Panamá, el cuadro no se esclareció. Tío William perdió mucho dinero al pagar mi rescate. Y el jefe mayor cayó. Nada más tenebroso que la lucha de buitres por el poder.

Todos los andenes se abren y se cierran en el mismo punto. Este barrio, rodeado de circulares, replica la planeación de una París pesada y oscura. Terminamos en un parque redondo con enormes jardineras y bancas distribuidas de forma escalonada... Una malla de arterias, de ramas de árboles que invaden el cielo.

Dos hombres delgados con apariencia sospechosa se acercaron aquella tarde y de un modo simpático me saludaron: Buenas tardes, señora Paula. Unos fulanos. Parecía que vinieran de un antro. Olían a jabón barato y uno de ellos lucía un reloj negro *Victorinox* que le daba a su muñeca una elegancia intemporal. Supongo que era una imitación. Cuando se llevó la mano a su chaqueta vi de reojo la cache de un arma corta. Creo que era un revólver. Su tambor brillaba, tal vez una Colt, son lo mejor de Estados Unidos y al país entran fácil desde Miami, eso dicen. Me extrañó que supieran mi nombre y entregándome una tarjeta de presentación en letras mayúsculas leí: Soto - Investigador. Eran Soto y Ramírez. Me habían llamado el día anterior haciéndome una serie de preguntas e insistiendo en acordar una cita. Manejé todas mis estrategias para evadirlos, pero me intimidaron tanto que les dije que hoy estaría en el hotel. Sabía que ese encuentro no era casual. Llevaban varios días siguiéndonos. No se destacaban por mantenerse en el punto ciego o cambiar de vehículo... Los años que estuve con Tío

William aprendí el sutil arte de descubrir si alguien nos seguía. Siempre estaba huyendo de algo malo o de algo bueno, pero siempre huyendo.

Los dos se quedaron mirándonos, esperando algún gesto.

—Me han puesto el corazón en las manos —les dije—, en esta ciudad nunca se sabe y los esperaba al final del día.

No perdieron un instante para iniciar la conversación. Soto extendió su mano para presentarse, era gruesa y enorme, sentí cómo me apretó cortándome la circulación, como si quisiera hacerme perder la extremidad. Su voz ronca y de palabras cortadas trataba de explicar lo importante que era que yo respondiera con precisión algunas preguntas sobre la muerte de mi tío. Les pregunté para quién trabajaban.

—Entenderán que uno no puede estar hablando con extraños de estos temas y si abro mi boca debo saber a quién le llegará mi mensaje.

Con una mueca, mostrando un diente de platino, Ramírez dijo: Tranquilícese señora, esta investigación es solo un asunto de la Fiscalía. Se quiere descartar que no fue una organización delictiva quien mató al señor William Arango. Justicia con eficacia para judicializar a los implicados. Hay que acabar con las estructuras criminales. Lo dijo como si fuera la arenga de una marcha comunista.

—Lo que me gusta de ustedes —dije— es esa manera que tienen tan alegre de preguntar por cosas terribles. —Sus ojos eran cafés y brillaban como cuando se encuentra una joya... Pero daba igual, quería imaginarme que el Estado me ayudaba como víctima y decidí creer en sus palabras de justicia y reparación.

De inmediato sacaron una grabadora:

—Con su permiso y con el objeto de contribuir a la garantía de los derechos a la verdad, todo será grabado y nos hacemos responsables de lo que se diga aquí.

Sin impugnar nada accedí al teatro de esta reunión que me recordó mi época de universitaria cuando entré a la facultad de periodismo en la de Antioquia y por primera vez entrevisté a ese profesor de ojos claros, al que nadie se le acercaba pues decían que era un tirano; el hombre más cuadrículado que he conocido... pero estaba lleno de misterio... Sin dudarle saqué mi grabadora para preguntarle sobre las enfermedades tropicales. Primera pregunta:

—¿Nombre completo?

—Andrés...

—¿Recuerda usted a la ex esposa de William y a su hijo?

—Fue una pregunta directa. Soto me estructuró sin vacilaciones.

—Sí —le respondí de forma calculada—, conviví con ellos varios años, en mi juventud. ¿Se refiere usted a Ana María y Federico?

—Eso mismo —intervino Ramírez—. Esa es la historia que queremos que nos cuente. Solo usted puede darnos los detalles necesarios.

Observo sus caras. Ellos piensan que nuestras vidas son tan fáciles como cuando uno hace la fila para comprar un *Subway*: ¿tipo de pan? ¿Cuál queso? ¿Americano está bien? Elija sus vegetales. ¿Para comer aquí o para llevar? ¿Lo lleva en combo? ¿Galleta o papas fritas? ¿La galleta de avena, chocolate o macadamia? No, solo un sánduche, para llevar.

—¡Cualquiera diría que ustedes andan detrás de algo grande! —exclamé entre enojada y asustada.

Soto hizo una pausa. Apartó la mirada de Ramírez e insistió en que era hora de regresar al hotel para estar más cómodos. La seguridad de un espacio privado es mejor en este tipo de pláticas, necesitamos calma, dijo.

Lentamente caminamos bajo la luz inflamada de ese día y en pocos minutos estábamos en la puerta de entrada del hotel.

—¡Este hotel es una chimba! —dijo Ramírez.

Una mole de concreto con arquitectura modernista, jardines que colgaban desde la terraza hasta el piso, esculturas importadas del Medio Oriente en su *hall* de entrada. El arte atiborraba la mirada. Los empleados saludaban impecables, todo en su debido lugar... La magia emborrachaba los sentidos matizando el espacio, y un perro guardián, como un maniquí de extraña belleza, recibía a los visitantes.

Entramos al *lobby*. Unos clientes se registraban. El negocio estaba en el *Top*. Tío William siempre puso todas las esperanzas en él y decía que los hoteles son un espacio donde personas de diferentes culturas habitan temporalmente un cuarto solitario olvidando sus rutinas, haciéndose vulnerables, propensas a comenzar una nueva vida. Tío William patrocinó los estudios de Santiago, por eso pudo graduarse como administrador de empresas en la Universidad de Los Andes y codearse con la alta sociedad de Bogotá, porque mi muchacho eso sí lo hace muy bien, hacer relaciones públicas influyentes... Parece que está en los genes y sí que hemos salido de apuros con esas amistades.

Teníamos que hacerle a Tío William la despedida que se merecía: él me mostró el lado sabroso de la vida aunque revestido de chile habanero.

—Esperen un momento —les dije, y me dirigí a la oficina principal donde estaba Santiago.

—¿Confías en mí? —le pregunté—. Voy a manejar la situación yo sola, vas a ver...

Santiago salió de la oficina. Sonreía. Hizo seguir al inspector y al detective. Al cerrar la puerta me guiñó el ojo izquierdo, como cuando yo se lo guiñaba de niño para que no hablara más de lo necesario.

—Va como bien el negocio —dijo Ramírez.

—Sí; nos ocupamos de él.

–Usted sabe dónde está viviendo la señora Ana. ¿Verdad? –preguntó Soto.

Respondí vacilante: Sí, pero parece que ustedes saben más ahora de ella que yo. Está en España, en Barcelona, Sevilla... en realidad no sé. Vive con su hijo. Ella siempre fue una amante de la cultura europea, leía libros de historia y vestía como si fuera de la realeza... Creo que su abuela era de ascendencia española. Siempre hizo todo lo posible por dejar este país de guerras y corrupción. Proclamaba que odiaba profundamente a todos aquellos que traficaban con la pobreza de otro. Nos llevábamos bien, pero todo cambió radicalmente cuando lo dejó...

–¿Se acordará usted por qué se separó de William?

–No lo he olvidado –dije añadiendo un arrojo de intimidad–, no recuerdo con precisión el año, las fechas no son mi especialidad. La verdad puede estar a medias, pues ellos manejaban a la perfección las apariencias, como pareja de sociedad, ustedes entienden. Todo fue simple, ella empacó maletas un fin de semana que mi tío se fue a uno de sus viajes y, sin decir nada, salió con su hijo y nunca más los volvimos a ver. Algo era claro: no eran felices. Las continuas discusiones eran cada vez más nocivas, venenosas incluso, hasta el punto de tomar la decisión de marcharse.

Solo tengo una imagen en mi mente y es ver a mi tío maldiciendo porque ella vació las cuentas bancarias, vendió el automóvil, la casa y la finca y su adorado caballo de paso fino, “El Purasangre”... No vendió el hotel porque era lo único que estaba a nombre de mi tío. Todo fue como una maldición. Por más de un año él trató de encontrarlos, pero al fin decidió no insistir más. Él realmente extrañaba a Federico. Era su obra maestra. Lo llevaba siempre a sus viajes, lo vestía como él. Vi cómo Tío William se convertía en su héroe. El mejor padre del mundo, pensarían al verlo, pero con mano dura cuando de corregirlo se trataba... En

realidad eso no viene al caso. Desde ese momento yo me convertí en el brazo derecho de mi tío. Hay cosas que el destino y la vida te hacen heredar como una enfermedad que odias por tenerla y maldices todo porque no mueres pronto. Poco a poco fui ocupando el lugar de Federico en su vida.

Sonó el teléfono de la oficina y de inmediato Paula lo contestó. Era la excusa perfecta que necesitaba para detener este interrogatorio.

—Hola.

—...

—Sí.

—...

—Un momento.

Solo se escucharon monosílabos.

Paula, tapando la bocina, salió, le entregó a Santiago el teléfono y entre susurros le dijo que era Marta.

—Siéntense —les dijo y luego abrió el cajón del lado izquierdo de ese escritorio que ocupaba más de la mitad de la oficina. Sacó una carpeta y revisó unas hojas sueltas. Al lado había una mesa de madera tallada, con libros de contabilidad, una agenda y un libro de bolsillo: *Hotel Nómada*. Ramírez sentía una terrible curiosidad por saber qué contenían esas hojas. Paula seleccionó algunas y se las cedió a Soto: —Estas son algunas cartas que rescatamos después de violentar la caja fuerte que mi tío tenía aquí, en el hotel; solo encontramos estas notas y una foto de su hijo y Ana María. Véala: ellos eran su mayor tesoro. Espero que descubran con esto pistas que esclarezcan el asesinato, porque no fue muerte natural ni suicidio. También le di a mi abogado algunas copias de estas hojas. Todo se convierte en evidencia simple y elemental, todos nos volvemos responsables de descubrir a la bestia que asesinó a un buen hombre.

Paula miró el reloj de pared.

—Es hora de que se vayan, disculpen que no pueda atenderlos más, pero ustedes entenderán, el hotel se mueve y no debemos dejar nuestras labores por mucho tiempo. Por ahora no tengo nada más que contarles —sin dejarlos responder ya estaba abriendo la puerta indicándoles la salida—. Hemos terminado. Apaguen ya esa grabadora o será necesario llamar a mi abogado—. En segundos, se deshizo de una actitud complaciente, sacó su coraza y cortó toda comunicación.

Algo le había disgustado. ¿Fue lo que le dijo Santiago cuando le llevó el teléfono o la persona al otro lado de la línea?

Soto y Ramírez se miraron sorprendidos como si hubieran entendido que ella lo sabía todo. Era mejor salir de una vez antes de que la investigación se malograra. La sintieron como un oso en invierno encerrado en su cueva para alistarse a la llegada de la primavera.

Al salir del hotel, los investigadores, tantas veces ajenos a la ciudad, divisaron a lo lejos cómo la contaminación tapaba las montañas; era un atardecer sin horizonte, sin sol, pero era un ocaso terriblemente complejo.

Una cuadra antes de alcanzar la Circular cuarta, Ramírez abrió su chaqueta sacando de ella una libreta azul con el logo del Hotel Boutique Laureles para abanicarse el bochorno. La había extraído de la oficina mientras Paula llevaba el teléfono. Soto se sorprendió al verla.

—Sos el más liso de todos los que he conocido. Déjeme verla, creo que no son simples notas lo que vamos a encontrar en esa libreta.

Eran más de cincuenta hojas, listas de nombres con teléfonos y fechas.

—Interesante lista secreta... Algunos de estos nombres los he escuchado en los medios. Hay apellidos influyentes,

Ramírez. Aquí podría estar la bestia que queremos encerrar.

—Y las cartas, no se olvide que también tenemos unas cartas...

—Y una misa para ver los buitres.

Cenizas

Paula (Medellín, 13 de octubre de 2016)

Arango, William, así decía la copia del registro civil de defunción, falleció el 2 de septiembre de 2016 a las 5:00 pm. Departamento: Bolívar. Ciudad: Cartagena. Folio # 800256479. Muerte violenta. Me enteré dos días después de que fue llevado al anfiteatro solo con su cédula. Lo recogió una patrulla del cuadrante de la policía aproximadamente dos horas después de su deceso. Algunos indigentes de la zona robaron su ropa y pertenencias, eso decía el reporte que me enviaron. En letras grandes confirmaban su nombre y número de cédula; éramos los únicos familiares que tenía en el país. Me hubiera gustado estar en Cartagena para acompañarlo.

Al recibir la noticia, mis piernas entraron en un solo temblor. Empecé a dar vueltas en círculo. Era mediodía y el sol con sus rayos daba pequeños latigazos que me dejaban por instantes estática. La voz se me quebró cuando intenté hablar y lo único que salió fue: *“Amarás al prójimo como a ti mismo...” de inmediato, o te llenaremos hasta arriba de plomo.*

Regreso al hotel en silencio para prepararlo todo: tomar sus cenizas y lanzarlas. Sí, autoricé su cremación, aunque supusiera un trámite adicional y un soborno... a su cuerpo sin vida no lo quería en mi memoria. Él constantemente me había expresado un deseo: Lo que quede de mí, échelo al río Medellín. Tío William siempre daba órdenes. Tenía un carácter irascible y no quiero que venga desde el más allá a

gritarme al oído que por qué no obedecí su voluntad. Su actitud frente a la vida era desconcertante, pero darle una despedida digna, lo merecía. Y no fueron pocos los conocidos que llamaron todo el día expresando el pésame. Gente que, en el fondo, lo único que quería era comprobar la verdad de la noticia.

Estoy trastornada e irritable, no dejo de atar cabos sobre quién pudo haber sido su justiciero. Siempre tuvo una gran resistencia. Él andaba a todas horas coleccionando fotografías y cuidando a su familia. ¡Qué frágil es estar vivos!

*Para tranquilidad nuestra, los animales tienen
aparentemente una muerte
más superficial, no fallecen, simplemente mueren,
Perdiendo —así queremos creerlo— menos conciencia y
menos mundo...*

Ese poema me lo leía de niña. ¿Te gusta?, me preguntó una noche. Es maravilloso, le contesté. Él me dijo: Esta es una mujer, una escritora que buscó su propia voz, que aunque fue obligada a pensar en alemán y hablar en ruso le dio un giro de tuerca a la desazón y al deseo.

Nunca pude con el nombre de esa polaca. Pero sí con algunas líneas de uno de sus poemas.

*Por la vida, sólo la nuestra, sólo nuestra muerte,
Una muerte que goza de una preferencia arrebatada.*

No olvides nunca esto, Paula: el arte nos aleja de la obscura realidad. Y comenzaba a cantar el coro de una canción: “No hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió”. Años más tarde escuché la misma frase en un tango: *Besos y Porros* cantado por Adriana Varela.

Cientos de frases y canciones como fantasmas en mi cabeza. Mi tío era un gran lector y melómano. Leía y escuchaba música con su botella de vino al lado. Descorchaba una tras otra... No puedo decir que era alcohólico o vicioso, pero solo necesitaba un ron para desaparecer por días. El bar tenía botellas de distintos países, pero lo máspreciado que reposaba en el mueble era una foto con Manuel Mejía Vallejo tomada en el parque de Jardín en la época de su juventud. Nunca le pregunté cómo lo conoció.

No alcanzo a prever los acontecimientos: el instinto me indica que esto aquí no termina pues los tiempos no han sido fáciles, menos cuando hay tantos rencores de por medio.

Paula tomó tres cafés expresos; el aroma del café la relajaba. Prendió un cigarrillo y, aunque no fumaba, se acabó media cajetilla. Sin cavilar se sentó frente a la computadora, revisó viejos *e-mails*. Sí, ahí estaba el primero y último *e-mail* de Federico, de cuando recién llegó a España. Él merecía conocer de inmediato su desaparición y en tres líneas descargó la muerte de William. No le había escrito nunca. Habían dejado de lado todo contacto. Aplastó su rostro en la pantalla de la computadora y se preguntó: ¿cuándo pasó todo? Era la víspera del sepelio y no encontraba las frases para un aviso fúnebre, pero sí para escribirle un mensaje a Andrés. Luego de hacerlo lo puso en la bandeja de eliminados, pero era probable que lo recuperara para enviarlo más adelante.

En la administración del hotel estaba Santiago.

—¿Madre? —preguntó él, como cuando uno quiere que nadie interrumpa—. Acabo de escuchar en la radio la muerte del tío. “*La Mafía asesinó a Arango, sus cenizas arribarán a la ciudad de Medellín...*”. Estos amarillistas, hijos de la gran puta... cómo inventan, cómo envuelven esta tragedia en un sucio entorno de saldo de cuentas entre mafiosos. Ya tengo la nota del obituario para el periódico a ver si así podemos

poner en alto el nombre de la familia... Si los medios quieren guerra de palabras, la tendrán.

Hoy, a las cinco de la tarde, en la iglesia Santa María de los Ángeles, se realizarán las exequias del empresario antioqueño William Arango, reconocido hotelero, fundador y representante de la ATC, agremiación de turismo del país.

Después de tantos días buscándolo con los amigos, en las clínicas, hasta en el anfiteatro, guardaba la esperanza de que lo halláramos vivo.

—Si le hubiéramos avisado a la policía.

—No era conveniente, Santiago, debíamos ser discretos y debíamos esconder la desaparición.

—¿Por qué no le pediste ayuda a Andrés? Él tiene informantes en todas partes, incluso en la policía.

—Sí, lo sé muy bien, pero también sé cómo es su forma de actuar y no quiero su ayuda. Hay algo que no es claro. Vagamente pienso en todas las cosas, porque nunca nos contó la verdad de todo... Conversaciones con verdades a medias, como si con eso nos alejara de toda esta mierda; había que llamar a su socio, esa fue la advertencia que siempre nos hizo. Santi, escucha, confiar demasiado en un socio nunca es bueno... yo conozco a Andrés.

Le di un beso en la mejilla. Santiago era lo único bueno de todos estos años.

—Mira, te llamaron al celular —observó Santiago y al instante timbró el teléfono.

Hubo una pausa. Dudé en contestar. Era un número largo y raro. Lo que menos quería era tener algún tipo de discusión. Después de maldecir y rechazar entrevistas me estaba empezando a poner colérica, pero no soy mujer de miedos. Hacerle frente a la feria que había desatado la muerte de Tío William era la mejor salida. Atendí la llamada: estaba un poco nerviosa, pero sabía que esa conversación debía atenderla.

–Hola Paula –replicó una voz masculina. Traté de recordar ese particular timbre de voz.

–Hola –contesté.

–Pues bien, se nos ha ido... –siguió un silencio al otro lado de la línea–. Todo está mal acá... nada podemos hacer.

–Con dudas entendí que era él.

–¿Federico?

–Ya sé –repitió mientras preguntaba–: ¿A dónde lo llevarán?

Me sentí contrariada. ¿Cuánto del lado oscuro de la familia conocía Federico? Ana María trató de ignorar al máximo el tema, aunque muchísimos años atrás fracturó toda la historia cuando nos traicionó a todos con Andrés. Nos destruyó sepultándonos con su mentira.

–No hay certezas –nunca le dije a mi tío quién creía yo que era el padre de Federico.

–¿Quién lo asesinó? ¿Sabes quién fue ese perro?

–¿Acaso no te ha dicho nada Ana María? –inquirí con voz sarcástica. Sé que Federico creció en un mundo de odios y aprendió a dominarlos, esperaba una respuesta más venenosa.

–Sí, pero no te lo contaré –dijo en tono de burla–. Qué más da, tú terminarás sabiéndolo porque no dejas el pasado atrás. Aun así no tengo ni puta idea de quién fue.

–Ha muerto en la calle como un gamín –le dije–. Es lo único que sé, pero no por mucho tiempo.

–¡Qué cabrones! –Cuánta ira, cuánto dolor se sentía en su voz–: A mí no me vengas con ese cuento tan marica. Él sabía cuidarse muy bien... ¿Dónde estaba su escolta? Él siempre llevaba un arma.

Entendí que Federico conocía mucho más de lo que yo creía. Los secretos terminan confesándose y paso a paso, como un murmullo, llegan a los oídos inapropiados.

—¿Por qué habría de arriesgarse en las calles? Había mucho dinero en juego. ¿Dónde estaba su socio?

—No lo sé. Hace años me prohibió regresar a Cartagena, me decía que allí el fuego estaba consumiendo todo, que era mejor que ignoráramos lo que sucedía.

Cartagena y su torre del reloj, la ciudad amurallada y mis tiempos como periodista son cosas del pasado... Cuando los ojos ven, imaginan una realidad desmesurada.

—No creas, Paula, que esto se va a quedar así. Nos jodieron, pero esos güevones van a saber de nosotros.

Era indudable que Federico mantuvo la comunicación con Tío William. Ya no era un simple pájaro, era un ave de rapiña que sobrevolaba la carroña, que turbaba el aire. Dios no ha estado conmigo nunca, aunque en la inmensidad de la verdad existe: me lo recordaba mi madre cada mañana antes de desaparecer. Tío William siempre culpó al Estado de la desaparición de mi madre. Habría sido hermoso tenerla aquí y abrazarla, pero después de ver su fotografía al lado del tío, es mejor que esté del otro lado batallando para que la debilidad no sea nuestra sombra.

—Paula, ahora debo salir. No te preocupes, encontraré respuestas —su voz se convirtió en un huracán, como cuando alguien quiere que lo respeten.

—Ok, Federico. Acompañaré al tío William hasta lo último. Se nos adelantó a todos —suspiré—. Por favor llámame si tienes alguna pista. Adiós.

Un padre no tiene por qué arruinarle el futuro a su hijo, ni siquiera estando muerto.

—Adiós —creo que escuché en el fondo su tristeza, ase-diándolo tras el muro de la venganza.

Al colgar le pedí a Santiago un trago de ron doble.

—Un trago por los vivos, por los muertos y por los que pronto... lo estarán.

Cruce de cartas

Andrés y Anama (noviembre de 1992-junio de 1993)

Hola, Ana Ma:

Acá me dejaste plantado, como cosa rara. ¡Tanto que planeamos y hablamos y proponemos y postergamos vernos! No sé... Será que no conviene, como dice tu mamá. Había recogido cuentos y chistes para hablarte como 4 horas, y no quedarme callado (aburriéndote) como la última vez.

Ya que comí, y no apareces, y tengo sueño, procedo a contarte los chismes.

“Primero” y último.

Cómo te parece que estuve por Gómez Plata (Puente Gabino, ¿te acuerdas?) dizque “charquiando”. Eso es una belleza, pero el cuento no es ese, sino que mi mamá me llamó cuando estaba por allá. Se murió de risa y me dijo: “Su abuelita abandonó un lote por allá. Búsquelo a ver”. Y cómo es que por señas dimos con él. Me provocó irme pa’ allá de una, poner 4 palos y una ramada y botar este estrés pa’ la porra. Dejar de ver estos hijueputas traquetos camionetudos. En ese “sueño” estaba cuando, fijo, pasaron 3 Toyotas todas polarizadas. ¿Ah? No hay salvación. Al fin tampoco se hubiera podido, porque mi tío Jorge es el heredero y como el guaro está tan caro el lote también.

Así que casa y río fin de la ilusión. Amor de mi vida (tú): fin de la ilusión.

Buena suerte y hasta nunca.

A.

Andrés, mi querido Andrés:

No llegar no significa no querer... Es increíble, pero cuando iba para allá, con los oídos listos a escuchar tus cuatro horas de chistes, pasó una Toyota, frenó en seco, todo frente a mí, todo por mí, ¡te imaginas! Nunca me había sucedido nada igual y entonces miré los vidrios sin ver a nadie (ya sabes, por eso los polarizan), hice un gesto con las manos y se abrió una puerta. Adentro estaba tan oscuro y yo tan encandilada con el sol de este verano (como para charquear ¿cierto?) que me asomé para ver qué era lo que había adentro (siempre me lo he preguntado) y ¡zuas!, me echaron mano... y me monté.

No fue algo voluntario, te lo juro, yo hice repulsa... pero dar una vuelta en carro no tiene nada, ¿cierto? además una Hummer...

Y ya ves, no me preocupé por mi mamá, ni por la tuya, ni tu abuelita, ni tu tío... no, a mí lo único que me estresaba era que te diera por llamarme justo cuando iba para Gómez Plata a ver un lotecito donde este hombre había construido una mansión espectacular. ¿Alguna vez te has bañado en una piscina infinita, de esas que no tienen borde y que si uno se descuida se va por un abismo? No lo creo.

Es que a mí, la verdad, me gusta ir a Gómez Plata con plata.

Lo siento.

Ana

PS: Qué poco me conoces si crees esta sarta de bobadas...

Ráquira, 26 de febrero de 2016

Ana Ma.

Tu humor no cambia, ¿tus humores?

Con ese calor de Medellín, y tú que me esquivas, decidí esta semana emprender el viaje.

La realidad siempre pone trampas a la imaginación, y aunque la siga, cumpliendo a veces lo que esta le prefigura, lo hace a su manera. Ráquira no estaba en mis planes.

El martes, tu carta de amor-humor, me tomó parado en la cornisa de la existencia. Bastó la sutileza de tu texto fácil para caer. Era yo ese día un lápiz parado en la punta, y tu breve brisa me hizo caer de inmediato. Caí de la tonta existencia sosa que llevaba, moliendo maíz como mula aconductada. Así que como dice el efecto mariposa: “Es verdad que puede el aleteo de una carta socarrona y vagarosa, producir un huracán al otro lado del corazón”.

Ahora que voy cayendo, que no sé adónde, me siento plenamente libre. Así que en este momento, y en cámara lenta, no soy y, temporalmente, no estoy sujeto. No soy sujeto.

¿Adónde va cayendo el lápiz? ¿Adónde el huracán?
¿Adónde pasta la mula feraz?: ¿en un pueblo de ovejitas!

Pensé en un clima: frío. Pensé en un lugar: Ráquira. Por su nombre bonito y por las artesanías.

Cama, techo, hogar, ropa y comida hay en todas partes, y en Ráquira también. Así que era tan bueno o tan malo como cualquier otro. Cuando corres para alejarte hasta de tu sombra, cualquier lugar es bueno. Si tus fantasmas no se despegan de vos, llévalos a cualquier lugar.

Leí tu carta y empaqué, como si en el transtexto me ordenaras huir. Huir. ¡Huir! La leí de mañana y ya por la noche estaba en este pueblo hermoso. Es mi pueblo, porque aquí nací. Hoy cumpla 3 días de vida: viento en la cara, olores de campo, agua fresca, si me canso duermo, y si me duermo sueño. Y hay sonrisas por todas partes.

Me he instalado provisionalmente en el hotel San Blas, que fue el primero que vi en Google. Ahora no hay mucha gente, pero la tarifa es alta igual. He aprovechado los días

para conocer el pueblo, sus iglesias y algunas personas. También para comprar algunos elementos de primera necesidad, porque en esta huida se me quedó casi todo.

Desde mañana me pondré a buscar una finquita o una casa ojalá campestre.

Escríbeme a la Calle 3ª. No. 10-20, Ráquira. Ahí me van a recibir la correspondencia.

Te quiero mucho,

A.

PD. Te quiero mucho.

Invitación al viaje (Baudelaire)

¡Mi niña, mi hermana,
piensa en la dulzura
de ir a vivir juntos, lejos!
¡Amar a placer,
amar y morir
en un país como tú!
Los mojados soles
en cielos nublados
de mi alma son el encanto,
cual tus misteriosos
ojitos traidores,
que a través del llanto brillan.
Todo allí es orden y belleza,
lujo, calma y deleite.
Muebles relucientes,
por la edad pulidos,
adornarían el cuarto;
las flores más raras
mezclando su aroma
al vago aroma del ámbar,
los techos preciados,

los hondos espejos,
el esplendor oriental,
todo allí hablaría
en secreto al alma
su dulce lengua natal.
Todo allí es orden y belleza,
lujo, calma y deleite.
Mira en los canales
dormir los navíos
cuyo humor es vagabundo;
para que tú colmes
tu menor deseo
desde el fin del mundo vienen.
Los soles ponientes
revisten los campos,
la ciudad y los canales,
de oro y de jacinto;
se adormece el mundo
en una cálida luz.
Todo allí es orden y belleza,
lujo, calma y deleite.

Medellín, marzo 3

Mi querido Andrés:

Dices que me quieres mucho y lo reiteras en una posdata... y yo me pregunto por esa forma de quererme que hace que te desplomes con una carta llena de ironía que solo reclamaba tu atención. Nunca me preguntaste qué había sucedido, por qué no llegué a Crepes como habíamos acordado... Si algo le he aprendido a mi papá en esta vida es a ser cumplida y frentera. Si no hubiera querido ir, te lo hubiera dicho con anticipación para que no me esperaras. No te imaginas, porque ni siquiera eres capaz de pensar en que suceden cosas más allá de ti, el aleteo de la mariposa era la bobina del carro que me dejó tirada en medio de un tráfico atroz. Para colmo el teléfono se descargó. Encendía el carro, lo revolucionaba, sacaba el cloche y avanzaba un metro. Así logré orillarme en la bahía de un edificio. Un señor muy cojo fue el único que me ayudó. Me regaló una llamada y ¿sabes a quién llamé? Al único que me puede sacar de una situación así: William.

Mi querido Andrés, no te imaginas cuánto me gustaría poderme lanzar desde las cornisas pensando que soy un lápiz sin saber si voy a caer de punta o de borrador y rebotar y aterrizar en cualquier lugar del mapa en medio de ovejas.

Qué fácil te es huir de mí cuando permaneces en ti.

Aquí estoy, aquí sigo en medio de los carros, sumida en el smog.

Ana

PS: Tú eres el único que me llama Anama.

PPS: Del humor al amor solo hay una letra porque la hache no cuenta.

Mi princesa:
Te habla Andrés, el agroindustrial.

(Soy Andrés, el que vive para no morir).

Ya me conoces, que no puedo estarme quieto, sin hacer nada. El reloj del tiempo es de arena. No da vueltas, no tiene ciclos, solo se vacía y el último grano se impacienta por caer. Es por eso que ahora estoy más codicioso que nunca con el tiempo, que tanto descuidé por correr detrás de las cosas. La ciudad nos hace eso, como dicen los Papalagi, enamorarnos del metal redondo y el papel tosco.

Por el puro gusto de hacer, decidí criar gallinas.

Por el puro espanto de este silencio tenaz, prefiero el cacareo.

Amañado como estoy, alquilé una casa grande, con patio atrás. Tiene una entrada algo tétrica y oscura, con mucha humedad. Detrás de una puerta blanca, algo despintada, hay un techito bajo con tejas, que da entrada a un zaguán. El techo ha tenido filtraciones por años, y las paredes, de ladrillo desnudo, están manchadas de moho. Hay algunos nidos de gusano y huevos de insectos. Entre dos tejas se ve la boca de un panal de angelitas. El piso es de cemento mal tirado, y a unos 10 pasos hay otra puerta. Cuando la abres, sientes el cambio: un patio fresco, con plantas cuidadas y una fuente de la piedra típica de estos lugares. Alrededor del patio hay 2 habitaciones, por un costado; una cocina abierta y sencilla, un poco moderna para el lugar, al frente; sala comedor por el tercero y una tapia alta enmarcando la puerta de entrada. En la base de la tapia hay una jardinera con hortensias. Un espectáculo. Entre la sala y el comedor hay una pequeña puerta, y por ahí se accede a la finca.

La finca es un solar, de 5 por 5, en el que encontré unas jaulas para gallinas.

(Esta casa es como tú: varias puertas hay que abrir para encontrarte).

Le pedí consejo a un viejo que se ha convertido en buen amigo. Me dijo qué gallinas comprar, cómo alimentarlas, y demás. Pero el vicio de leer me puso a dudar de sus consejos y mejor hice lo que decía Internet. Para resumir: Don A.: 1, Internet: 0. Tuve que agachar la cabeza y dejar que se burlara de mí durante unos días. Retomé el rumbo y puse 20 pollos de engorde y 10 gallinas ponedoras.

Las gallinas son de mejor estrato que yo.
(Nunca te merecí).

Ponían su huevo diariamente, sin falta. Pero por alguna razón dejaron de comer, y de ahí que dejaron de poner. Se pusieron flacas (por alergia al maíz, digo yo). Pues muy de malas por eso, pero muy de buenas por tener este papá. El jueves que estaban en el partido de Colombia, me lo quedé viendo en la casa, e invité a don A., aunque el fútbol lo dejó de ver cuando Pékerman jugaba el Pony Fútbol. En el intermedio me lo llevé para la finca a mostrarle mi ganado y por casualidad me alcé la coca de las crispetas.

—¡Déles de eso a ver! —dijo el viejo.

—¡Tengan!

Y desde eso me tienen comprando maíz pira y haciendo crispetas. Me resigno pensando que cambiar crispetas por huevos sigue siendo buen negocio.

(Cuánto dar sin recibir).

Besos.

Mi querido Andrés:

Tu última carta me dejó cavilando y sin embargo apenas hoy te escribo. Decidí tomar distancia a pesar de que me había propuesto no hacerlo. Ha pasado mucho tiempo. Era lo mejor para nosotros... ¿Ves? las intenciones se rompen. Y si la resistencia consiste en olvidarse del tiempo, cierro los ojos pensando que si envío un mensaje a esa dirección que figuraba en el sobre será un retroceso. No tenía sentido escribir o buscarte o dejar que el destino baraje los dados; fue preferible seguir a tientas y espero que continúes en esa casa, que de entrada me pareció rara, carcomida de incertidumbres... con un patio de eras sembradas en flores... ¿Sabes? sería mejor no alentarlas. Es inútil encender el papel que envuelve la piedra. La fuente, el sol, los colibrís.... Ay Andrés, para cortar los lazos, antes de atarlos, releí tu carta y siento que es necesario trabar el rumbo para no amarrarse. Me encantaría hablar con las aves, pero dicen que la soledad fortalece. Seguro ya salieron de sus jaulas y estarán posesionadas de tu cuarto, de tu cama, de tu almohada. El silencio conforta e imagino que por las noches verás películas. El hambre alimenta el espíritu y seguro esas cintas te harán creer que la vida simple, la vida sin efectos especiales vale la pena ser vivida... la vida sin afectos especiales. ¿Te das cuenta Andrés? ¿Te das cuenta? Si una letra puede cambiarlo todo, imagínate lo que sucedería si seguimos barajando cartas.

Ana

Refugio en Ráquira

Josefina (Ráquira, 15 de octubre de 2016)

Vea señor... don... inspector... hay que empezar por el principio...

–Claro que sí... tómese su tiempo... intente ser coherente en la cronología de los hechos.

–Pues a ver... hace como veintitrés años sonó el teléfono como a las ocho pe eme. Raro eso, dije. A esa hora, por aquí ya todo el mundo está buscando cama...

–Aló...

Yo saludé cordial, pero igual con impaciencia porque a quién se le ocurre llamar a esa hora.

–Buenas, ¿la señora Josefina Franco?

Ay qué susto el que me dio... Alguien que lo llame a uno por el nombre, a esa hora, y a mí, una profesora, la gente como es de envidiosa, de pronto es porque lo quieren amenazar a uno o algo parecido... La llamo del hotel pa' contarle que alguien está interesado en arrendar la propiedad de su mamá.

Uy, ahí sí respiro...

–Oiga, qué susto el que me pegó... y después de los años, ¿quién va a estar interesado en ese rancho, por Dios bendito?

–Pues... es un muchacho de ciudad...

–Jmmm... pues bueno... ¿y usted ya se la mostró?

–Sí, dice que se quiere pasar mañana.

–¡Jah!, ¿y cuál es el afán?

–Dice que no quiere seguir pagando hotel. Está muy interesado, está aquí conmigo. Insistió en que la llamara hoy mismo.

–Ah... bueno... ¿y que a qué hora?

–Que en la mañana.

–Bueno, dígame que a las ocho nos vemos allá mismo para yo conocer a este personaje y tal vez firmar contrato.

–Sí señora, nos vemos entonces.

Muchas emociones para una sola noche. Para serle sincera una parte de mí hasta se alegró de poder arrendar esa casa por fin, y más cuando estábamos ya Jorge y yo muy juiciosos ahorrando para la universidad de Elena y mi mamá ya vivía con nosotros, pero también sentía la nostalgia de que otra persona tan ajena pisara esos mismos pasillos... en donde, mal que bien, vivimos los mejores años de nuestra infancia.

A las ocho del día siguiente estaba allá, con poquísimos corotos, el ciudadano ese. Me estaba esperando.

–Mucho gusto doña Josefina. Andrés Aramburo.

–Mucho gusto, joven.

Le señalé las banquetas de cemento del jardín y ahí nos sentamos al lado de la fuente, él en una y don Alberto, el del hotel, y yo en la otra.

–Usted perdonará –comencé–, pero yo sí quisiera conocerlo un poquito antes de firmar cosas... porque debe usted entender que para uno es muy raro que una persona de ciudad se interese por una casa así rústica y en un pueblo, tan de buenas a primeras.

–Entiendo su inquietud y como le decía al señor Justino, acabo de terminar la universidad y renuncié a mi trabajo en Medellín. Decidí descansar de la ciudad por una buena temporada y esta casa tiene un aire de austeridad muy agradable.

¿Austeridad? –pensé–, yo sé que no es una mansión, pero está lejos de ser una vivienda básica, tiene todas las comodidades y además es muy grande para una sola persona.

Después añadió, como con una ensoñación herida, frunciendo el ceño y mirando mis hortensias:

—Quiero crear recuerdos nuevos aquí, en esta casa.

Con esa frase me dio un brinco el corazón, Inspector... Miré alrededor y recordé esa casa tan caminada y se me antojó bella y me dije: “Pues se merece otra vida y otros recuerdos...”. Chocolié sin culpa, pero lo disimulé bien.

Después agregó:

—Yo quiero cuidar esta casa... la quiero arreglar... y pues, obviamente, pagarle la renta.

Ahí mismo sentí un alivio... Si este pelado me cuida la casa pa' que no se le roben los poquitos enseres que le quedan y de paso una rentica para mi mamá, yo me doy por bien servida.

—Bueno, yo espero que la cuide mucho y que no haga muchas fiestas o ese tipo de cosas porque este es un barrio muy tranquilo... y yo voy a ser su vecina. Al frente en la esquina de abajo está mi casa.

El joven se rio y de pronto vi en sus ojos una chispa de nostalgia, de corazón... Hasta bueno que los ciudadanos comprendan un poco más la parte rural y se empapen de pueblo...

—No se preocupe por eso, doña Josefina, que es lo último en lo que pienso por estos días.

Don Alberto me ayuda a redactar el contrato y me lo da con cautela, como si me estuviera tanteando, pero yo lo agarro y firmo como quien se despide de un barco.

¿Sabe, Inspector?, yo iba casi todos los sábados a darle la vuelta a la casa y cada vez quedaba más descrestada por las mejoras que este Andrés le hacía... ¡y con sus propias manos! Definitivamente uno sí juzga mucho... yo creía que todos los ciudadanos eran estirados y no se untaban de trabajo manual... pero el joven lo disfrutaba... eso me hizo confiar un poquito más en él. Ya se había comprado unas gallinitas

ponedoras, jajajaja, la cosa más cómica del mundo porque se notaba que no tenía idea del asunto, pero le ponía todas las ganas. Además Rodrigo le ayudaba y trabaron una amistad que los distraía muy bueno a los dos.

Y así, así, le fui cogiendo cariño al muchacho. Le descubrí uno de esos sufrimientos sin tiempo... de los que algunas personas sufrimos por esas cosas irreparables, de las que uno se enamora y a las que uno se aferra sin remedio.

Le ponía tanta energía a los arreglos que era como si estuviera pagando una penitencia con la remodelación.

A veces, intermitentemente, venía una muchacha citadina, muy elegante, muy queridita. Yo, después de trabar una confianza casi casi de mamá con él, lo molestaba preguntándole por ella... Él se reía y decía, como quien no quiere la cosa: Sí, ella viene a veces...

Yo no me atreví a preguntar más porque se veía que era privado y uno tiene que respetar eso, pero sí le llevaba de la tortica casera que a veces hago o panes para desayunar y le arreglaba un poquito el jardín, las hortensias y el arrayán y le hacíamos visita Elena y yo.

En una de nuestras charlas al son de tintico y tortica me miró como con miedo y me dijo:

–Josefina, ¿usted cree que las personas sean su pasado?

Me daba mucha tristeza que me hablara de palabras graves, de pasado, de nostalgia, pero también pensé “Andrés es un muchacho... ya encontrará otra señorita que se atreva a quedarse definitivamente con él”, así que le respondí con alegría: Yo creo que las personas tienen el pasado pintado en la cara, pero hay que llevar esa cara pintada con orgullo y actuar de forma cristiana, conforme a los deseos del corazón.

Cualquier día estaba yo barriendo y veo una carta al pie de la puerta. Quedó encima de las facturas que habían deslizado por debajo. Ese día yo estaba contenta porque nos habían entregado las notas del colegio de Elena y tenía casi

todo en EXCELENTE o SOBRESALIENTE, entonces estaba hasta canturreando, cuando veo ese sobre, Inspector... Decía "Andrés". Abrí la puerta y me asomé y alcancé a ver muy a lo lejos a la señorita Ana, la que visitaba a Andrés, arrastrando una maleta de rueditas. Cerré. Recostada contra la puerta me quedé pensando si debía o no abrirlo y uno de esos presentimientos de mamá me dijo que era bueno que yo la leyera primero. Así que me senté en las escaleras que dan al patio de mi casa, con el sol desvanecido de las cinco treinta. Leí la carta y la apreté contra mi pecho llorando.

"Esto va a acabar con lo que queda de Andrés", pensé... y tomando aire me compuse y, casi sin pensarlo, fui hasta mi baulito de correspondencia y la metí ahí. Inmediatamente me puse a hacer una torta de banano y fui y se la llevé a Andrés.

Yo jamás le dije, jamás le di esas palabras... que parecían misiles. Era muy doloroso todo el asunto.

El pueblo le ayudó mucho a Andrés... y también el tiempo obviamente... a olvidar y a recordar cómo ser feliz. El tiempo fue pasando y vi que Andrés se convertía en un recién nacido. Todo le era novedoso y bonito. Vivía simple y aturdido de serenidad, como un niño.

—Continúe, por favor...

Finalmente, él se recuperó y dejó de venir... En un abrir y cerrar de ojos nos volvimos viejos, Elena creció y hasta se casó... murió La Ñañita y mi marido... Y no volví a saber de él... Aunque eso sí, me llegaba la consignación puntualita como un relojito. Quería que la casa se conservara intacta. Y vea... yo siempre rezaba por él, porque siguiera siendo bueno, porque se dejara querer de otra muchacha y porque le fuera bien...

—Prosiga...

Hace un poquito más de un año, volvía yo del cementerio, de visitar a Jorge y a mamá... cuando me encuentro a

don Alberto el del hotel... y llega y me dice todo muerto de la risa:

—¡Ay Josefina!

—¿Qué pasó don Alberto?! No me asuste que usted sabe que me tiemblan los nervios...

—Adivine quién llegó ahoritica al hotel

—No, pues yo qué vu'a saber.

—¡Pues el joven Andrés, el de Medellín!

—¡Oiga!

—Dijo que ahorita baja a saludarlos.

—¡Ay, qué tan bueno!

—Bueno, ahí la dejo doña Jose... cuídese ahí.

¡Jah!... Imagínese hace cuánto no veía yo al joven Andrés... que además ya nu'era ningún joven... había de estar así viejito como yo.

Él bajó a la casa y ya le tenía yo el tinto con la torta y la cosa... y cuando abrí la puerta... Ay, Inspector... qué impresión tan grande la que me dio... Estaba acabado... no era ni la sombra... porque Andrés era un hombre muy buen mozo... pero ya tenía la piel ajada, los dientes amarillos... y tenía un aire de prepotencia terrible que jamás habría imaginado en él... Pero ya ve usted cómo cambia la gente y supongo que lo mismo podría él decir de mí.

Me saludó muy formal.

—Doña Josefina... ¡cuánto tiempo!

Yo lo noté como triste...

—¡Don Andrés!, dichosos los ojos... qué bueno verlo, bien pueda siéntese...

—Ay doña Jose, don Alberto me contó lo de Jorge y lo de su mamá, lo siento mucho...

—Sí, Andresito... pues esa diabetes me lo tenía muy aporreado y la pobre vieja... afortunadamente se los llevó mi Dios a descansar.

—Pues sí... hasta bueno que no sufrieran más... ¿y Elena?

—Esa muchacha es el orgullo mío... Está estudiando a distancia a pesar de haberse casado...

—Ay, ve qué maravilla doña Jose... me alegra.

Entonces hubo un silencio incómodo, de esos que se presentan cuando hay todo por decir y se puede decir solamente muy poco.

—Bueno, y cuente pues Andresito qué ha sido de su vida, cómo le ha ido, en qué anda...

Inmediatamente se le nubló la vista, me esquivó la mirada y entre ira y tristeza apretó el ceño y, según vi, todos los músculos... Hay que ver, Inspector, cómo una persona se vuelve fuego... y Andresito ya no era un alma de Dios... arrastraba demonios más grandes que él mismo... Vea que después de esa expresión tan miedosa, hasta me santigué en la mente...

Yo supe que había todo un mundo de oscuridades en el pasado de Andrés, que eso lo acosaba, lo perseguía y una parte de mí distinguí, desde que le abrí la puerta, que él venía a Ráquira en huida. Una parte de mí siempre supo que esa historia que venía arrastrando estaba condenada a terminar en silencio.

Yo no sé más Inspector, de verdad que no sé más... no sé más allá del silencio en que quedó esta casa, el jardín, la sombra del arrayán ahí recostada a la puerta del solar de un domingo que se repite y se repite mientras le cuento...

Pero seguimos charlando y después de los días comenzamos otra vez ese ejercicio de penitencia que representaba para él el arreglo de la casa... pero esta vez era muy en vano... y se notaba de lejos.

Después, Inspector... ay, después es que Andrés... hace como tres meses tocó a mi puerta con una maleta de ruedas en la mano, un maletín en el hombro y otra maleta

grande dentro de un taxi que lo está esperando. Se ve muy alterado pero se esfuerza para que no se note. Me entrega un sobre.

–Doña Josefina, muchas gracias por su... por todo... absolutamente. Un abracito para Elenita y Dios la bendiga.

Yo no alcanzo a balbucear palabra. Me quedo con la boca abierta con ganas de perseguirlo... y de pronto, viendo que tal vez no lo fuera a volver a ver, me acuerdo de la carta de la señorita y le grito: ¡Espere! Él, sorprendido, se queda inmóvil y yo salgo corriendo a buscar la carta. Cuando vuelvo, le cojo una mano y le entrego el sobre. Perdóneme, le dije.

Andrés, contrariado, me mira, me coge y me da un pico en las manos. Justo ahí hay un atisbo del joven noble que se disculpa... esta vez como recibiendo los santos óleos. Doy un pasito vacilante hacia adelante, queriendo acompañarlo, pero se monta rápido al taxi, sin dejar de mirarme. El sobre contiene una estampa de la virgen y una hortensia, no fui capaz de entregarle la carta.

–Doña Josefina, ¿usted revisó la casa que le tenía rentada a Andrés?

–Sí, claro... yo quería entender... pero yo supongo que mi Dios nos tiene para vivir más que para entender, así que dejé el asunto de la carta quietecito... lo único que encontré fueron algunos perendengues que puse en esta caja donde guardo recuerdos... Vea pa' que la revise... y hágale fotos si quiere, pero no se la lleve. Déjemela aquí, yo la vuelvo a guardar por si él vuelve. No quiero negarle más la verdad. Eso me ha perseguido mucho tiempo y una no es nadie para esconder... pero yo lo hacía por su bien, ustedes entienden...

–Gracias, doña Josefina, créame que va a ser muy útil para esta investigación.

–Jmmm, bueno... ¿y de qué se trata la investigación? ¿Usted sabe algo de Andrés?

–Me da pena con usted, pero eso es algo que todavía no le puedo decir.

–Jmmm, bueno... cuando pueda, por favor hágalo.

–En retribución a su colaboración, se lo prometo. Pero nos avisa si él regresa. Mire la tarjeta con el número... a cualquier hora nos llama si vuelve.

Una última carta

Anama (13 de noviembre de 1993)

Medellín, noviembre 13 de 1993

Mi querido Andrés:

No sé ni por dónde empezar... Andrés, te dejé aun sabiendo que al hacerlo perdía cualquier derecho a reclamar algo de ti, pero hay cosas que están por encima del amor... ¿Te das cuenta? Es la primera vez que pronuncio esa palabra peligrosa que nos esclaviza haciéndonos felices siervos de su imperio; solo la diré esta vez, esta única vez, porque hoy renuncio a él, precisamente por él. Y fue el futuro lo que hizo que ese presente se tornara resbaladizo. Volví de nuevo al lugar que había dejado atrás. Era inevitable. Pero decir que regresé siendo la misma sería una falacia porque cuando conocí el amor supe lo que era el desamor, para después descubrir que llevo dentro una fuerza más poderosa que ambos, un ser capaz de hacerme renunciar a todo.

Andrés, mi amado Andrés, tenía que volver, regresar a Medellín, abandonar tu pueblo de ovejitas y olvidar... como si fuera posible olvidar.

No me culpes.

No respondas esta carta.

Déjanos.

Anama.

Dos hermanas que no se hablan

Josefina y María Clara (abril y mayo de 2015)

María Clara,

A mí me da pena escribirle a estas alturas de la vida, cuando ya somos extrañas la una para la otra y no nos conocemos las caras desde hace más de 30 años. Pero la verdad, últimamente me invade una nostalgia terrible de los años de la infancia.

Mi hija se va a casar y me gustaría mucho que viniera, que olvidáramos tanta pelea pendeja y tanto rencor innecesario. Esta es su familia y no quiero dejarme morir de esta hijuemadre diabetes sin antes verle la cara, María Clara, y poderla perdonar y que usted me perdone.

La casa –le soy sincera– se puso bonita después de que usted se fue, bonita y melancólica. Ya nadie usaba el almacén de herramientas y puse en su lugar un guayacán amarillo que estoy segura que le va a gustar.

Además, Rodrigo, contra todo pronóstico, aún pregunta por usted, y aunque tuvo una hija muy linda, cantante, nunca se casó.

Acompañémonos esta edad tan cruel. Le prometo que no le voy a preguntar nada y ya no tenemos a tanto tío ni a mi mamá que siempre le reprochó su gusto por la calle. Solo nos tenemos usted y yo.

Sinceramente,
Su hermanita, Josefina

Aún Medellín, mayo de 2015

Josefina:

No sé qué escribir, qué contestar. Me siento realmente ajena a lo que usted me cuenta, ajena como me sentí siempre... para usted, para los tíos, para la mamá. No creo que la cosa ahora sea perdonar o ser perdonada, ya no recuerdo qué pasó y todo pasó.

Espero que el matrimonio de Elena sea motivo de alegría, sin embargo no creo que sea necesario que yo asista. Recuerdo lo tedioso que era tener que invitar a los familiares por compromiso a estos eventos cuando éramos jóvenes; todas las susceptibilidades que allí se despertaban. La verdad, no me gustaría asistir.

Qué bueno que la casa esté bonita, la recuerdo con mucha nostalgia, su verdor, su inmutabilidad, sus escaleras, mi cuarto de herramientas... la verdad me alegra que ahora haya allí un guayacán. Recuerdo el de los vecinos y cómo este bañaba nuestro patio de flores amarillas como si fuera propio.

Léale a Rodrigo, eso siempre lo alegró, y póngale los discos que escuchábamos jóvenes.

El calor en Medellín es agobiante, pero la opción es ser feliz ¿no?

Clara

Ráquira, mayo del 2015

María Clara,

Solo cuando se es madre se entiende realmente cuánto se ama a un hijo, cuánto se yerra por ese amor. Porque es

que yo no sé si usted sepa, pero a uno no le dan clases de ser papá o mamá... todo lo aprende uno a las bravas.

Toda la vida, desde las sombras provocadas por su luz, pude atisbar la razón de la dureza de mi mamá para con usted. Usted tenía todo el fuego de mi papá en sus ojos, en su curiosidad, en su inteligencia. Mi mamá, contrariada entre la nostalgia, la necesidad de autoridad y el orgullo por su hija menor, necia y talentosa, procedió siempre –a mi modo de ver– de forma equivocada, pero eso no le quita que lo que hizo, lo hizo con amor, miedo y dolor de ver a su esposo brillante y muerto en sus ojos ardorosos todos los días, desafiándola.

Usted sabe que los de ella eran otros tiempos... a ella sí que la criaron más apretada que a usted y a mí, o que a cualquiera de nuestras primas. Sigo creyendo que hizo cuanto pudo. Y la considero muy afortunada a usted que siempre tuvo su admiración, cuando yo solo tuve gratitud por haber sido menos avispada pero más obediente.

La mamá se murió hace un mes y medio. La misma que le pegó una cachetada cuando llegó después de las diez de la noche el día de sus quince, la misma que le prohibió la junta con el amor de su vida, la misma que quiso obligarla a tomar hábitos, la misma que la vio por última vez en medio del calor de una pelea, la misma que la educó como pudo y como sabía, la misma que le dio teta y comida, techo y pelas. Le dejó un cofrecito dorado que guardaba bajo llave y que, según su voluntad, no he abierto jamás. Sírvase pasar por él si es que tiene el más mínimo aprecio hacia ella que fue su sangre y hacia mí que no tendría paz si su voluntad no se cumpliera. Y si no viene por ese pendejo cofre, entonces hágale el favor a Rodrigo de venir... el pobre vive medio muerto desde hace como 30 años y últimamente hace huelga de silencio y todo el pueblo llora su sonrisa ausente.

La mamá, la Ñaña como le decía Elena, alcanzó a estar en el matrimonio de ella a duras penas. Ya no era ni la sombra de esa matrona que usted conoció. Yo creo que nunca se perdonó el dejarla ir, pero era muy orgullosa como para buscarla o pedirle disculpas.

La opción es ser feliz, a los veinte y a nuestra edad, y yo creo que para ello no hace falta negar el pasado, hace falta saberlo parte de uno y de su viaje. Yo, a pesar de mis achaques y mi “mojigatería” como usted la llamaba, he sido muy feliz, sobre todo desde que tengo mis hijos. Yo diría que ser feliz no es una opción, es una obligación para con el mundo.

Sinceramente,

Josefina.

El secreto

Elena (Ráquira, 15 de octubre de 2016)

Desde pequeña fui muy curiosa y recuerdo la casa de mi abuela, tan gigante y llena de color. Yo sabía cuáles eran las tablas que chillaban y hasta los mejores lugares para esconder cosas. No había rincón que yo no conociera y lo que más me tardé en encontrar fue un pequeño secreto de Ñaña. Sí, ese misterio estaba en su colección de vajillas artesanales, esa que a nadie dejaba tocar y de la que mi mamá decía: “Quiere más a esos platos feos que a mí...”, pero Ñaña insistía que de pronto hasta nos sacarían de la pobreza. Jamás entendí cómo unas ollas, que no valían ni tres pesos, nos iban a volver ricos, por eso busqué hasta que encontré oculto en una olla mugrosa un hermoso cofrecito dorado, impecable y pintado a mano que tenía adentro una fotografía de una bebé recién nacida en su cuna. Detrás de la foto estaba escrito en azul, con letra muy fina, “Ariana”. También había un anillo de matrimonio con un grabado que decía: “Todo mi tiempo es tuyo”.

Unos días después del descubrimiento mamá tuvo que ir a Villa de Leyva a plantarle unas matas al párroco, porque él no tenía idea de cómo sembrar guayacanes, así que Ñaña se quedó echándome ojo... y cuando me desperté de la siesta, antes de lo esperado, y fui por un poco de masato de arroz, descubrí a Ñaña sentada al frente de su colección admirando la cajita con la misma devoción con la que reza un condenado. Estuvo un rato en esas y, antes de que se diera cuenta de que la estaba mirando, me fui corriendo calladita a mi cama

para que no supiera que yo conocía su secreto. Jamás entendí por qué nunca fui capaz de preguntarle a Ñaña por qué guardaba esa caja, sabiendo que al verla en esa situación me llegaron una montonera de preguntas a la cabeza. ¿Quién será Ariana? ¿De quién era el anillo? ¿Por qué Ñaña tenía tan bien escondido ese cofre? Y lo más intrigante: ¿por qué era tan importante para Ñaña?

Pasaron muchos años antes de que pudiera encontrar otra pista... Si no me hubiera casado tal vez nunca me habría enterado de que mi linda madre tenía una hermana viva a la cual jamás mencionaba... Pero haciendo memoria sí recuerdo que a veces Ñaña le preguntaba a mamá por una tal María Clara. Siempre pensé que era alguna de sus amigas de Tunja. Lo más interesante es la forma en que me pillé la existencia de mi tía y es que después de siglos de no mandarse cartas con nadie, vi a mi madrecita escribiendo correspondencia unas semanas antes de mi casamiento. Era muy raro. Pensé que como hacía mucho no se hablaba con don Andrés y por el cariño que le tenía iba a invitarlo a la boda, pero ahí fue mi sorpresa cuando la carta estaba dirigida a “Su hermanita” y efectivamente no me había equivocado con lo de la invitación al matrimonio. Claro que la desaparecida hermanita no se dignó a venir y un tiempo después de que la pobre Ñaña estirara la pata —en paz descanse— mamá volvió e intentó contactarla, y esa carta me respondió todas las dudas: resulta que el famoso cofrecito pertenecía a mi adorada tía. Ñaña lo guardó bajo llave al mudarse con nosotras y su última voluntad fue que nadie abriera el cofre y que se lo hicieran llegar a la tía María Clara.

Esperé un tiempo a ver si la tal María Clara se dejaba ver por el pueblo, pero nada pasó, ni siquiera le respondió la carta a mi pobre madrecita, así que decidí coger el toro por los cuernos y me puse a buscarla de la manera más fácil que se me ocurrió: Facebook. La busqué con el nombre completo

esperando que no existieran muchas que se llamaran así y que no se hubiera cambiado el apellido. Después de cinco “María Clara Franco”, ahí estaba mi querida tía. La reconocí de una, gracias al impresionante parecido con mi madre. ¡Los genes son una maravilla! Y para mi sorpresa no estaba sola. Después de pasar algunas fotos de su perfil no pude evitar quedarme pasmada al ver a su acompañante. Yo no sé qué pasa con la sangre de mi Ñaña, pero no se pierde. Mi hermosa tía tenía una hija todavía más parecida a mi mamá y adivinen cuál era el nombre de ella, pues ¡Ariana! Y me dije, sí señor, apuesto a que esa era la famosa bebé de la foto. Hasta brinqué de la felicidad al descubrir el misterio más grande que faltaba por resolver en mi vida. No lo pensé dos veces y le escribí un chat a la tal Ariana.

Querida Ariana

No creo que usted sepa quién soy yo y no me lo creerá pero acabo de descubrir de su existencia. Nuestra Ñañita desde el cielo con mi Diosito presente nos está juntando. Le doy la noticia de que usted y yo somos primas. De la existencia de su mamá también me enteré hace poco y no lo hubiera hecho si no fuera porque el último deseo de nuestra Ñaña era que un cofrecito le llegara a manos de su madrecita. Pero ella no apareció ni siquiera para el matrimonio mío y, podrá parecerle muy loco, pero es la purita verdad.

Yo le escribo porque sin importar el pasado que nuestras madres tengan, nosotras somos familia y me gustaría saber de su vida y ojalá usted de la mía sin que se interpongan las discusiones de las viejas y, como le dije antes, cumplir el último deseo de la Ñañita.

Un saludito, su prima Elena.

—Así fue como pasó, detective Soto. De ahí en adelante mi vida fue muy normalita, hasta que ustedes llegaron...

Hermanos de crianza

Ariana (16 de octubre de 2016)

Los vi sentados en el *chaise lounge* con sus ropas des-
arregladas y suspiré. Tenían en sus manos las tazas favori-
tas de mi mamá y mías; blancas, pequeñas, perfectas para to-
mar té. Pero ni modo de ofrecerles Earl Gray o chai. Tintico
sabor a tierra quemada para los investigadores.

Les pregunté si todo estaba a su gusto y me levanté por
mi infusión de lavanda. Fui a la cocina y suspiré.

Sentía un cosquilleo caliente e incómodo por la espalda.
Había una buena razón por la cual había escogido ser baila-
rina: para evitar hablar. Eso era lo que amaba del *ballet*; todas
las presentaciones tenían un libreto, una historia que contar.
Dramáticas y sencillas. Todo lo contábamos con nuestros
pies, con nuestros brazos, el inclinar de la cabeza, un *pas de
bourré* cuando algo perturbaba, un *grand jeté* a modo de feli-
cidad o miedo...

¿Por qué le hice caso a mamá de volver? París en prima-
vera era mi éxtasis vuelto realidad.

Cuando los sabuesos llamaron estaba repasando en mi
pequeño salón de baile los pasos de una de las primeras es-
cenas del “Pájaro de fuego”. Por fin me habían dado el papel
principal.

—Aló —contesté poniéndome el auricular entre el oído y
el hombro, para poder ajustarme las puntas y comenzar a
atarme los lazos.

—¿Señorita Ariana? Mi nombre es Ramírez, necesito que me responda a unas pregunticas que le tenemos.

—¿Ah sí? Y ¿para qué? —Me fastidió el tonito fuerte y arrastrado que tenía. Justo el tonito que tenían las personas que jamás verían a mi lado.

—Y ¿si nos vemos y le comento?

—Mire-señor-Ramírez-yo-no-me-reúno-con-nadie-si-no-me-dice... —comencé a decir de un solo tiro y olvidándome de las puntas.

—Es por el asesinato del señor William Arango.

Sentí cómo el aire en el saloncito se gelatinizó. El *shock* hizo que parte de mi cerebro no procesara el nombre, aunque la otra parte, la de las emociones quizás, recordaban un par de ojos azules y cálidos.

—¿El qué?

—¿Cuándo nos puede recibir?

¿Nos? ¿Recibir? Pensé en que los ensayos los retomáramos en dos semanas y maldije a mi mamá por haberme hecho venir al apartamento: ni Ana ni Fede vivían acá ya. ¿Cuál era la puta nostalgia de estar en este apartamentico?

—Y ¿es que ustedes saben dónde vivo o qué?

Escuché una risita burlona al otro lado del teléfono y se me quemó lo que me quedaba de valiente.

—Si quiere nos recibe en su apartamento o en el lugar que quiera. Lo único que buscamos es que nos cuente qué sabe de la familia Arango.

—Y ¿por qué habría de hacerlo?

—Mire niña, si no quiere no lo haga. Pero de alguna u otra forma nos va a terminar contando.

—Bueno, bueno. Sin amenazas que yo no soy tan importante —dije tratando de bajarle el tono a la conversación— suban a mi apartamento mañana antes de que me arrepienta y me vaya, que yo solo me quedo en el país un par de días más. —No pensaba mentir, pero recordé las advertencias que daba

William al lidiar con cosas malucas en el colegio: “Mejor cubre los flancos por donde te puedan herir”.

–Listo, pues.

Volví a suspirar porque los sentí removiéndose y haciendo ruido a propósito. Me había ausentado bastante tiempo.

–¿Qué quieren saber? –les pregunté alzando una ceja mientras me dirigía a una silla individual y cómoda.

No sabía qué esperar antes de que llegaran por lo que me puse ropa para hacer ejercicio. Fue buena idea porque vi en sus ojos ese brillo oscuro de los hombres que creen que solo servimos para su placer.

–Cuéntenos cómo conoció a la familia Arango.

–De toda la vida –di un sorbo y me quedé mirándolos.

Ellos respiraron y escondí mi sonrisa detrás de otro sorbo de lavanda, se removieron y dejaron las tazas encima de la mesa de centro. Abrieron las piernas mientras se escurrían en el mueble y me miraron con aburrimento. Una vocecilla dentro de mí se preguntó cuánto tiempo llevarían en esto y cuántas veces encontraban personas que, como yo, se rehusaban a soltar algo fácilmente.

–Su mamá y usted vivían muy cerquita de los Arango, ¿no es cierto?

–Sí, éramos muy cercanas de ellos.

–¿Por qué?

–No sé, mi mamá mantenía con Ana y pues Fede y yo vivimos todo juntos.

–¿El primogénito de William? –preguntó Ramírez con un brillo en los ojos que no me gustó.

–¿Primogénito? Están locos...

Tomé otro sorbo y pensé en él. Aún no nos habíamos visto desde que le conté que iría a vivir a París por algún tiempo. El ajetreo de poner en ejercicio mi francés, la vida que comenzaba a tener en la ciudad de las luces, poco tiempo me dejó para conectarme con alguien que simplemente ya

no quería estar en mi vida. Un par de cartas graciositas y melancólicas no eran suficientes para hacerme querer verlo de nuevo.

Ramírez y el otro señor cuyo nombre no me había querido aprender, se rebulleron en el bello mueble y suspiraron.

—¿Sabe usted quién es Elena? —preguntó el otro.

—No —les respondí rápidamente como si no me importara. No olvidaba que, de las pocas veces que mamá hablaba de la familia de Ráquira, había mencionado a una Elena. ¿Una tía? Le preguntaba hasta que ella me saludó por Facebook.

—Es prima suya. Hija de Josefina. Josefina es hermana de su mamá.

Me quedé callada. Quizás me habría molestado más si en seguida no me hubieran mostrado una foto de la tal Josefina y mi mamá de jovencitas. Los miré con odio no disimulado y volví a sentir ese cosquilleo caliente e incómodo. “Miedo”, me susurró una voz pequeña en una esquina perdida de mi mente.

—Yo con esa gente no hablo ni la conozco. No entiendo qué tiene que ver eso con los Arango.

—Mire niña, hagamos un trato —me dijo Ramírez de nuevo abriendo las piernas, con esa miradita de hombre recorrido—. ¿Por qué no nos dice algo y nosotros le contamos otra cosa que a usted le interesa?

Me reí y dejé mi taza en otra mesita. Lejos de ellos, lejos del peligro.

—¿Qué sabrá usted de lo que me interesa a mí? —Me reí de nuevo—. ¿Qué tendrá usted que pueda interesarme a mí?

El otro hombre sonrió y miró su taza sin tinto antes de responder.

—Hay secretos que usted sabe que existen pero que nadie le cuenta. ¿Sabe quién es Rafael?

El miedo se me pasmó en las vértebras y miré estupefacta al hombre. Más que porque el nombre me sonara familiar

era porque me miró como un gato, con las pupilas dilatadas y pose de cazador. Podían estar engañándome magistralmente, pero habían conseguido carnada y temía que alguno de los secretos que habían nacido conmigo y que jamás había logrado descubrir, se estuviera revelando en mis narices.

—Le podemos mandar toda la información que usted necesita si nos cuenta algo relevante.

Intenté decirles que ya regresaba, pero no me salió más que un susurro ininteligible.

Me levanté y pensé en Fede y en William. No me di cuenta en dónde estaba hasta que me paré. Había entrado a la habitación de mi mamá y comencé a revisar sus cajones, cofres, cualquier cosa que me dijera algo. Algo de algún Rafael para no tener que sucumbir a la caza, no dejarme atrapar y no darles oportunidad de dejarme llevar.

Solo sentí un ardor en el pecho y una asfixiante oscuridad comenzó a apoderarse del aire.

—Fede lo era todo para mí —les grité sin entender cómo ni cuándo había llegado frente a ellos de nuevo. Lo único que me protegía de sus asquerosas manos era mi mesita de centro—. ¡Y todo ese cochino dinero lo alejó! Cuando menos pensé estaban en España y Fede ya no estaba más aquí.

Me tomé un par de tazas de lavanda y un sorbito de licor que llevaba en un frasco para calmarme. Y para cuando hicieron efecto ya no sabía por qué les contaba que mantenía correspondencia con Fede y que tenía en el *e-mail* los correos que nos habíamos enviado. Ellos les tomaron fotos, me dejaron una hoja con un par de apuntes sueltos, unos números que a duras penas entendí y se fueron.

Cruce de cartas

Ariana y Federico (2015-2016)

Tú,

Te escribo, entre varias cosas posibles, porque hace poco recordaba lo que tú y yo hablábamos sobre escribir. Recuerdo que éramos partidarios de la idea de que para escribir se requerían dos cosas, inspiración y un gran sentimiento, y pensé en la tristeza y en la alegría. Solíamos citar incorrectamente a Cortázar, ya que la frase original es de Ribeyro, diciendo que el cuento es una fotografía y la novela una película, y por tanto ambos siempre se tienen que enfocar en lo interesante o lo medianamente extraordinario.

Ahora, con unos años más encima –mis amigos de aquí dicen que me han perdonado en lo físico, pero no en lo mental–, me río de aquellas cosas decíamos antes de que me fuera. Me río porque leí un cuento de Woolf en el que lo único que pasa es que una gaviota vuela por un pueblo en un día que puede ser lunes o martes, otro de Carver que es de una mujer que hace dietas y uno de Borges donde intenta hablar de la complejidad del infinito y cómo hay infinitos más perfectos que otros (o al menos eso entendí), y la risa es porque si te quedaras con el resumen de aquellos cuentos parecerían insufribles, pero en realidad son obras maestras. Aquellos cuentos provienen de un sentimiento tan poco extraordinario como es el aburrimiento, pero eso no es lo que transmiten.

Te cuento esto porque si ninguna de mis otras cartas provenientes de sentimientos como el desengaño, la ilusión y la melancolía han merecido respuesta tuya, tal vez una que venga de una monotonía casi pura te anime a responderme. Pareciera extraño que me sienta así aquí en España, donde sin mucho esfuerzo puedo encontrar lo que antes me emocionaba tanto. Si quiero puedo ir a la librería de la esquina y comprar libros que nunca encontramos en Medellín, o bien podría ir a una corrida de toros, aunque me recrimines por ello, o puedo ejercer la profesión que tanto me gustaba, o salir de fiesta con mis compañeros, o si el aburrimiento es tal puedo ver el arte que en Colombia se oculta tras violencia y novelas mexicanas. Sin embargo, nada de esto me satisface. Siento que el aburrimiento se está volviendo parte de mí, y no sé de dónde proviene. Podría ser un aburrimiento hacia mis amigos, la vida, el Dios que hace tanto abandoné, la familia o creo que más acertado un aburrimiento hacia el olvido en el que me has dejado.

Por favor responde, cuéntame lo que sea, no importa. Puede ser de las banalidades que les cuentas a otros cuando quieres ser cortante, de tus pensamientos o de tus lecturas. O si quieres no respondas, pero hazme el favor de decirme, así quizá la ilusión muera y pueda entregarme enteramente al aburrimiento para ver si lo puedo disfrutar.

Federico

Querido Federico,

“Lamento” haberme demorado en contestar tus cartas. Entre risas disfruto tu sufrimiento hacia la monotonía y has dado en el clavo. Te contesto esto a través de mi portátil, posponiendo mi hora sagrada de gimnasio, con el zoom de Word expandido a todo el ancho de la página.

Me río a carcajadas y nerviosa porque has dado en el clavo, en el clavo que necesitaba que golpearan hoy. De esas frases inútiles de filósofos que desdeño como Nietzsche y “bienaventurados sean los olvidadizos ya que vuelven a tropezar con la misma piedra”, hoy fui víctima. Surgieron anhelos caducados e impulsos que deberían permanecer en el olvido, pero no, hoy una adolescente indolente estaba marchando y tomando posesión de mi cuerpo. Te agradezco porque con tu sufrimiento me has recordado en la empelculada que me había metido.

¡Por Dios! Claro que te reprocho ir a toros, pero dime ¿la gente de verdad lo disfruta? O ¿es igual de banal que el inútil y aberrante hábito de emborracharse por el hábito de emborracharse? Dime ¿es un arte? Antes de contestar con el corazón en la mano y con los sentimientos a flor de piel, pues pareces conmovido por mi indiferencia, por favor ten en cuenta que para mí el arte es la máxima expresión de adoración, así que, si vas a decir que la tauromaquia te parece un arte, piénsalo dos veces.

Tuve que pausar un momento para retomar mi carta. La ira no combina conmigo (aunque en la intimidad esa frase te parezca que carece de sentido) y todo aquello que surge de ella, nace muerto. Pero no, esta vez lo reviví a tiempo. ¡CÓMO SE TE OCURRE ESTAR ABURRIDO EN ESPAÑA! Ira furibunda es lo que siento... Abúrrrete con la esclavitud de la vida, con los automatismos que los psicólogos tanto nos intentan sacar, abúrrrete con la estupidez y la terquedad humanas... Precisamente creo que te ocurre... simplemente ocurre que estás aburrido con tu situación... No... tengo que parar...

Ya, he respirado y me he tranquilizado. Fede, intenta recapacitarlo. Yo tengo que aguantarme que no puedo ver *bailaores*, ni comer jamón serrano en el palacio del jamón... tengo que contentarme con intoxicarme a punta de

chicharrón (aunque le he cogido cariño) y escandalizarme internamente sobre cómo bailan las mujeres aquí reguetón. Si te aburres, por lo menos vete al parque del Retiro, compra lomo embuchado, piénsame y luego líate con una españoleta que te recuerde a mí. Disfrútalo. Toma vino. Piensa en mí. Piensa en la risa loca que me daría después de meses de vivir allá y de que el acento fuerte y arcaico de los españoles por fin lograra filtrarse en mi voz. Piensa en el dolor que me provoca esforzarme por vivir aquí para poder soñar allá y que tú vives mi sueño (o algunos de mis sueños) y estás aburrido.

¿Sabes, Fede? Nos equivocábamos al citar a Ribeyro y creo que te equivocas al decir que el cuento (la fotografía) y la novela (la película) se tienen que enfocar en lo interesante o lo medianamente extraordinario. Sé que vivo de sueños por cumplir (y de unos cuantos ya cumplidos) pero mi monotonía (la que ama a Pablo Escobar secretamente, la que celebra la violencia y disfruta las novelas mexicanas) me ha enseñado que no hay nada más maravilloso que la cotidianidad. No te puedo explicar por qué la gente que me solía aburrir hasta el desprecio ahora me parece tan pintoresca, no logro explicarte por qué las cosas que antes despreciaba ahora me causan ternura. Quizás no pueda escribirte una novela acerca de ellos (para eso estaba Gabo y tú sabes lo mucho que me frustra él) pero quizás algún día podría escribirte un cuento, hacerte una fotografía, llena de monotonía, y entenderías lo que no puedo explicar.

Como decía un letrero gigante en donde nos reuníamos en Letras: Solo hay una cosa valiosa en el arte: las cosas que no se pueden explicar.

Con cariño cortante,

Ariana

PD: Más te vale que empieces a disfrutar a España.

Señorita Ariana Maya.

Perdona, creo que ya no estamos para tales formalidades. Permíteme volver a empezar.

Divina niña,

Tampoco me gusta ese, me parece muy empalagoso, sería perfecto para hace unos años, pero creo que ya también pasamos esa fase, entonces perdóname otra vez vuelvo y empiezo.

Querida Ariana,

Ahora sí, inicio clásico no muy formal, no muy cercano, aplica para todos ya sean amigos, conocidos, enamorados o desilusionados, de por sí una manera perfecta de iniciar, el único pecado es que es demasiado común. Quisiera haberte respondido antes, pero entre el trabajo y el ocio no había encontrado el momento para escribir algo que valiera la pena. No te ofendas por haber dicho que le puse más importancia al ocio que a ti, pues verás que en realidad cuando se trabaja aquel “ocio” no se acerca al significado de la palabra. El ocio del trabajador consiste en hacer filas en los bancos, comprar comida y ropa, cuidar de padres enfermos, ir a reuniones con amigos, ver esas series que le rebajan a uno el coeficiente intelectual, matar una que otra neurona tomando cerveza mientras hay un partido de fútbol, ver las noticias que son de muertos, muertos y más muertos, leer un libro y hacer un poco de ejercicio. Como ves, nada de esta lista le puede faltar al alma para que funcione bien, entonces ¿en qué momento pretendías que yo te respondiera?

Qué pregunta tan boba, “¿en qué momento pretendías que yo te respondiera?”, como si te mantuvieras sentada esperando por mi carta, como si en tu vida eso fuera lo

único importante. Al parecer ya me estoy volviendo un poco engraido pues pienso que solo estás pendiente de mí. La pregunta debió haber sido: ¿en qué momento pretendía responderte? En ninguno, al parecer, pues como ya te dije no tengo tiempo, y qué tiempo habría de tener si ya soy adulto. Pienso que cuando Rubén Darío escribió “Juventud divino tesoro” estaba borracho, porque la juventud no es un tesoro, en realidad es un martirio pues uno en esa época es un idiota; lo que sí es un tesoro es el tiempo que uno tiene, pero por la misma idiotez uno no se da cuenta. Te lo digo yo que en eso de ser idiota fui un experto, pues siempre hice lo “correcto”: iba a misa, estudiaba duro y hasta tarde, tuve pocas amistades, no tuve novia hasta que era prudente tener una (a la que nunca le fui infiel), jamás rumbeé hasta más de las dos, empecé a fumar y lo dejé, no sufrí de algún guayabo y mucho menos probé esa mata que dicen que es bendita. Es más, incluso fui tan bobo que cuando mis papás se vinieron a España porque el ~~güevón~~ poco precavido de papi no fue capaz de cerrar la boca, yo los seguí porque un mandamiento dice “Honrarás a padre y madre”. Ahora estoy aburrido y sin tiempo, lo cual no es contradictorio porque de por sí el aburrido es la persona más ocupada, pues todo el tiempo se lo lleva el aburrimiento. Además, déjame yo te digo el...

Se suponía que esta era una carta de respuesta, pero ahora que lo pienso parece más apta para iniciar una conversación, entonces olvida momentáneamente lo anterior y déjame yo respondo tu carta. Para evitar discusiones inútiles y evitar nuestra costumbre de darte la razón te digo: ¿Que si la gente va a toros porque le gusta? Sí. ¿Que si es banal? Tal vez. ¿Que si es un arte?: a lo Orwell te respondo sí y no. ¿Que cómo se me ocurre estar aburrido en España? Pues ocurriéndoseme, o ¿acaso está prohibido?

Te doy un consejo: no idealices a España. El jamón serrano seca mucho la boca, los bailaores se vuelven aburridos, aquí el reguetón también llegó, las novelas mexicanas también las dan, las mujeres no son tan bonitas y ¿para qué buscaría una parecida a ti? ¿Acaso es saludable que el lisiado piense en cuando podía caminar? Además, en este país hay tanto latino que es una Colombia de paisaje europeo. Pero si aun así quieres venir te propongo que cambiemos de puesto, pues podrías vivir tu sueño en vez de intentar imitarlo a través de mí, y en caso de que te decepcione pues ya te dije que es tan parecido a Colombia que tu monotonía se sentiría a gusto, en cambio yo podría estar allá donde por algún motivo, a pesar de las semejanzas, mi aburrimiento se vuelve soportable.

Te despediste con cariño cortante, ¿es que conoces un tipo diferente de cariño?

Federico

PD: Para poder terminar de parodiar el final: ¿cuándo me pegas la visita?

¡FEDE!

Dios, ¡¿lisiado?! Lo siento, así como tu autocompasión de la anterior carta me causó gracia, el rezago de lo mismo se marcó en mi mente. Pero luego vuelvo a esto.

Pido mis más sinceras disculpas si ofendí tu delicada susceptibilidad con mi abrupta, áspera, escabrosa perorata... No está prohibido que te ocurra estar aburrido... Es una decisión. No pienso justificarte ante mí misma por tu aburrimiento, la aburrición es entendible; es como el dolor, inevitable. En lo que no creo fervientemente es en el sufrimiento. Estás sufriendo la aburrición y eso ya es decisión tuya. Y tú más que nadie debería entender que el jamón serrano se pasa con vino (rosado espumoso para

igualar mi vanidad como una vez señalaste en tus escasos momentos de humor astuto y negro), y si los bailaroes aburren siempre queda meterse a una academia y aprender a bailar flamenco. Lo que me recuerda algo: después de todo lo que pasó volví a entrar a una compañía. Intuyo que poco puede interesarte debido a mi encantadora actitud, pero al Fede de hace unos años le habría alegrado.

Fede, no la idealizo, España es el recuerdo de una mejor vida para mi inconsciente. Quizá... Quizás, así como sufrir es una opción, mi cotidianidad sea mi respuesta a tantos sucesos que me niego a aceptar.

¡Ay! Sí ves, ya me pegaste tu reflexionadera, que Cortázar, no, que Ribeyro, que Orwell... ¿Cuándo a la humanidad se le infectó la idea de que las citas de autoridad eran algo aceptable? Sí, sí, para los trabajos y lo que quieras, pero Fede, ¡divino niño! Si Orwell es lo que evoca tu respuesta pues entonces interioriza a Orwell, pero ¡respóndeme tú con tus palabras!

He releído tu carta porque me has causado demasiada sorpresa con tus palabras llenas de carácter inmediato y menos reflexión pausada. He hecho una lista de todas mis reacciones o temas de los que quiero hablar en esta carta. Creo que si te la mandara entenderías que he reflexionado mucho redactándola y que he matizado mis reacciones.

En efecto, no estuve esperando tu carta sentada como una niña, pero me he alegrado montones cuando llegó y ni qué decir de lo que me escribiste, tanto que voy a pasar por alto tu manera clínica de responder sobre la tauromaquia. Ahora, divino niño, respóndeme ¿contaste el número de actividades o días que corresponden a la cuota de orgullo que tú mismo te pusiste copar para demostrarme (¿demostrarte?) que no importo?

Fede, desde el fondo de mi corazón te sugiero que por tu salud mental estudies física cuántica, que te des cuenta

de que el tiempo no existe, que estudies psicología y que te des cuenta de que la edad y la muerte son una ficción. Te tengo una anécdota: mi terapeuta (ya que no me gusta decirle psicólogo porque hace muchísimo más que el estándar) me sugirió que la próxima vez que cumpla años no cuente que tenga un año más, sino que empiece a contar para atrás. Explicando números me enredo, pero la gracia es que este 26 de octubre sea el día 0, el 27 de octubre el día menos 1 y así. El próximo año tendré menos un año en el día de mi cumpleaños. ¡Disfruta de la idiotez, amigo mío! ¡Al menos es tuya!

Por lo anterior, creo que es una crasa equivocación hablar de hacer lo correcto. Si lo hiciste por ser correcto, creo que es hora de probar la mata que dicen que es bendita; así sea tan solo para hacer algo “incorrecto” y quitarte el tabú de encima. La he probado, pero no me hizo ni cinco de gracia. La fumé y no me hizo ni cosquillas. Después comí *brownies* felices y tuve que echarle tequila para poder sentir algo. Tuve un terrible viaje, veía infiernos, gente sin piel, la tierra inversa... Fede: lo correcto es aburrido, es la plena característica de lo dogmatizados que nos tienen. Ya, no te me resientas más, ya le bajo a la crítica porque lo anterior ya lo viví. Aunque no lo creas en algún tiempo también hice lo “correcto”: hice dietas para conservar la línea, hacía las tareas adicionales, los profesores me amaban (creo yo, pues), iba a misa y hasta comulgaba. Incluso llegué a proponerme aquella digna meta de las mujeres virtuosas: llegar virgen al matrimonio. Y ¿sabes qué? Esa rectitud fue la razón por la cual, todo lo que pasó, me pasara. Nunca me lo preguntaste y te lo agradezco, pero ahora te lo digo. Pues no critico ir a misa, comulgar, hacer las tareas y hacer dieta, de hecho, todo eso lo hago, aunque no con la rigurosidad que “debería”, pero por lo menos ahora lo hago porque creo en el propósito detrás de todo esto.

Ay, Fede, la carta pasada te tocó una mujer un poco salida de sí. No me disculpo por eso porque para qué, tú sabes cómo soy yo con las emociones. Hoy te tocó una Ariana más reflexiva, aunque mi lista me recuerda algo... ¿lisiado? Piensa en Kahlo: "Pies para qué los quiero si puedo volar", o en que fue acostada en su cama hasta su exposición de arte (imperdible) y que cuando el doctor la regañó, ella respondió que no había sido desobediente pues seguía en su cama. ¡Fede, rompe las benditas reglas, que entre otras cosas solo existen en tu cabeza! (Sí, sí, te acabo de regañar por citar y lo hago... ¡qué puedo decir!).

En tu despedida me recriminaste mi cariño cortante... Resiento tu pregunta, claro que conozco muchos tipos de cariños y los has visto todos, pero no eres dueño de ninguno. Nadie lo es.

Ari

PD: ¿Visita? En un mes parto para París a ver si se me pega algo de ese aburrimiento tuyo, pero en modo bohemio, mientras lloro porque la Rue Montmartre ya no es la misma de antes, me han dicho que ya no es la calle de los artistas sino de *Bistros et Restaurants*. Así que, ¿quién sabe?: podría ser antes de lo que te imaginas.

Como de la familia

María Clara (Medellín, 16 de octubre de 2016)

No estaba lista para dejar atrás mi rebeldía. Estaba segura de que Rodrigo me habría propuesto casarnos antes de que todo el pueblo se enterara, antes de que la barriga comenzara a notarse. Estoy segura de que habría hecho todo lo necesario para salvar mi honor. Pero yo no quería eso. Rodrigo era un hombre bueno, demasiado bueno para mi gusto.

Solo había caído en sus brazos esa noche para pasar el trago amargo de un amor intenso y sin futuro. Y en cambio él había aceptado estar conmigo porque realmente me amaba y estaba dispuesto a asumir las consecuencias. Pero era ingenuo y yo estaba demasiado trastornada para tomar las precauciones suficientes.

No quería una vida convencional como la de mi hermana. No quería terminar por ceder y aceptar lo que mi mamá y el pueblo entero pretendían que debía ser mi existencia, y la de cualquier mujer de mis condiciones.

Pero tampoco tuve el valor para abortar, para cortar este problema de raíz y seguir con mi vida de rebelde de pueblo. Solo llegar a Bogotá me puso los pelos de punta. A Josefina le dije que iría para averiguar una opción de beca para la universidad. En el bolsillo llevaba un papel arrugado con la dirección que me habían dado, y en la cabeza llevaba grabado el nombre del doctor que me habían recomendado y que tan insistentemente me pidieron no escribir.

Era mi primera vez en la capital. Hasta ahora solo la conocía a través de las historias de los turistas que llegaban al pueblo para descansar unos días del bullicio y la velocidad de las calles capitalinas. La gente del pueblo solo iba a la gran ciudad cuando era estrictamente necesario, por asuntos legales o de salud, y todos le temían. Y yo, que me creía demasiado grande para un pueblo tan pequeño, ahora me sentía minúscula ante las proporciones de esta ciudad.

Me costó muchos buses y preguntas llegar al barrio donde estaba el “consultorio”. Y solo ver la puerta a la que debía llamar, me heló la sangre. Estar adentro fue todavía más aterrador.

No recuerdo muy bien la excusa que inventé para salir de ahí sin concretar ningún servicio. Las piernas me temblaban mientras cruzaba la puerta y me preguntaba cómo iba a salir de aquel barrio marginado, cómo iba a llegar de nuevo a la terminal.

En cuanto llegué a Ráquira corrí a mi casa, entré sin mirar a nadie, me encerré en mi pieza y empaqué mi maleta. Ana fue la primera persona en la que pensé cuando decidí huir. La llamé desde el teléfono público de la terminal y me ofreció recibirme en su casa de Medellín. Yo era la cómplice de su aventura, sabía todo sobre sus visitas a Andrés, y sin embargo no dudó en darme la mano y recibirme, precisamente, en la casa de su marido. Eso no voy a olvidarlo nunca.

Al llegar a Medellín comprendí un poco mejor la camaradería de Ana, su ofrecimiento de ayudarme sin reservas. Yo lidiaba todavía con el primer trimestre de embarazo, la barriga no me delataba todavía, aunque las náuseas constantes me habían hecho pasar por situaciones difíciles.

Ana, en cambio, lucía con orgullo una barriga que gritaba al mundo sus más de seis meses, un poco más del tiempo que había pasado desde que la vi por última vez en Ráquira.

A pesar de habernos hecho muy cercanas, Ana se había ido sin decirme que no volvería y nunca me había contado las razones del final de su relación con Andrés.

Conocer a William, el esposo de Ana, justo después de haberme encontrado con el final incompleto de esta historia, fue extraño. Al principio me costaba mirarlo a los ojos porque sentía que podría leer en ellos todo lo que yo sabía. Pero con el tiempo me acostumbré a estar cerca de él y descubrí que en esta casa, lo pasado, pasado.

Empecé también a comprender por qué Ana había sido capaz de dejar un amor tan intenso como el que sentía por Andrés para volver con su marido. William era un hombre generoso, especialmente como padre, y nunca dejó ver sus dudas sobre el verdadero origen del embarazo de Ana.

Conmigo se portó como un hermano. Nos acogió y fue casi un padre para mi hija. Yo extrañaba a mi familia, especialmente a mi hermana, pero volver era impensable. Si no había sido capaz de enfrentar mi situación en ese momento, mucho menos sería capaz de soportar las miradas del pueblo si regresaba ahora con una hija. Sabía que todos harían los cálculos.

La carta de Josefina me hizo dudar. Después de todo el pueblo podía haber cambiado y tenía una oportunidad de recuperar a mi familia. Lo habría hecho por Ariana, por no negarle más tiempo la posibilidad de tener una tía, una prima... Pero no me decidí y para mí ya era tarde.

La estafeta

Lucrecia (Medellín, 17 de octubre de 2016)

Cartagena de Indias
15 de septiembre de 2016

Don Andrés Aramburo:

Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Santa Cruz de la Sierra, Bolivia

Hace tres semanas entregué su carta. Como convinimos, la dejé en una hendidura de la pared, detrás de la puerta principal de la iglesia de San Pedro Claver, exactamente el último día de agosto al atardecer.

Ahora le escribo para contarle algo que me pasó y para mandarle dos recortes de prensa, con lo cual creo que va a terminar esta historia.

Tengo la costumbre de ir al mercado de Bazurto los sábados a comprar los víveres de la semana, y precisamente el 8 de septiembre descubrí, entre los pordioseros que revolcaban las basuras del mercado en busca de algo de comer, a un desarrapado personaje que me miró fijamente por unos segundos y luego me dio la espalda como si quisiera ocultarse. Juro que ese era Arango. A pesar de que solo lo vi una vez, cuando lo visité en la cárcel de Ternera para recibirle la carta que le envié a usted el mes pasado, su cara se me quedó grabada tan claramente que jamás la olvidaré.

¿Qué hacía ese hombre allí, en medio de tal inmundicia? Solo tengo conjeturas.

¿El vicio lo había degenerado en tan poco tiempo?

¿Era su apariencia tan solo un disfraz y se ocultaba de alguien?

Nunca lo sabré.

Como si lo anterior fuera poco, esta semana he tenido la sorpresa de leer en *El Universal* la noticia del recorte que le adjunto. Y para acabar de completar encontré en el periódico *El Colombiano* de Medellín otra noticia que me deja perpleja.

¿Se trata del mismo personaje? Me cuesta creerlo.

Le pido a usted que me explique, si es que puede.

Su amiga,

Lucrecia

El Universal - Crónica roja - Cartagena, 5 de octubre de 2016

Ayer temprano en la mañana, el juez quinto de instrucción criminal realizó el levantamiento del cadáver de un sujeto que fue encontrado en la playa de los pescadores, detrás del mercado de Bazurto. El occiso que presentaba ocho puñaladas en la espalda, no ha sido identificado a la fecha, pues no poseía documentos de identidad.

Uno de los testigos dijo que al amanecer apareció una camioneta conducida por un hombre rubio de aproximadamente 55 años. En una acción relámpago, tres sujetos armados de cuchillos, se bajaron del vehículo y ultimaron a la víctima quien en pocos minutos falleció debido a la gravedad de las heridas. Nadie recordó las placas del vehículo que desapareció velozmente por la avenida Pedro de Heredia.

En el expediente que reposa en los archivos de la Fiscalía, hay una nota manuscrita que dice que con la debida autorización, en las horas de la tarde, el cadáver fue retirado de la morgue por una mujer de nombre Marta Peláez, pero los funcionarios no quisieron adelantar más detalles a este medio sobre la identificación del cadáver.

El Colombiano - Obituario - Medellín, 14 de octubre de 2016

En una íntima ceremonia celebrada a la medianoche de ayer en el puente de Guayaquil, fueron arrojadas al río Medellín las cenizas del conocido hombre de empresa don William Arango Hurtado, tal como él lo había pedido a sus familiares.

Arango Hurtado, un hombre muy conocido en el medio hotelero, era miembro de la Junta Directiva de varias compañías de las cuales era importante accionista y además había ocupado posiciones directivas en la Junta de Cotelco.

En el año 2007 don William recibió la medalla al mérito de la alcaldía de Medellín por su apoyo generoso a la construcción de una escuela en el barrio Llanaditas y un centro de atención a los ancianos en Manrique Oriental.

Recientemente, Arango también había sido distinguido por el Arzobispo de Medellín con la medalla del espíritu cristiano al apoyar el sostenimiento de veinte misioneros en el Chocó, durante diez años consecutivos.

Hacia pocos meses don William se había residenciado en Cartagena de Indias, por razones de salud, dijeron sus familiares.

Amigo de infancia

Julián (Medellín, 18 de octubre de 2016)

Nunca me han gustado los espejos. Siempre que veía mi reflejo dibujado en uno de ellos, me agachaba lo más rápido que podía para no verme. Andrés se burlaba de mí cada vez que me veía saltar como un conejo por toda su casa. Su madre amaba decorar con espejos de todas las dimensiones y formas imaginables. Para mí era como entrar en un laberinto donde debía ir esquivando pruebas para pasar de mundos.

Andrés y yo fuimos amigos desde pequeños: nuestras madres eran amigas y eso nos acercó. Ellas se visitaban todo el tiempo y nosotros aprovechábamos para jugar y divertirnos en las inmediaciones de la casa de Andrés.

Los días eran interminables y disfrutábamos de la compañía uno del otro. Me gustaba su personalidad: era decidido y arriesgado, lo opuesto a mí. Yo era tímido y le temía a todo. Hablábamos de nuestros sueños para cuando grandes. Hacíamos constantemente planes de lugares que íbamos a visitar, aventuras que íbamos a vivir, conciertos a los que íbamos a ir.

Nos gustaba salir a montar en bicicleta por los caminos cercanos a su casa. Alicia, la mamá de Andrés, nos advertía de no alejarnos demasiado y que fuéramos cuidadosos de no meternos en las otras fincas sin permiso.

Siempre que pasábamos por el frente de la casa de los Restrepo, el pastor alemán nos ladraba y corría por toda la cerca hasta que se detenía en seco delante del muro de

la finca contigua. Nosotros seguíamos nuestro camino. Yo apretaba la boca a pesar de que necesitaba tomar aire, pues sentía que se me podía salir el corazón. Siempre pensaba en la posibilidad de que esa fiera se escapara de su fortaleza, que se metiera por alguno de los agujeros que había entre un alambrado roto. A Andrés parecía no importarle. Le gustaba imitar los ladridos de la bestia para hacerla enojar. Una tarde que pasamos por enfrente de esa casa nos detuvimos en el árbol que había más adelante y me dijo:

–Voy a matar a ese perro, sé que te asusta.

–No te creo –dije, y seguimos montando en bicicleta.

Al mes siguiente, cuando volví a visitarlo, me contó que ya era amigo del perro, que se llamaba Bruno y que todos los días le llevaba comida. Él robaba las sobras de su casa y día tras día, sin falta, iba y alimentaba al perro de los Restrepo. El animal enloqueció con los pedazos de huesos y de carne que Andrés le pasaba a través del alambrado.

–Ya no tendrás que asustarte cuando montemos en bicicleta –me dijo.

Llegaron las vacaciones, mi madre se fue de viaje y me dejó por una semana bajo el cuidado de Alicia. Yo estaba feliz de quedarme en casa de mi amigo y sospechaba que nos esperaban grandes aventuras, pero nunca pensé que viviría lo que pasó esa tarde.

Como de costumbre salimos en nuestras bicicletas a jugar a los exploradores y a pasar las horas hasta que se oscureciera. Andrés decidió cambiar la ruta y en vez de pasar por el frente de las casas, nos fuimos por detrás donde no había acera y era más arriesgado nuestro recorrido. Saltábamos las piedras que aparecían a nuestro paso, el pasto era alto y en ocasiones nuestras ruedas se atoraban, había otros tramos polvorientos y nos gustaba dejar la estela por donde pasábamos.

Cuando llegamos por detrás de la casa de los Restrepo vimos a Bruno que nos perseguía ladrando: la puer-

ta trasera estaba abierta y yo me paralicé por completo. Andrés me gritó que no tuviera miedo. Cuando Bruno se acercó y vio que era Andrés dejó de ladrar y comenzó a lamer sus tobillos. Seguimos nuestro camino y Bruno decidió acompañarnos. Jugamos toda la tarde. Las gotas de sudor corrían por nuestras frentes, los zapatos llenos de polvo rojizo eran motivo suficiente para que la mamá de Andrés nos regañara al regresar. Bruno, al igual que nosotros, estaba exhausto. Después de toda una tarde corriendo con nosotros, ya no me sentía amenazado por su presencia, y hasta me animé a darle palmaditas de buen perro en la cabeza. Llegamos hasta una parte alta, una pequeña meseta de donde podíamos ver todas las casas. Recostamos las bicicletas en un árbol y nos sentamos en el césped para sentir la brisa que nos refrescaba. Bruno siempre al lado de Andrés. Mientras hablábamos, los dos jugaban y Andrés se abalanzaba violentamente sobre Bruno y le abrazaba por el cuello.

—Odio a este perro —me decía y me decía y repetía entre dientes para sí mismo.

Yo me estaba poniendo nervioso. De repente, Andrés comenzó a sofocar al perro, que lloraba y se quejaba. Lo golpeaba contra el piso, mientras yo le gritaba que se detuviera y que lo soltara. El perro jadeaba mostrando los dientes, tratando de alcanzar con sus patas los brazos de Andrés, y tenía en su boca una baba viscosa, los ojos hundidos y completamente rojos. Andrés no me escuchaba. Fue una lucha de minutos, hasta que Bruno se detuvo. Se quedó completamente quieto, inerte. Fue horrible. Andrés tenía una mirada que me aterraba, que me helaba la sangre. Yo quería huir de ahí, pero mi cuerpo no respondía. Andrés tomó su bicicleta y bajó a toda velocidad. Yo no quería quedarme ahí, al lado de ese perro muerto e hice lo mismo que Andrés, cogí mi bici y me fui detrás de él.

Llegamos a la casa y no comimos. Ya ni recuerdo qué excusa inventamos para no hacerlo. Nos fuimos a la cama muy temprano. Uno acostado al lado del otro sin decir palabra alguna.

Ese día marcó mi vida para siempre. Nunca hablamos al respecto. Nunca volví a ver a Andrés de la misma manera y justifiqué el hecho diciéndome que ese día me defendió de Bruno, de la posibilidad de que me tragara de un bocado. Después de todo se trataba de no perder su amistad, pues era mi único amigo.

Ella lo veía todo

La empleada (Medellín, 18 de octubre de 2017)

¡Yo quería mucho a doña Ana! ¡Y la quiero todavía, aunque no trabaje con ella! Usted no se imagina la emoción que me daba cada vez que la veía, así fuera casi todos los días. Ay, no sé, es que olía delicioso y la piel era tan bonita que a mí a cada rato me daban ganas era como de darle un mordisquito. Y, obvio, no se me olvida que ella me ayudó mucho. ¡Bendito! ¡Qué hubiera hecho yo sin ella! Porque es que de San Luis me sacaron prácticamente a plomo y yo llegué aquí a Medellín casi que con dos muchachitas (porque a la una me la traje de la mano y a la otra ya crecidita en la barriga), una mochila y de resto nada... no más eso y el recuerdo de mi papá y mi esposo muertos, que Dios los tenga en su gloria.

Mi papá era profesor en el pueblo y era muy bravo. Con decirle que estando chiquita me pilló abejorreándome por ahí con una amiguita y me dio una muenda que me aflojó hasta los dientes. Y cuando un jefe paraco le reclamó una tarde –medio charlandito, pero en serio– que por qué tantos pelaos se iban pa’ la guerrilla, como si fuera culpa de mi papá, él, que ya se había tomado unos aguardienticos, lo mandó a comer mierda delante de todo el mundo, ahí en una heladería al lado de la iglesia. En sano juicio también lo hubiera puesto en su sitio, seguro que sí, pero, así prendidito como estaba, le gritó con más ganas todavía que él qué iba a hacer, que antes él trataba de antojarlos de estudiar

más a ver si así se espantaban del pueblo esas sombras tan negras que son la violencia y la muerte, pero que con tanto malparido por lado y lado –porque si no eran ellos, era la guerrilla (y si no, el ejército, metiendo miedo)–, pues quién iba a convencerlos. Esa noche más tarde llegaron a la casa y ahí fue. Mi papá nunca se emborrachaba del todo y después de unos chirrinchis no llegaba a acostarse, sino que se sentaba en el corredor de la casa a mirar pa’ las montañas del frente y a escuchar música que grababa en casetes. Llegaron disparando con toda y en el corredor ni un grito se oyó. Mi marido salió dizque a defenderlo y por eso, por bobo buena gente, le metieron una muenda brutal y se lo llevaron. Fue mucho lo que averiguamos, mi prima y yo, hasta que nos dijeron que lo habían matado. Y después de eso fue también mucho lo que lo buscamos para darle santa sepultura, pero nada. Como a los cuatro meses ya nos enteramos de que lo picaron... ¡y fue a dar al Magdalena! Ese día que me enteré, armé un alboroto en el pueblo. Y ese mismo día me vine pa’ Medellín porque me mandaron decir que me perdiera o me quebraban, embarazada y todo. No, es que qué pesadilla... Siquiera mi mamacita ya se había muerto y no le tocó todo eso... se fue más tranquila.

Bueno, me tomo otro roncito pues, pero solo porque insiste. El caso es que doña Ana, tan bonita, fue la que me vio en la calle y me ofreció trabajo. Siquiera, porque en Medellín la vida tampoco es que fuera color de rosa. ¡Oiga! Cuando yo llegué, hace nadita habían matado a Pablo Escobar y era mucha la gente que diario mataban también. El trabajo fue primero en el hotel de don Willy, aquí en Medellín, y después en la casa con ellos. Y cada rato me tocaba ir a Cartagena, y eso sí me daba pereza, pero hasta con gusto lo hacía porque yo si algo soy, es agradecida. Doña Ana, pobrecita, me escuchó todos mis cuentos y rollos con la paciencia de una piedra: que no sabía si mirar a mi papá muerto, en el

suelo, o a mi esposo mientras se lo llevaban; que al velorio del viejo, aunque era un profesor muy querido, apenas fueron tres personas porque al resto les dio miedo; que yo extrañaba los árboles (¡sobre todo los dormilones!), las palmas, la quebradita y los pajaritos de la tierrita, ¡usted sabe cómo extraña uno el campo! Y sí, todo eso yo se lo contaba y ella escuchaba. Yo creo que por eso no me enloquecí, porque con ella todo eso salió. Ay, es que, si se me hubiera quedado adentro, me hubiera envenenado.

¿Cómo era don Willy con ella? Pues normal, yo digo que él sí la quería. No era la ternura hecha hombre, no, pero sí se veía que la quería. Usted sabe que la gente es rara... y una no tiene que estar a toda hora con cara de pendeja enamorada pa' decir que quiere a alguien. A él se le notaba que la quería y punto. Eh, ¡pero usted es más bien metido!, ¿es signo de agua o qué? Fijo es acuario, ¡esos siempre son esculcones! Oigan pues a este, ¿se embobó?, ¡cómo no va a ser acuario signo de agua! Bueno, bueno, pero así sea de aire, muy metido usted, ¡yo qué voy a saber cómo era la vida sexual de ellos!

Hágale pues... otro roncito pues y le cuento, ya he soltado mucho y, untado un dedo, untada la mano. No, doble no, porque termino soltando otra cosa, ¿no ha oído el chiste? Que una amiga le dice a la otra "Ya no puedo tomar alcohol porque me afecta las piernas" y la otra le pregunta "¿Por qué? ¿Se te duermen?" y ella le dice "No, ¡se me abren!", qué risa, ¿cierto?

No pues, tan serio... En fin, no sé qué fue, pero dejé de escuchar los griticos de doña Ana, que, pa' qué negarlo, me parecían tan antojadores... cuando hacía cositas con don Willy: unos quejidos que tenían como ritmo, como si estuviera cantando, ¿sí me entiende? Yo no sé si habrá sido el estrés o qué, porque por ese tiempo creo que don Willy andaba ya con rollos muy raros en los negocios, pero sí deja-

ron de hacerlo... o empezaron a hacerlo menos y, doña Ana, callada. O yo digo que más bien tuvo que ver con Andrés, que miraba a doña Ana muy como desde adentro, como con algo escondido, y no creo que don Willy fuera tan agüevado como pa' no darse cuenta. Yo que se lo digo, ese Andrés tenía su guardado. Ah, bueno, no me crea entonces. Sí, era dizque el mejor amigo de don Willy y pues por eso más hijueputa todavía. Ganoso es lo que era ese, ¡si viera también cómo miraba a Yessica, mi mayorcita! Es que me acuerdo y me da es fastidio, ¡gas! Y al niño Federico también lo miraba raro... aunque mentiras, ahí era más bien como con ojos de tristeza. Qué tipo tan extraño ese Andrés.

¿Usted por qué me mira tanto los pies?

No, esta noche no voy a hacer nada más.

Un correo

Federico (Madrid, 20 de octubre de 2016)

Ariana,

Una carta, una última carta es lo que te escribo, sonando un poco patético y muy romántico, algo parecido a Benedetti, pero eso es lo que escribo hoy. Sé que es descarado que después de tanto tiempo te responda reviviendo una conversación ya casi olvidada, y más descarado aún es que sea para terminarla. Lo siento, pero el orgullo y la rabia no me permiten que, con un acuerdo tácito, nos olvidemos mutuamente... Estoy obligado a ser yo quien tenga el punto final.

No, esto no es por un frágil orgullo varonil que los hombres tenemos, ni por sentir que yo era quien mandaba, los dos sabemos que no era así, esto es porque me traicionaste a mí, y a mi padre. Debería haber puesto “nuestro”, pues eso decías que era para ti, un padre. Un padre porque te recibió en su casa cuando eras pequeña, porque ayudaba a tu madre con el dinero para tus estudios, clases de baile, ropa y viajes. Un padre porque te cargaba en sus hombros, mientras que me lo negaba a mí porque un “caballero siempre le sede su puesto a una dama”. Un padre porque mientras tu mamá no te quería contar quién la había embarazado, William se encargó de criarte.

Mientras te escribo veo una foto de él en uno de los múltiples paseos que hacíamos a uno de sus apartamentos en Cartagena. ¿Los recuerdas? Siempre parábamos en

el mismo restaurante a mitad de camino y pedíamos una bandeja paisa demasiado grande para los niños que éramos, sin embargo nos la terminábamos y sin importar el dolor de estómago que vendría después pedíamos postre, mientras él se burlaba de nosotros diciendo que era más fácil vestirnos que alimentarnos. Después dormíamos el resto del camino en el carro y al llegar nos paseaba por la ciudad vieja mientras nos compraba helados a uno de los vendedores ambulantes en cada esquina, o nos compraba una de esas frutas dulces a las negras que las iban vendiendo por la playa ¿Sí lo recuerdas?

No seas mentirosa, sé que no lo haces porque si te acordaras, si recordaras tan siquiera algo de lo buen padre que fue contigo, no hubieras hecho lo que hiciste... mandarme un par de investigadores para que preguntaran por los negocios de papá que tú sabes que ahora manejo, y que tú sabes que fueron los que te alimentaron. Es verdad lo que decía él: toda mujer es ingrata por naturaleza, ya sea mi mamá, tú o una de las múltiples putas que él tenía.

No respondas, no me escribas, para ti ya no estoy.

Federico Arango

Viaje a España

Ariana (Madrid, 26 de octubre de 2016)

Ariana iba y venía enfrente de la puerta principal de un elegante, viejo y hermoso edificio. Tenía la cara demacrada, unos cuantos kilos menos y unos ojos hinchados y vidriosos.

Marcó un número en su celular y se lo llevó al oído rogando por enésima vez que él le contestara.

—No entendiste el mensaje de mi carta, ¿cierto? Creo que fui bastante claro —le dijo una voz fría.

Ariana no esperaba que le contestara una voz tan despierta como la madrugada en la que se encontraba.

—Abrime que estoy afuera de tu casa —le dijo ella con la garganta apretada.

Hubo un instante de duda y luego sonó el zumbido eléctrico del portón principal desbloqueándose. Ariana subió en el ascensor dándole la espalda al espejo; mirando sin mirar. Apenas se abrieron las puertas, una mirada gélida la esperaba de brazos cruzados.

—¿Cómo te atreves a mandarme semejante carta? ¡Federico, por Dios! —le dijo derramando las lágrimas que había contenido desde el viaje de Medellín hasta Madrid.

—¿Es que no fui honesto? ¿Qué tenías que hacer mandando esa gente preguntando por papá y por mí?

—Y ¿es que yo tenía que saber que estaban preguntando por el cochino dinero ese?

Federico la agarró del brazo y sin esfuerzo de un empujón seco la entró al apartamento.

—Vas a empezar a renegar de los negocios de mi papá, no es mentira lo que dije ahí. Estás como una rica en París, hablando como nativa y bailando con gente talentosa porque mi papá te lo dio todo.

Ariana no necesitaba escuchar eso de nuevo. Suficiente había tenido con releer la carta en el vuelo. Ni siquiera se había bañado, había dejado la maleta en la recepción del hotel que había encontrado cerca de la casa de Fede y cogió el primer taxi que vio hasta la casa de él.

—¡Yo acaso le pedí que me tratara como si fuera más hija que vos mismo! ¿Por qué tengo que cargar con lo que los hombres deciden? Vos te fuiste y yo nunca te dije ni mierda, Federico. ¿Ahora me vas a venir a decir ingrata?

—Y ¿es que qué tendrías que decir o qué?

—¿Vos sabías de Rafael? —le preguntó mirándolo fijamente.

—¿R-Rafael? ¿Quién?

Pero dudó al responder y Ariana lo entendió.

—Esos investigadores solo querían saber qué relación tenía yo con vos y resulta que lo único importante que les di fue tu dirección porque el resto ya lo sabían. Aparentemente más de lo que necesitaban. ¿Vos sabías quién era mi papá y no me dijiste? ¿Me estás hablando de ingratitud?

—Pero y ¿por eso tenías que mandarlos a chismosear sobre mi papá y sus negocios? ¿Eso tiene sentido para vos?

—Si me hubieras hecho el favor de contarme que a William lo habían asesinado, nada de esto habría pasado —le susurró.

¿Cuándo había sido la última vez que había comido? Recordaba haber rechazado la comida sosa del avión, pero nada más de ahí para atrás.

Una sombra de vergüenza le atravesó rápidamente los ojos oscuros y la miró con resentimiento.

—Es mejor que te vayas, Ariana.

La insensibilidad de aquel hombre enajenado y demasiado viejo le inundó los pulmones, quebrándola en llanto.

Él, aunque molesto, con un cariño haciendo eco en su tranquilidad la sentó en una silla cercana, le llevó un vaso de agua hasta que se calmó.

Ariana le comentó que le habían dado información de su padre, pero entre tener que escuchar de la muerte de quien fue como un padre para ella, la indiferencia de él al irse y la ausencia que dejó, y estar después sola en otro país, no le había permitido abrir otro capítulo más de drama y de misterio.

—Suficiente tenía contigo —le dijo ella hipando entre el vaso de agua y una risa nerviosa.

Federico sonrió irónicamente.

El silencio la hizo mirarlo y sintió que el corazón se le resquebrajaba aún más. Su pobre estado mental desde hacía mucho tiempo no conocía estabilidad y aunque había sido siempre un tsunami de emociones y aventuras, Fede era uno de los pocos que había respetado y entendido su naturaleza. No le tenía miedo a encararla y, por ello, Ariana nunca le había perdido el cariño. Por eso su carta había hecho que descendiera por aquella ardiente espiral y en medio hizo algo que jamás había hecho; había casi rogado por no perder lo que fuera que hubieran tenido ellos.

Pero verlo así, con los hombros hundidos, la espalda recta, la cara tensa y los ojos perdidos, le hizo entender que no era la única con infierno propio.

—Mejor me voy —le dijo ella tocándole la cara para llamar su atención.

Él se levantó con ella y le abrió la puerta. Caminaron juntos hacia el ascensor, ella le sonrió despidiéndose y se

metió al ascensor. Hundió el botón del piso principal y suspiró.

—Espera —le dijo él poniendo una mano en las puertas que se cerraban—, quédate.

La negra cantó

Soledad (Valledupar, 24 de octubre de 2016)

I

Yo no encuentro la salidaaaa
a esta pena que yo pagooooo
sin amigos, sin amores
hasta Dios ya me ha olvidado.

II

Yo partí de mi Urabá
Con el corazón chiquitico
Pensando que allá en Antioquia
Mi vida sería mejor.
Que conseguiría plata
libertad y hasta un amor.
Pero conseguí tragedias
que amargaron mi corazón.

Coro

Y yo aquí pagando pena,
sin amigos, sin amor.
Hasta Dios ya me ha olvidado.
Ay qué pena tan amarga
me encuentro pagando yo.

El día que me condenaron, no tuve forma de defende-
me. Mi abogado, el que le ponen a uno para que lo ayude a

salir, estaba más interesao en su periódico que en ayudame a mí. La cosa en el jugado fue corta, porque el fijcal y el jué hicieron todo en un santiamén. Seguro estaban entontados con el calor de Valledupar a esa hora. En la calle no había un alma. De camino al jugado, esposada de pies y manos, vi desde la ventana la calle sola. La tierra hervía de calor y por los zaguane que dan a los patios de la casa se veía a la mujere abanicándose.

—¿Cuándo conoció al don Andres Aramburo?

Ufff, mi don, ya ni me acuedo. A mí me convencieron pa que fuera a Medellín porque allí trabajaba una prima mía. Entonce ahí distinguí a don Andrés que era un muchacho muy inteligente y muy chistoso. Po lo que sé él fue muy bueno en un momento, pero quién sabe qué pasó en su vida. Yo fui notando su cambio hasta que se volvió malo.

—¿Qué piensa usted que le pudo haber pasado?

Las cijcunstancia, don fijcal... Dice un dicho que uno nace bueno... y se vuelve malo, y eso fue lo que le pasó a don Andrés. También las presiones por llevar una vida de rico. Ej que entonce la familia ya no tenía mucha plata que digamo y entonce vivían de la apariencia. Incluso mi prima me contó varia vece que se le demoraban con el pago. “Mamá ha sido una gran mujer”, me dijo alguna vé don Andrés mirando el retrato grande de la mamá en la pared. ¡Su mamá! ¡Qué pecao! Mi Diosito la favorejca y la tenga en su santo reino). Enombredelpadredelhijoydelepíritusantoamén.

—¿Usted está hablando de la casa donde encontraron los tres muertos?

Esa misma. Era una casa bonita y grande, y mi prima se sabía todos los escondirijos y me contó varia historia de las piezas: recuerdo que había una con varias muñecas y una cuna. La cuna conservaba el cascabel para ditraer al bebé y algunos vestidito que le pusieron de nacido. Era una niña, me contó. En la paré de la pieza estaba la foto. Yo creo que

tenía como cinco años, me dijo la prima. Ella se ahogó en un tanque junto al baño. Don Andrés nunca entraba en esa pieza, más bien pasaba de largo sin mirar. Una noche de curiosa quise abrir la puerta, pero un olor a podrido me espantó. En la distancia alcancé a ver por debajo de la puerta unos pedicitos que se movían de un lado a otro.

—¡Negra, concéntrese! ¡Míreme! Necesitamos saber qué pasó. ¿Por qué en el pozo encontramos tres cadáveres? ¿Qué nos puede decir al respecto?

De los muertos mi don... Oiga, si lo mataron fue por algo, nadie se muere así como así, si te matan es por algo que hicite. Yo creo que ellos hicieron algo muy malo y pagaron las consecuencias.

—¿Cuéntenos, usted por qué los mató?

Cuando llegué a Medellín mi prima me vendió al lechero de una, parecía que el negocio lo tenían hecho hacía muchos días.

—¿A qué se refiere con que la vendió?

Yo lo vi dale plata y ella me dijo que me tenía que acotar con él.

—¿La obligó? ¿Cómo la obligó?

Me dijo que si yo quería progresar en la ciudad, que si yo quería conservar el trabajo entonces tenía que hacerlo sin chistá... Ej que yo trabajaba para mandar plata a la casa. Tú no sabes lo pobre que soy y cuando yo me vine jue poque quería conseguí plata, salí de pobre. No te imaginaj la cosa que no ha tocado vivir, por eso la idea de venir a trabajar a Medellín era para solucionar una buena parte de mi vida.

—¿Y por eso la mató?

Claro, porque ella fue muy mala gente conmigo, pero yo no la quería matar poque a la final era mi prima, pero don Andrés sin mediar palabra le pegó en la cabeza. Sus sesos volaron pegándose en la pared de la cocina. Mientras moría me miraba fijamente. Un hilo de sangre negra buscaba la forma

de entrar en la alcantarilla y ahí a la que le dio miedo fui yo, porque nunca había matado a nadie y meno a un familiar. Don Andrés me pidió que me fuera, que él se encargaba de todo. Desde la ventana y luchando contra la tormenta, don Andrés tiró a mi prima al pozo: la cabeza y los brazos iban dejcolgados, parecía la muñeca de trapo con la que jugaba de niña. Esa tarde me conmovió muchísimo. Quizá por eso e que me pongo triste cuando llueve, o tal vez son las gotas de agua que resbalan en la ventana, que se parece a la sangre de mi prima corriendo a la cañería.

—¿Y el lechero?

Yo estaba muy aburrida con el lechero porque abusaba de mí cada que quería y como a mí el que me gustaba era don Andrés y a esas alturas ya habíamos tenido nuestro cuento, entonces me animé a contárselo y él se molestó mucho y armó un plan para que lo matáramos juntos. Me lo llevó al baño amarrado. Me tiró el cuchillo grande de la cocina. Me gritó: Mátalo, mátalo.

Yo agarré el cuchillo, tragué en seco y empecé a apuñalarlo, y yo sentía como placé, se quejaba cuando lo apuñalaba, se movía, lo apuñalaba. En esas entró don Andrés y se fue en vómito al ver la escena. Yo tenía mi cuerpo ensangrentado... El muerto todo acuchillado. La cobija donde lo envolvimos ahí mismo se manchó de sangre; luego lo amarramos y juntos lo tiramos al pozo. Nos limpiamos las manos con agua y jabón, nos miramos y don Andrés se marchó. Yo me largué a llorar.

—¿Andrés y usted eran amantes? ¿Él por qué quería ayudarla?

Amante que digamos, no. Pero como don Andrés se había vuelto tan violento, cuando le conté se llenó de rabia y me dijo: “Tenemos que matar ese man y lo vas a hacer vos misma, no me vas a armar la de tu primita que me tocó a mí”.

—¿Y la niña?

Eso fue lo más triste. La niña estaba sola en el patio y se asomó en el pozo y pidió el impulso y cayó. Yo apenas escuché su grito mientras se ahogaba en el agua sucia. Eso sí me dolió porque yo sí la quería. El que no la quería era don Andrés, entonces cuando le dije que la niña se había matao en el pozo puso cara de contento.

Cuando estaba contando el cuento el jué hizo una mueca: yo lo noté porque estaba justo mirándolo de frente. Escuché que el fijcal le decía que había que abrir investigación de inmediato contra don Andrés Aramburo, que había que hacer una circular y mantener el caso de La Negra lejos de él.

Al siguiente día, en la prisión, una guardia me tiró en los pies un periódico mientras me decía: Vea, pa que se sienta orgullosa. Yo la verdad no entendí nada, pero ahí mijmo vi mi foto. Era “La Chiva”, el diario de Valledupar que sacó la noticia “Horror: Mujer negra es condenada a 50 años de prisión por matar a dos adultos y un bebé”.

Todavía tengo en la nariz el olor del juzgado y de la ropa de lo jombre: era fuate, a naftalina y pachulí mezclado con el olor a letrina que venía de la calle. La podredumbre penetraba por la puerta que daba al baño, donde se veían unas mojcás azuladas tan grande como cucarrones. A veces las mojcás revoloteaban en la cara de los abogaos y ellos le tiraban manotazos sin ningún efecto.

El señor jué era un viejo regordete, mayó de cincuenta. Nunca olvidaré su rostro porque fue el que me envió a esta cárcel. Sudaba hartito. La cara barrosa la adornaba un luná peludo en la boca. El poco pelo que le quedaba en la cabeza lo tenía mojado de sudor. Se veía incómodo sentado en su estrado, se veía tan ridículo, que me dio ganas de reírme. El jué me miró señalando a un hombre en la ejquina, él es su abogao, y desde ese momento supe que mi suerte había cambiado, pero pa mal. El maldito abogao de oficio ni me miró. Estuvo too el tiempo ocupado jugando con su telé-

fono y de ve en cuando soltaba unas risas que hacían una mueca en su cara.

De pronto experimenté una presencia extraña, temblé horrible, las gotas de sudor bajaban por too mi cuerpo; por un instante pensé que me venía la regla. Era el fijcal, huesudo, medio doblao, despelucao y con unas gafas de vidrios grueso que le hacían ver los ojos grandes sobresaliendo en su cara fileña.

El juicio fue el segundo día má trite de mi vida. El primero ocurrió quince día atrás, cuando muerta del miedo y angutiada fui donde el capitán Mauro Restrepo, aquí en Valledupar. Había llegao de Medellín y pensé que como yo le ayudé con el negocio de las armas para don William y don Andrés, él me iba a ayudar a mí. Pero el capitán, al veme, se hizo el que no me conocía y ordenó que me arrestaran.

Con el tiempo supe por una guardiana que don Andrés llegó a Valledupar al otro día de mi condena. No jue sino que pusiera un pie en tierras de Valledupar para que loj detejevte de la Sijín lo cogieran y creo, si no estoy mal, que está en una cárcel como yo, pero no aquí, en Medellín, en una de alta seguridá, donde llevan los presos impotantes.

—¿Entonces por qué los mató?

Poque ellos no merecían viví.

Coro

Y yo aquí pagando pena,
sin amigos, sin amor
hasta Dios ya me ha olvidado.
Yo partí de mi Urabá
con el corazón chiquitico
pensando que allá en Antioquia
mi vida sería mejor.

Coro

Y yo aquí pagando pena
sin amigos, sin amor.
Hasta Dios ya me ha olvidao.

Ay lora que lora, por mi suete.
Ay lora que lora, por mi suete
y yo aquí pasando pena
por mi suete,
ay Dios mío ayúdame,
con mi suete.
Ay lora que lora, por mi sueteeeeee.
Ay lora que lora, por mi suete.

Se agota la memoria

Marta y Elsa (Medellín, 10 de noviembre de 2016)

—**F**ue Ana, profe, la asesina fue Ana.

—¿Y usted de dónde saca eso? Como siempre, conejos del sombrero... Bonita maga, ¿no?

—Pues de toda la evidencia: las cartas cruzadas, los testimonios, las grabaciones... ¡Si es que ella era la amante de Andrés! Y ese es un *leitmotiv*...

—Entonces, según usted, todos los amantes son asesinos.

—No todos, pero sí algunos. Piense en Clitemnestra y en eh... eh...

—¿No se sabe sino el de Clitemnestra?

—Le aseguro que hay más... ¿Usted tiene Internet aquí?

—Venga, déjese de bobadas y armemos la telaraña... Ana es la esposa de William y la amante de Andrés...

—Fue, profe, fueron amantes en el 93. Y William, que es el tío de mi suegra, es el esposo...

—Fue, Marta. Ese tío ya murió. Lo mataron. ¡Y no me diga profe!

—Claro, profe: por eso estamos aquí... ¿Tiene café o voy y lo compro como la otra vez?

—Usted ya sabe dónde está. Hasta yo me tomo uno... Y no me le eche azúcar, ¿oyó?

—¿Y qué me dice de Andrés? Ese es una ratica...

—Es demasiado obvio, sería caer en lo más predecible. No niego que tiene perfil de asesino... ¿Recuerda el caso que estudiamos en clase? Esos sujetos que desde jóvenes muestran un comportamiento psicótico, y ahí está pintado Andrés.

—¿Usted sí cree? ¿Con esos ojos lindos? ¿Con ese porte gringo?

—Esos, los que no matan ni una mosca, son los peores. ¿Vio el capítulo anoche de CSI?

—¡Ay, profe...! ¿Está volviendo a ver los capítulos repetidos?

—Y su suegra... Paula y Santiago seguro sabían de los negocios del Tío Rico.

—Yo le pregunto a Santiago y le cuento.

—Porque es que vea: todas esas tigresas comen del mismo plato.

—¿Tigresas? ¿Cuáles?

—Ana, Paula, María Clara, Ariana, Nury, Lucrecia... hasta Josefina.

—¿Josefina? No: esa mujer es inocente. No creo que supiera de dónde salía la plata de Andrés.

—Tal vez no sabía con exactitud, pero igual se lucró del crimen, y eso es un cohecho.

—Pero la figura de cohecho necesita probarse con la figura del soborno, y este no es el caso.

—¡No, pues, el gallinazo que le tira a las escopetas! Aquí quién es la que sabe, ¿usted o yo?

—Mire, profe: ¿y si pensamos que Soto y Ramírez están involucrados? A mí me parece muy raro que un investigador acepte un caso sin conocer al cliente. Además, ese par son una caricatura como detectives.

—La que los contrató es una intermediaria, eso es seguro.

—¡Una puta!

—¡Puto Soto! ¡Ese es más caliente que Ramírez! Pero por lo menos concreta, ¿cierto?

–Jajajajaja... Sí... ¡Hay que ver los poemas que Ramírez me mandó por WhatsApp...! ¡Empalagosos!

–¿Y usted le respondió?

–¿Yo? No. Eran para Martha, con th, y yo como la hache, muda.

–Este café le quedó rico, Marta. ¿Y los tiene ahí?

–Déjeme y busco el celu... Sí... Aquí están:

“Uno a uno despego del calendario mis días con Martha. Los doblo y escondo. Para mí solo. Donde el olvido no los vea”. “Mi sangre tiene el color de tu nombre Martha. Cada mañana mis párpados se abren con los tuyos –que crean el mundo–. Y visto mis sueños con tu piel”. Oiga este otro: “Cada mañana tomo algún recuerdo tuyo Martha. Lo pongo en un vaso de agua y con una cucharita lo revuelvo. Después lo bebo todo”. Y continúa con esta belleza: “Por los labios de Martha sale el sol. En una nave espacial iré por ti Martha, aterrizaré en el plano de tu espalda. Cierro la puerta, entramos Martha y yo. Afuera, el mundo se queda hablando solo. Mi paz Martha está en la sombra fresca de tu sonrisa y en la paz de tu silencio”.

–¡No hay nada más común que el común de los lugares!

–¡Qué cosa más profunda, profe!

–Pero ese hombre tiene ambiciones literarias.

–Vio cómo describe los hechos y a las personas.

–Y ese tal Soto... es todo un personaje.

–Se siente un autor tipo Conan Doyle... pero no... al final es un Pepe Le Pew.

Se ríen y toman café.

–Serías, pues... Volvamos a las mujeres...

–¿Las tigresas?

–¿Cuál de ellas ganaría más con la muerte de William Arango? ¿La sobrina?

–Puede ser... Pero la que hereda es Ana.

–Esa Paula es hermética ¿cierto?

—Aparte de ser una suegra, suegra... ella es muy reservada. Yo diría que amargada.

—Me da para pensar que ha sido una mujer sufrida.

—¿Sabe? Yo no se lo dije a Santi, pero creo que ella estaba enamorada del tío.

—¿Quién es el papá de Santi?

—Un muerto, no sé, ese tema es intocable... pero yo creo que ella es madre soltera y se inventaron un papá muerto en un accidente aéreo.

—¿Todavía hay madres solteras que se avergüenzan de no tener un hombre al lado? ¿Y todavía hay hijos que se crean ese tipo de mentiras? ¡No, Marta!

—Ay, profe... Si yo le contara.

—Qué tiene para contar. Hable ya o calle para siempre.

—Ya se cree cura, profe.

—Deje de joderme y no me diga profe. ¡Yo qué hice para merecerme este karma!

—Qué dice, profe.

—Nada. Cuente pues lo que me quiera decir. Desahóguese.

—No, profe, yo creo que Santi, así no lo quiera admitir, es todo un hijo de mami.

—No me diga... no se le notaba.

—Sí, hace todo lo que su madre quiere que él haga. No quería ser administrador. Él lo que quería era ser actor, pero a Paula le parecía un trabajo poco digno, un trabajo de va-gos. Ni se lo imagina.

—Sí que lo entiendo.

—Y la tal Nury, esa que ni apellido tiene... Una fulana de las que saltan de cama en cama.

—Sí, pero no gana nada, no hereda, ni siquiera existe: cero a la izquierda.

—¡Lucrecia! De ella no sabemos nada. De un testimonio tan escueto se puede inferir que esconde algo.

—¿Otra amante de Andrés?... El amor es motivo de odio en todas las historias.

—Ariana, nos falta Ariana... Y María Clara... Pero no: ellas son hijas del purgatorio... No alcanzaron el infierno.

—¿Y la Negra?

—Canta, dice mucho pero a la larga nada... Su cuento está en el pasado de...

—De Andrés...

—¿Y Andrés?

—¿Se da cuenta, profe? Volvimos a lo más obvio: Andrés.

–Siquiera no me importa tanto como a usted.

–Marta, respete que es mi mamá.

–Sí, la madre que le ha dirigido toda su vida. Bendita mamá.

–Vea Marta, yo lo único que le digo es que no se meta con mi familia y punto.

–Ni con usted, me imagino...

–Pues se imagina muy bien, yo no puedo estar con alguien que quiere meterse con mi familia.

–¿Acaso tienen algo que esconder?

–Averíguelo ya que está jugando al detective.

–...

–Y pensar que yo la habría podido cuidar muy bien y usted podría dedicarse a sus *hobbies* y dejar de trabajar.

Otro encuentro

Andrés (Ráquira, 31 de enero de 2017)

Hola, nubecita esquiva...

Andrés tenía la sensación de estar atrapando una nube y la certeza de que se le escapaba.

Ana, tal vez, y finalmente, lo había logrado: Andrés por fin entendía que ambos caminaban por diferentes redes, quizás en algún momento tan enmarañadas que no podía ninguno decir cuál hilo era de cada cual.

Y es que las redes tienden a enredarse y, como bien es sabido, es poco probable que se puedan separar sin violencia. Porque el tiempo va (no viene) y todo tiende a mal.

Pensaba en ella mientras tomaba su café en la mesa junto al patio, acumulando fuerzas para romper la trama, tensando, siguiendo las azarosas rutas en las cuerdas y en los nudos.

¡Los nudos! Esos lugares y momentos llenos de intensidad compartida.

¿En cuál red caminaba?

¿Era la suya una vida ajena?

¿Era ella trama? ¿Huella?

¿Seguía el rastro de Ana a través de Ana?

Sonrió (tal vez) al ver que de ese amanecer emergía convertido en una araña. Era sin duda peor el destino de quien se condena para siempre a andar por un laberinto móvil e inestable, que el de aquel que solo está mirando al techo, frágil e inerme.

Si tan solo pudiera marcar su camino, evitar lo recorrido. Si tan solo pudiera escapar.

Pero repasar sus pasos lo satisfacía. Aunque doliera, aunque llorara. En el camino de hoy bebía las lágrimas de ayer, tatuaba su cuerpo con la sangre de las heridas que previos giros le habían infligido.

Tenía miedo a tensar de más la cuerda y perder pie. Tenía miedo de caer al vacío y perder su propia red. Tenía ganas de estar atado.

(Pero Ana volaba a 30.000 pies de altura y se alejaba a 800 kilómetros por hora hacia Madrid).

Andrés forzó sus recuerdos para retener el último segundo, el último instante. ¿El sexo, el beso, la desnudez, el vello? ¿Una cierta tibieza en la piel?

Mas nada de eso vino a él. Vino, sí, la ráfaga de viento helado que deja el cuerpo amado al alejarse por última vez.

—Hago la maleta y vengo a darte un beso —dijo ella quedamente para que Andrés no oyera.

Pero Andrés oyó, porque estaba amarrado al tejido de esa vida, y toda vibración en ella era el mundo para él. En la penumbra, Andrés siguió los movimientos tentativos de Ana. Zapatos rojos, vestido gris, sombrero (así sería para él). Todo lo demás a la maleta y el zíper que se cierra. La puerta de la habitación se abre al patio, y entre dos de sus ladrillos mohosos se desliza un papel, una carta de adiós.

El viento silbó de nuevo a través de la casa y Ana bajó por la calle aún vacía. En ese último segundo su alma salió tras ella y Andrés dio por cierto que era un hombre muerto.

Reportaje

Soto (revista *Qtal*, 14 de febrero de 2017)

El inspector que mira los muertos

SOTO trabaja en investigaciones privadas. Está detrás de un caso, aunque es abstracto con las palabras, como todo él.

Soto abre de noche el sofacama al lado de su escritorio y se acuesta a fumar. No tiene pijama, con la misma ropa del día se tira en el sofá donde atiende a sus clientes. No tiene casa, porque vive en la oficina, o al revés: no tiene oficina porque atiende en su casa. Está en un viejo edificio de estilo republicano venido a menos, detrás de la Plaza de Botero. Comparte la calle con tinterillos, brujos —que a veces busca para que le den pistas—, *sex shops* y fábricas de arepas.

Es hermético, seguro de sí mismo, mira por encima del hombro. Fuma y bebe, porque si no bebe no habla, dice. Es delgado y la chaqueta le queda grande. Es negra, siempre la lleva consigo, porque no tiene más. Además cree que es perfecta para esconder el revólver debajo de la axila. Le gustaba leer, ya no. Le gustaba dormir, ya no. Tiene cincuenta años, los ojos negros, las cejas desgreñadas. Hombros anchos, las manos grandes, la nariz chata. Es que antes de todo fue boxeador: quería salir de pobre a punta de golpes, aunque perdiera la nariz. Primero la plata. Así ha sido siempre: por la plata elige los casos que va a investigar. La pasión no existe. Si la plata se acaba, se acaba todo.

No deja preguntar. Es terco. Un gringo lo describiría como *stubborn*. Responde lo que le da la gana. Aprendió hace tiempo, cuando después de prestar servicio militar el Inspector fue soldado raso y luego pasó a un grupo de inteligencia que se dedicaba a recorrer las calles de Medellín. Limpió parabrisas en los semáforos, vendió cigarrillos en una esquina —aunque él se fumaba la mitad de la venta—, manejó bus, fue mesero en bares de prostitutas.

No recuerda desde hace cuántos años es detective en La Privada, así la llama él, y da esta entrevista solo porque quiere promocionar un libro.

Excéntrico, independiente. Esta es su autoentrevista. Así es él.

¿Qué aprendió en esos oficios?

De tanto observar, señorita, uno va encontrando patrones. Lo que nos enseñaron en el cuartel es cierto: el delincuente tiene rabo de paja, que en palabras de mi abuela quiere decir que “El que nada debe, nada teme”. Y así, el que teme, lo demuestra, y es eso lo que aprende uno a oler como un sabueso. Los pillos a la larga no son tan inteligentes ni el crimen perfecto existe.

Y usted, señor Soto, ¿cómo describe su oficio de investigador?

La flauta mágica es la última ópera que escribió Mozart. Lo mataron dos meses después. ¿Sabe quién lo mató? ¿No? Antonio Salieri, su amigo, y, ¿sabe por qué? Por envidia. Solo por envidia profesional. Soportar a alguien tan bueno como Mozart le era inhumano. Paris, en Grecia, armó la de Troya por ese montón de vieja que era Helena —de Troya— y por ella estiró los guayos hasta el mismísimo Aquiles que era

gay. Las gallinas de los huevos de oro son malditas, atraen la pálida. Este mundo es de las personas imperfectas. Antonio Salieri empezó con una gota de veneno en el vino caliente de Mozart. Una mirada de soslayo entre dos frases de la conversación. La gota se inocula. La conversación continúa. Mozart ríe... La muerte ha empezado a planear oscuridad entre el resplandor oscilante de velas encendidas sobre la mesa. Día a día irá creciendo, semanas, dos meses, hasta borrarlo.

No me ha respondido la pregunta, señor...

No, no, no muñeca. No le estoy cambiando de tema. Mire que en *La rebelión* de Joe Arroyo, en esa canción, ¿la recuerda?, esa que dice “no le pegue a La Negra”, uno quiere matar al español ese que le pegaba a La Negra, ¡qué hijueputa! Peor que Salieri que envenenó al Amadeus. ¿Quién mató a Marilyn? La muerta más linda después de Cleopatra (ambas gallinas de oro). Hum. Ni idea. ¡Se murieron! ¿Ve, linda, que sí le estoy contestando a su pregunta? Los detectives servimos para saber qué pasó. (Risas). ¿Y que qué tiene que ver La Negra en todo esto? Espere ya le voy a contestar, muñeca. Sírvame otro.

Cuente pues lo de La Negra, a ver si le entiendo, y podemos seguir con la entrevista.

Mire: Chopin murió de tifo, y Frank Sinatra de viejo, ambos buenos tipos; el primero afeminado y triste, el otro severo. Imposible imaginarlos tomando *whisky*: Chopin con George Sand (su amante) y *The Voice* con Ava Gardner (¡Ah!, qué hembra). No se puede. William es un Sinatra, Nury una Gardner —mírele el escote— y Andrés, Andrés un Chopin. Pero La Negra, que aquí no será más la de Joe Arroyo, sino la que estuvo en la cárcel de Ternera, cantó. Todo se vino

abajo como las torres del Space. Tiempos de prosperidad y debajo del tapete un puñal. Ignoraban que estarían en las crónicas rojas de algún periódico. El dinero proporciona una sensación de seguridad instantánea: Audi y La Coste, Tommy Hilfiger, Pierre Cardin y Armani, una dosis antes de cada comida y cuando vas a dormir. Los calló la pálida porque La Negra cantó.

A qué quiere llegar, señor Soto.

No estoy desvariando. Yo sé lo que usted quiere de mí, solo déjeme llegar. Sírvame otro y le prometo que se lo contaré todo. Ahh... ¿En qué iba? Ya. Bien. Después de la visita de Salomé abrí el sobre de manila —que tenía un beso fresco de pintalabios rojo—: había millón y medio en billetes de cincuenta mil y un recorte de periódico.

Me fui directo para la morgue de Cartagena. Abrí la puerta donde estaba el cadáver de William: Al doctor, calvo y porcino, le dije buenas tardes. ¿Qué quiere?, me respondió. Nada, solo quería mirar al difunto. ¡Váyase!, usted no puede estar aquí, dijo, entonces me volteé hacia la puerta como si fuera a irme, pero me giré rápido en un pie y me lancé sobre el muerto. En el aire sentí las manos que me tomaban por el saco y el pelo, oí las voces que me gritan hijueputa, pero llegué hasta la camilla y miré el muerto.

Miró el muerto, ¿y para qué?

Reina, uno no puede investigar el asesinato de un muerto que no conoce, si no te pueden meter gato por liebre. Salí, me senté en la sala de espera a esperar y a esperar. Así empezó todo este lío. Sírvame otro, cielo. La chica llegó a la morgue y le entregaron el cadáver. Lo montó atrás en un BM y se fue. La seguí desde un taxi, siga a ese carro, le dije al con-

ductor y el tipo se azaró. Soy de La Privada, le dije, y le pelé la cache del revólver de mi sobaquera. Santo remedio.

Todavía no llega al punto...

¿Punto?, téngame paciencia, niña. Después me llamó la vieja, contesté ya en los últimos repiques. Amanecía. Estaba trasnochado. Soy una vecina del difunto William, dijo. ¿Podemos hablar a solas? Solo dígame cuándo y dónde, doña, repuse. La casa era en el sur. Un palacete de los de antes encerrado por una verja negra alta de hierro forjado con puntas de lanza color oro, glorieta frente a la enorme puerta a dos alas y jardín europeo. Toqué el timbre. Una anciana enjuta abrió la puerta. Era seca y encorvada. Tenía la piel de las manos arrugada y traslúcida, surcada de venas azules. Subimos al segundo piso. La vista desde allí ofrecía el panorama de un jardín en ruinas; las telarañas habían cubierto el verde de una neblina gris. La vieja espiaba a Nury con binóculos. Es una ninfómana, me dijo. La vio pichando con William y después con Andrés.

Cuide sus palabras, señor Soto, esto es la prensa...

Cuando le pregunté que ella qué pensaba de todo eso, me dijo que ella no era la más indicada para dar explicaciones sobre la conducta de los demás. Yo quería a esa muchacha, dijo, ella por lo menos me acompañaba. No la culpo ni la juzgo. Eso le toca a usted.

¿Y qué pasó con ella?

Ni idea. La vida, niña, es una mascarada o sea una farsa. Como en la ley (ah, las leyes) de la incertidumbre de Heisenberg donde de una partícula es imposible determinar al

mismo tiempo su posición y su velocidad, así de un humano es imposible predecir sus sentimientos y su razón. Ambos van por emisoras distintas.

Otra vez tan abstracto. ¿Qué sabe del asesino?

Mire, niña. El asesino, de entrada, es siempre un personaje inventado, un ser de ficción, depende. El primer problema que debe resolver un detective es el siguiente: ¿por ese dinero vale la pena arriesgar el culo? Las posibilidades de casos son innumerables, pero, en términos generales, se reducen a esto: plata. Si hay *money* hay un caso de verdad. No importa lo demás. Por lo tanto, uno siempre se enreda en el asunto. Por la plata baila el mico, el que trabaja con barro se embarra. Y la plata se acabó.

¿Ningún caso es porque lo emocionan los enredos, solo plata?

Cada caso constituye un escenario, establece una distancia diferente entre el investigador y el pasado, pero el denominador común es que en todos ellos el culpable narra su culpa sin que se dé cuenta, ¿por qué? Además de impregnar de relatividad y dudosa naturaleza lo narrado, el culpable que se instala en el pretérito no consigue mostrarse con mayor fuerza, lucir sus poderes de persuasión, ya que su relato resulta una secuencia ambigua de órdenes para que ocurra lo que él dice que fue. La astucia del investigador es absoluta, abrumadora.

¿Y usted qué tanta astucia tiene?

Un detective de mi tipo es un hombre al que le gusta lo que a los demás les da miedo. Un torero, me dirá usted, y yo

le responderé que sí, que un torero o un domador de tigres, un soldado, un paracaidista, un exorcista o una actriz porno. Los detectives tenemos una tendencia (una sentencia) suicida. Podrían compararnos con un cucarrón, porque nos atrae la mierda. Ningún hombre logra el crimen perfecto. El azar, sin embargo, puede hacerlo... Mire, niña: yo ya me siento ebrio. Deje así, lea el libro y reseñe lo que le dé la gana.

La taxidermia

Nury (Cartagena, 15 de octubre de 2016)

Sí, que sí, que me voy en el próximo vuelo y ya estoy en el aeropuerto.

Todo lo hice con el nombre de Nury. No iba a cometer un fraude. Ahora me llamo Nury y ese es el nombre que tengo.

Yo lo sabía, yo sabía que no iba a poder meterme con nadie, que me iba a ver en problemas y eso fue lo que pasó.

Ese fatídico día yo estaba en casa, mal, tratando de organizar las maletas para huir a cualquier parte. Estaba cansada de la ciudad, sin salario y con la rabia de sentirme traicionada por Andrés. Ya no tenía nada que hacer aquí, así que en la noche sonó el timbre y él llegó, el furioso. Me dijo que yo me había metido en su vida, que quién era en realidad, que qué hacía aquí. Me zarandeaba, furioso. Al final pude calmarlo y le pedí que se fuera. Terminé de organizar todo y me tumbé en la cama por el cansancio de ese día y vienen y me llaman para decirme que habían encontrado el cadáver de William Arango y que estaba en la morgue. Me vestí con lo primero que encontré y salí directo para allá.

Si ya te estoy diciendo que no le he dicho a nadie lo que te estoy contando. Pero seguramente ellos ya lo saben.

Al llegar allí, Dios, siento asco de solo pensarlo, un lugar oscuro, frío, lleno de podredumbre y de miseria. Logré convencer al celador de que estaba buscando a mi marido que no aparecía y bajar a donde los cuerpos ya no son más

que vísceras regadas por todas partes mientras que el tanatólogo va despedazando uno a uno los cadáveres y la sangre se desborda por las paredes. Allí estaba William, desfigurado. Destruído. No crea que la impresión me dejó paralizada. Reaccioné para sobornar al tanatólogo para que cambiara los resultados de la autopsia y dejara todo consignado como una muerte natural. Tal como me lo pidieron. Quería pensar que ese no era William. Sentía que algo no estaba bien, pero no había tiempo para dudas. Llamé a la sobrina de William, Paula, porque ella sabía de mi existencia y a regañadientes me aceptaba. Le dije lo que pasaba sin decirle mucho y la convencí de que para evitar problemas con la prensa y con la sociedad me diera plata suficiente para llevarlo a la sala de cremación para que lo incineraran sin que nadie dijera nada. Esa noche reuní suficiente dinero para salir de aquí.

Fue una noche horrible que nunca olvidaré. No sé ni por qué fui al bar que estaba cerca de la sala de cremación. Ese bar me recordaba otros tiempos y le pedí al barman que me sirviera un trago. Me miró con sorpresa y me mostró con sus dedos las sillas patas arriba indicándome que estaba cerrando. Le conté que había sido un día difícil y él comenzó a servirme un *whisky*... Ahí fue cuando lo vi. Me senté bien, puse mi mano en la chaqueta para cerrarla y crucé las piernas. Le pregunté si sabía quién era yo. ¡Y no lo soporté! Dios, cómo me miraba esa noche, era horrible y además me llamó puta. Me derrumbé, lloré y le grité que ni puta ni asesina.

Salí corriendo.

Mano derecha

Lucrecia (Medellín, 28 de abril de 2017)

Andrés ¿dónde estás? Todos hablaban de vos ayer en el club. Anoche fue la presentación de la familia. Mi papá me dijo que no entendía muy bien lo que estaba pasando pero que por favor no hablara más con vos, al menos no hasta que volvés y des la cara, que cosas muy buenas de vos no se hablaban, y que seguramente cosas muy buenas de mí no hablarían si piensan que nuestra “amistad” continuó después de esas primeras veces que nos vieron juntos.

Me da risa, Andrés, por llamarlo de cualquier forma. Hay tantos dramas, a su manera, en cada familia. Hay tanta fragilidad en el ser humano, que parece también humano y reconfortante la desgracia ajena. En la oscuridad cualquier penumbra es luz, y quien no tiene algo más por qué destacarse, no renuncia a creer que desde su penumbra es faro en la oscuridad.

Ayer estuve en la Comuna 13. Me fui a hacer un recorrido por algo que llaman el Grafitour. Había muchos extranjeros conociendo, visitando... y yo, una extranjera más en esta ciudad que habito y que tiene barreras (de las que tal vez ahora hago parte), incluso más invisibles que las que trazan los mismos combos para evitar que sus vecinos crucen de un lado a otro dentro de los barrios. ¿Quién iba a pensar que después de la intervención de La 13 florecería una generación que trataría de sanar la sangre con pintura

y arte urbano? Atravesar unas barreras les cuesta la vida, y atravesar otras les cuesta la discriminación.

Una mujer llamada Laura dirigió el recorrido. Ella era apenas una jovencita cuando la policía, el ejército y las guerrillas urbanas de las FARC, las AUC y el ELN se encendieron a bala entre todas esas faldas llenas de casas, de pobreza... entre tanta gente, que también la había buena. A su papá lo desaparecieron y a su hermano lo mataron. Decía que las acciones de control fueron tan brutales, que había cuerpos tirados en esquinas, callejones y escalas. Mientras seguíamos el recorrido, ella hablaba del significado de cada grafiti y en un atento silencio solo interrumpido por los pregones del señor de la mazamorra y del que arregla la de presión, escuchábamos tratando de entender las consecuencias de lo que permitimos por importaculismo y comodidad. Llegamos a un lugar en el que paramos y ella dijo que era su casa. Fue subiendo por unas escalas infinitas que llevaban hacia la parte más alta de la comuna. Señaló su puerta y mientras se devolvía hacia nosotros, paró en un escalón que era sutilmente más amplio que los otros, como un remedo de descanso. Se persignó y con la voz de quien todavía tiene contenido el dolor, dijo que en ese escalón fue donde se detuvo el cuerpo sin vida de su hermano cuando trataba de evitar que se llevaran a su papá, luego de que unos agentes llegaran a las malas a su casa y dijeran que don Rafa era uno de los “duros” del barrio.

Laura nos contó que ella y su mamá se pusieron a llorar y a los gritos le rogaban a Esteban, el menor, que volviera, que regresara, que no se fuera, que su papá lo iba a solucionar. Esteban, sabiendo que su papá jamás se metía con nadie, salió gritando escaleras abajo para explicar que cometían un error, que no era lo que decían, que él no se metía con nadie, que para dónde se lo llevaban. Los vecinos, que lo oyeron todo, apenas movían las cortinas y otros, más temerarios,

se asomaban por las ventanas a ver lo que pasaba. Uno de los policías que cubría la retaguardia de sus compañeros se sintió amenazado por el muchacho, que en lugar de bajar de una en una las escalas, las bajaba de a tres por zancada. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete balas. Su cuerpo rodó un poco más de 30 escalones para terminar finalmente en este, que era el descanso y que, para ese pelao, sería eterno.

Han pasado más de 15 años desde ese día y aún hay gente que lo recuerda y permanece en ese momento, en un esmero por superar la tristeza de perder a su gente en la violencia después de la violencia, después de haber huido de ella en el campo o en la misma ciudad, de perderse en la indiferencia y afrontando lo que son porque, una vez que lo digan, a donde quiera que vayan, los relacionarán, de una manera que no les hace justicia, con la violencia de La 13, sin haberse “uelido” nada, sin haber “sobado” jamás un arma, sin haberle quitado nada a nadie.

Es curioso, Andrés: hay gente que sufre tanto por todo lo que necesitan, por no tener nada y hay otra gente que teniéndolo todo encuentra también suficientes razones para no estar bien. Hay gente que quisiera que tener plata fuera su único problema, pero tristeza es tristeza o depresión es depresión, sin importar las circunstancias, porque hay algo incluso más difícil y es tener que vivir con uno mismo. Hay tantas cosas que nos hieren... y sin embargo todos seguimos aquí, tratando de hacer nuestro mejor esfuerzo por estar, a pesar de todo, por tratar de encontrar un lugar donde podamos ser de la mejor manera que nos sea posible.

¿Ves lo que pasa? Vos no tenés que distraerme, Andrés. Por favor nunca lo hagás. No tenés que ser nada. No me interesa si son buenos o malos. Si están a mi lado es porque conmigo son buenos independientemente de lo que ellos puedan ser. Esa es la gente que yo decidí amar. Vos sos la gente que yo decidí amar.

Si no te conociera, pensaría que te fuiste, pero como te conozco al menos un poco, sé que nunca has estado... así que sigue buscando un lugar, Andrés, *deja que los limos y finos se asienten, que el agua se haga clara y se pueda ver mejor a través de ella...* que, aunque lo diga cualquier poeta, *nada garantiza que esto vaya a ser realidad, que vos lo harás, y hay ríos de hondo calado e impetuoso caudal que solo se contemplan en turbiedad.*

Punto final

Andrés (Ráquira 15 de julio de 2017)

Él caminó por su casa, contando baldosas, contando imperfecciones, abriendo puertas, oyéndolas llorar. Fue hasta la ventana que da a la calle, y sintió el frío de la reja en sus pómulos.

El sol del altiplano, lerdo y amarillento se filtraba entre las hojas de un arrayán viejo que crecía al otro lado de la calle. Lo observó por la única ventana que tenía la fachada y se conmovió al ver las sombras que, sobre la acera y el adoquín, cambiaban de forma y de lugar. Esas sombras que iban y venían, y que algunos días de 4 a 6 tenían vida. De 4 a 6 y ya.

Cruzó el zaguán y entró al patio de las hortensias. Del bolsillo sacó su celular, se puso unos audífonos y buscó con afán una canción.

Maybe I didn't treat you
quite as good as I should have
maybe I didn't love you
quite as often as I could have
little things I should have said and done
I just never took the time
You were always on my mind
you were always on my mind.

Sacó una cerveza y se sentó con las piernas rectas. Miró al muro frente a él, el que cerraba el patio. Lo conocía bien,

lo había mirado hasta las lágrimas ya muchas veces. Lloró también esta vez, por papá y mamá.

A las 6 caminó y de nuevo se asomó a la ventana, y asistió a la muerte de las sombras. Se desarrolló frente a él la maravilla de ese ritual funerario, mientras las niñas pisaban indolentes las sombras moribundas, mientras un hombre viejo las escupía. Esas sombras no le harían falta a nadie, excepto a él.

Buscó en su billetera la carta final de Anama, y supo, o confirmó (o descubrió que ya sabía) que Anama era el sol de su vida. Descubrió en esa carta su arrayán. Y supo que para él ya eran las 6. Así que escribió.

Pueblo de las ovejitas, 6 de la tarde

Tú, Anama, la amada, amada. Amor. Anama, la ama-andrés. Mi princesa:

El rumbo que no tuve, el que creí tener, solo fue un zigzaguo ínfimo y sin ningún valor. Fui una sombra oscilante en el suelo. Un oscurecimiento sobre charcos, plastas de mierda y orines de caballo. Un parpadeo que opacó algunas veces el brillo de las flores de guayacán. Una sombra ordinaria, sin historia y sin huella. Algo que ni se olvida, porque no se recuerda.

Sé que fui bueno, si tal cosa existe. Sé, como Pipe Franco me dijo una noche de juventud y borrachera, que se trataba solo de sobrevivir, y de ser feliz sobreviviendo.

Sé que fui vil. Que el mundo no me echará en falta porque ni nombre tengo. Soy una araña en un rincón oscuro, y si hoy dedico palabras para ti, es porque tal vez pueda tatuar en tu recuerdo, como acto final, mi paseo fugaz y errático por tu vida que es mi vida.

Tengo un hijo, pero no soy padre. Un niño que es una piedra en el aire, un trueno en el campo. Piedra sin honda, trueno sin rayo. La orfandad verdadera. Ni eso fui: ni honda, ni rayo, ni arco, ni sol. Y yo que creí haber nacido para hacer,

para mover o para conmover, revelo ante nosotros que no soy, ni somos, ni siquiera un pellizco de porquería.

De mis actos no me arrepiento, porque solo a perros y cerdos molesté. Si les dedico algunos pensamientos ahora no es por piedad ni por arrepentimiento. Malditas marionetas sean aquellas que no saben quién las viste y quién las ata.

Solo quien vio los hilos puede ya cortarlos, ¡que no pienses que es cobardía! Es solo la conciencia de que ha llegado la hora.

Besos y flores para siempre.

A.

Escribió el final con maldad, con la intención concreta de hacerle daño a Anama atizándole su amor y apelando a la culpa, el más cruel de los yugos. No le importó. Parecía en todo una carta de amor y las formas eran importantes.

(El fondo y el contenido son siempre cuchillas escondidas en la manzana de la forma).

Lamentaba no poder asistir al momento en que Anama le diera un buen mordisco a la carta y que sintiera su garganta cortada por el amor perdido.

Se sentó a oír su lista de canciones y a tomar cerveza hasta que fue suficiente. Se afeitó a oscuras, mientras se daba una ducha. Alargó su baño mientras pensaba en Anama e intentaba masturbarse.

Volvió a la silla del patio, envuelto en su albornoz, con jeringa, vaso de agua y un frasquito de cloruro de potasio.

(La ironía que se esconde en esa sal, tan capaz de fijar las móviles sombras y luces, como de borrarlas del mundo).

Puso dos cucharadas de cristales en el vaso, y revolvió con la jeringa.

Metió la carta en un sobre, pleno en la seguridad de que esta vez moriría. Puso la carta en el comedor, y sobre ella una piedra del patio, del tamaño de un corazón.

Se sentó y puso la última canción.

Si te dicen que caí,
y es verdad, y es verdad
no sientas ni un segundo más
de lástima por mí
que me voy a levantar.

Volvió a revolver, porque se habían asentado unos cristales en el fondo.

Y si te falta una imagen
quiero que me recuerdes así
con el viento en las velas.
Si te dicen que duermo de día
es verdad, y es verdad
no te olvides que soy grande
porque tengo multitudes
que me esperan afuera.

Cargó la jeringa y derramó el preparado sobrante dentro de su lata de cerveza.

Y si te faltó ternura
o la vida te hizo dura
quiero que me perdones.

Se bogó la cerveza salada y tibia. Apagó la luz del patio.

No tengo los pies en la tierra
me perdí la realidad
me olvidé de los amigos
me olvidé de los demás

reconozco haber perdido
sintonía alguna vez
pero no te dejé de querer.

Tomó aire y perforó su brazo. Rápidamente se aplicó el líquido, sin mirar atrás.

Sigo siendo un varón tierno
que quiere seguir de pie
pero te espero.

Despachó en segundos su vida y repasó sin prisa su recuerdo de Anama.

No son horas de reírse,
no son horas de olvidar.
Hiciste lo que quisiste de verdad.

Lo atacó un vértigo fatigado, casi feliz. La sensación de controlar su destino, de orgullo por haber salvado en la última hora una existencia estúpida.

No sientas ni un segundo más
de lástima por mí
que me voy a levantar
y si te falta una imagen
quiero que me recuerdes así
con el viento en las velas.

Un espasmo, un dolor en el pecho bajó por su brazo izquierdo. El celular cayó al piso y los audífonos se desconectaron. La música inundó la casa y ahogó sus gemidos, mitigó el dolor y besó su adiós.

Y si te faltó ternura
o la vida te hizo dura
quiero que me perdones.

Testamento

William (4 de febrero de 2017)

NOTARÍA PRIMERA DE ITAGUÍ, DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA DECLARACIÓN TESTAMENTARIA

El día cuatro de febrero de 2017 compareció ante mi despacho en la Notaría primera del circuito de Itagüí, en el Departamento de Antioquia, el señor William Arango, con el fin de consignar su última voluntad ante cinco testigos, tal como lo ordenan las leyes de la República de Colombia.

Habiendo recibido del señor Alejandro Álvarez, en su calidad de Albacea, los documentos que certifican el deceso del señor Arango, hemos procedido a citar a sus herederos a una reunión, con el propósito de dar lectura a los documentos consignados en esta Notaría.

Están presentes en esta reunión, además del Albacea, la señora Ana María Vega, esposa y parte de la sociedad conyugal de don William; el señor Federico Arango Vega, hijo de la señora Ana María, habido fuera del matrimonio y aceptado en adopción por don William y también asiste la señora Paula Gaviria Arango.

Se abre el sobre y se examina su contenido:

El primer documento contiene una relación pormenorizada de los bienes de don William, con indicaciones para que el Albacea disponga la manera más justa de entregar a la señora Ana María la mitad de la fortuna y al señor Federico

una cuarta parte, como lo ordena la Ley, con las siguientes salvedades:

Primera: El pleno derecho de propiedad del Hotel Laureles, cuyo valor en la contabilidad es un poco menos de la cuarta parte de la fortuna, debe ser entregado como herencia a la señora Paula Gaviria Arango.

Segunda: cualquier remanente que quede después de hacer la anterior repartición, será dividido en partes proporcionales entre los tres herederos.

El segundo documento es una tarjeta del Bank of London que tiene adherida una llave dorada sujeta a una plaquita con los siguientes números grabados: 4507764.

Y el tercer documento es una carta de una página, que la Notaria se dispone a leer a los presentes:

Mis amados Ana María, Federico y Paula:

Cuando había terminado este escrito de despedida para los seres que quise en mi vida, hube de releerlo varias veces para darme cuenta de lo que se puede inferir por el tono, por los términos y por la forma en que me refiero a mí mismo y a todos ustedes los que hoy se hallan reunidos para escuchar la lectura de estas, mis últimas palabras.

Sí. Esto es una carta de amor. ¿Qué más puede hacer un hombre como yo, que después de haber saboreado el néctar del éxito se encuentra desaparecido en la clandestinidad con una muerte más profunda que la muerte, soñando con recibir sus besos y sus abrazos?

Quiero decirte Ana María que fuiste y seguirás siendo por siempre el único amor de mi vida. Fui un estúpido al alejarme de ti por mi ambición y ahora sé que todo el dinero del mundo jamás reemplazaría tu amor, que es para mí el más grande jamás soñado.

Mi querido Federico: Casi diez y nueve años vivimos juntos con tu madre y con Paula en una relación familiar teñida de felicidad. Juntos aprendimos y disfrutamos nuestros

roles de padre y de hijo. Ahora cuando ya eres un adulto, tienes a tu disposición por el ejemplo lo bueno y también lo malo que yo fui. Sigue el sendero del éxito y borra en forma definitiva el William delictuoso con un hechizo que anule de tu mente para siempre mi figura.

En esta vida todos los seres humanos somos responsables de nuestros actos, y yo no me excluyo. Declaro que siempre obré en plena posesión de mis facultades mentales, incluso cuando se trató de lo que fue mi vida al margen de la ley con una desmedida ambición de riqueza y un manejo discreto del negocio, de tal manera que nunca fui requerido por las autoridades.

Quiero contarles que hay una inmensa fortuna guardada en la caja de seguridad en el Bank of London, que legalmente no hace parte de mi patrimonio porque nunca la declaré en Colombia. Bajo la responsabilidad de Alejandro Álvarez, mi amigo y albacea, esta deberá ser entregada a mi hijo Federico, excepción hecha de un veinte por ciento del total, que será para él por sus servicios de Albacea.

Ahora me doy cuenta de que todo lo que uno llega a ser en la vida, afecta por igual a sus seres queridos. Yo no quiero que ustedes carguen con el estigma que he creado como alguien que amasó una fortuna mediante turbios negocios al margen de la ley.

Borren de su memoria todo lo que tenga que ver con mi existencia. Eliminen mi nombre de cada documento, destruyan todas las fotografías en las que esté mi imagen. Si mis cenizas llegan a su poder, arrójenlas al río en un acto privado. No le cuenten a nadie sobre lo que ha sido esta última etapa de mi vida, que la quiero vivir solamente con ustedes antes de desaparecer.

Sientan solo por un instante, que los he querido mucho y luego olvídenme para siempre.

William

El Fénix (Cartagena, 2019)

*El Fénix es un ave igual a los dioses celestes;
compite con las estrellas en su forma de vida y en la duración de su existencia,
vence el curso del tiempo con el renacer de sus miembros.*

*El Fénix no calma su hambre comiendo
ni apaga su sed con fuente alguna.*

Claudio Claudiano

Vamos, vamos, decía Marta mientras Elsa caminaba despacio, mirando detenidamente las columnas unidas por arcos de filigranas geométricas. El magnífico portón de entrada. El damero de baldosas blancas y negras.

–Una belleza morisca, como en la Alhambra.

–Bienvenidas –dijo una mujer detrás del mostrador –mi nombre es María Clara y estoy a su servicio.

Ellas se miraron.

–Elsa Vásquez y Marta Peláez... tenemos una invitación.

–¿Se dio cuenta, profe? Nuestros apellidos riman, ¿qué podrá significar eso?

–Las estábamos esperando. Permítanme sus documentos y su equipaje.

–Aquí está todo.

–Perfecto... Ahora Francisco les ayuda con las maletas y las puede guiar hasta la habitación.

—Quijote y Sancho, Romeo y Julieta, Sherlock y Watson, Batman y Robin, Jekyll y Hyde...

—¡Agua y aceite!

—Ana las espera en la puerta del ala nueva.

Cruzarón el patio central. Una fuente en medio de un sinnúmero de helechos refrescaba el aire. A la derecha, el comedor.

—Este es nuestro restaurante Ícaro... —dice Francisco— al fondo encuentran el bar Dédalo junto a la piscina, allí se sirven cenas ligeras y entremeses. Cocteles.

—¿Tienen piña colada?

—Marta...

—Profé, mire este mosaico... ¿A que no lo vio en la Alhambra?

—El ave fénix...

—Mire, allá está la oficina de Paula, mi ex suegra.

—Y ¿Santiago? ¿Dónde está la de Santiago?

—No sé... desde que él se fue a lo del máster, chao pescacoo...

—Pero recibió la invitación y no hubo dudas: vámonos a Cartagena, ¿verdad?

—Paseo es paseo.

—Sígueme —dice Francisco—, esta es el ala moderna... allá está doña Ana.

Ella las recibe con una sonrisa. Les dice que se alegra mucho de que hubieran aceptado la invitación del hotel. Le pide a Francisco que lleve las maletas a la Habitación Helios. Ellas se miran y sonríen. Ana les explica que cada habitación tiene un nombre diferente y abre la puerta. La luz de la mañana entra de lleno a sus ojos.

—La vegetación es el horizonte.

Marta corre al balcón y abre los brazos llamando a Elsa. Platanillos, corales, veraneras y un árbol gigantesco de tamarindos rodean la piscina. ¡Esto es lo que nos merecemos,

profe! Elsa se ríe y al mismo tiempo alza las cejas y revolea los ojos al cielo. Ana les dice que más tarde espera verlas en el comedor y les entrega una tarjeta con el menú y los horarios. Se va cerrando la puerta.

Elsa abre la tarjeta y lee en voz alta: “En el Edén, debajo del Árbol del Bien y del Mal, floreció un arbusto de rosas. Allí, junto a la primera rosa, nació un pájaro, de bello plumaje y un canto incomparable. El único ser que no quiso probar las frutas del Árbol Prohibido. Cuando Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, cayó sobre el nido una chispa de la espada de fuego de un querubín, y el pájaro ardió al instante. Pero, de las propias llamas, surgió un ave, el fénix, con un plumaje excepcional, alas de color escarlata y cuerpo dorado”.

—¿Por qué me está leyendo eso, profe?

—Porque esa Ana era la mujer de William Arango, un ave fénix...

—¿De verdad? ¿Era ella?

—Y Paula y María Clara...

—Y este hotel, y esta invitación...

—Las coincidencias...

—Las coincidencias no existen, profe.

—Cuando llegó la invitación me dije: de esto tan bueno no dan tanto... Yo sí me preguntaba... ¿por qué, después de dos años, nos convidan a las dos?... Si usted ahora ni siquiera es la novia de Santiago y la tesis del caso de William Arango quedó truncada porque se estaba volviendo...

—Truncada no, trocada.

—Para hacer una tesis completamente predecible: “De crímenes y penas. Estudio de la historia del homicidio en el derecho colombiano”.

—Me tenía que graduar y así...

—Y así abandonar el derecho y meterse en esa editorial.

—¡Hago lo que me gusta!

–En eso tiene razón, pero uno siempre aspira a que sus estudiantes pongan en práctica lo que aprendieron.

–No sigamos discutiendo; ya tengo suficiente con los reproches de mi mamá.

–...

–Vestidos de baño... ¡Vamos a la piscina!

–No traje vestido de baño...

–¡No puede ser...! Venga, yo tengo tres... –abre la maleta–. ¿Qué tal el bikini rojo?

Tres días en que salieron a la piscina, nadaron y bebieron piña colada. Almorzaron en el Ícaro, hicieron siesta. Caminaron hasta la ciudad vieja. Comieron Bagre. Fueron al castillo de San Felipe. A La Popa. Al Museo de la Inquisición. Tres días de rastrear a Paula, observar a Ana, anhelar a Santiago. Tres días en que nombres como Federico, Ariana y Francisco, estaban en el restaurante, los pasillos y las oficinas.

–Adoro este hotel.

–Al hotel o al dueño del hotel...

–Santi no es el dueño y nosotros ya no somos novios.

–En parte...

–Y no lo he visto desde que se fue, hace ya casi dos años.

–Cobarde –Elsa abre el balcón–. Usted no ha querido preguntar por él.

–No está por acá... quería irse un tiempo y estudiar una maestría en Francia...

–¿Y Ramírez? ¿Qué hay de Ramírez?

–Ese chiste no me hace gracia... Mejor empaco la maleta.

–Marta –asoma la cabeza y habla en voz baja– ¿ya se dio cuenta?... Cuando calienta el día, cuando los huéspedes hacen la siesta y se alborotan las chicharras, ellos se reúnen

en El patio de Las Cigarras... –le hace una seña para que salga al balcón–. Mire.

–¿Quiénes?

–Asómese bien para que vea esa mesa.

–Paula, María Clara, Ana... y los chiquis.

–Cuánta armonía... Las tigresas y los cachorros.

–Es verdad lo que dicen: A rey muerto...

–Reinas puestas.

–Sigo sin entender para qué nos invitaron.

–¿De qué estarán hablando?

–No se oye nada.

–Shhhh.

–No, las chicharras no dejan oír lo que dicen...

–Un acertijo... es como si tuviéramos que leer los labios y darnos cuenta de algo...

–Y nosotras fuéramos instrumentos.

–Marta, nos falta algo... algo... pero ¿qué?

–Profe, disimule... Ana nos está mirando.

Soliloquio

Anama (Patio de Las Cigarras, julio de 2019)

La materia con la que construimos estos muros que hoy albergan las vidas de otros hombres, es ceniza. ¡Bienvenidos al Hotel Fénix! Arcilla de sus cuerpos amasada con lágrimas engendró ladrillos. ¡Brindis en el patio de Las Cigarras! Los cuartos del hotel están siempre listos para recibir huéspedes que reposan en camas escrupulosamente tendidas. ¡Feliz estancia! Sonrisas, tarjetas, copas de vino, uchucas, granadillas, mangos de azúcar... y una orquídea blanca sobre la almohada.

Siempre saludamos y damos las gracias. Espero que haya tenido una feliz estadía, señor tal... ¿Disfrutó su hospedaje, señora tal...? ¡Los esperamos de regreso! Muchos vuelven, pero ellos no... Están muertos. Partieron para quedar definitivamente ausentes. A William lo lloramos dos veces, porque con él todo fue doble; fui dos veces su mujer y dos veces su viuda. En la primera muerte lo acuchillaron y en la segunda lo volvieron a acuchillar. Un hombre difícil. Y dos veces lo dejé, una por amor y otra por desamor.

Su muerte abrió una fosa que nos obligó a detener la marcha. Hacer un alto y cambiar el rumbo... Quedamos solas. Como ruedas sueltas giramos un tiempo sin sentido: viajes, joyas, carros... nada era suficiente hasta que llegó La Señó, La Señó de Zubiría, y nos propuso convertir este caserón y los jardines en un hotel de lujo. Algo providencial, decimos ahora, pero en ese momento... Nosotras poníamos

la plata, la experiencia y ella su caserón en Manga. William dejó muchísimo dinero y Federico nos dijo que la mejor manera de limpiar el apellido era asumir el proyecto. Que vendiéramos el hotel de Medellín y comenzáramos de nuevo en Cartagena. En un comienzo asociarnos era impensable, pero los más jóvenes empezaron a hablar. Federico, Santiago, Ariana y hasta Francisco estaban tan entusiasmados que nosotras...

Habitación 304. Reviso todos los detalles, templo las sábanas y pongo la flor sobre la almohada. Cierro la puerta. Definitivamente reverdecimos. Un huésped viene por el pasillo. Me detengo y le doy la bienvenida. Sus ojos son azul piscina, no puedo evitar mirarlos... Y tu iris se teñía de verde. Es un reflejo, me decías. Camaleón, así te llamaba; y los besé. Los párpados, las pestañas, tus cejas. En ellos vi pastizales y paredes encaladas, las sábanas de algodón planchado, los arrayanes florecidos, los guayacanes. Vi las hortensias. Eran tan claros... Se sonreían cuando no podías evitar hacer esos tus chistes que brotaban de los lugares más disparatados de tu mente señalando absurdos que aligeraban la vida haciéndonos olvidar quiénes éramos, a quién nos debíamos... Te acuerdas cuando hacíamos los huevos salvajes de gallinas locas. Cómo te divertías dándoles maíz de crispetas para que los huevos fueran bárbaros... Me hacías reír, hacíamos el amor y reíamos. Todo en esa casa fue tan distinto... Nunca volví a probar desayunos como los de Ráquira... Tomaticos con cebolla junca. Leche recién ordeñada. Queso fresco. Pan... ¿te acuerdas de esos panes que hacía Josefina?... Ay Andrés, ¿por qué te fuiste a morir donde ella? ¿Por qué le hiciste eso? ¿Qué fuiste a buscar allá...? A qué horas perdiste definitivamente el rumbo... Te abandoné una vez, la primera vez, pero tú lo hiciste un millón de veces y volví a abandonarte. Volaste en círculos y una corriente cálida, una espiral ascendente te llevó a lo más alto y como ángel to-

caste el sol, pero como Ícaro caíste. Cuando leí tu carta, esa carta, sentí que mi mano te inyectaba el veneno y te acunaba mientras morías. No, no Andrés... No.

Y tuvo que pasar el tiempo... mataron a William y Federico tomó las riendas de todo... Y vi los hilos; me di cuenta de que esos hilos de marioneta de los que hablabas en tu carta había que cortarlos. Ya no estabas. Me habías abandonado sin condenas ni perdones, me habías dejado para siempre. Las mujeres y los hijos debíamos empezar de nuevo a construir sobre los muertos. Era definitivo.

Andrés, todo ha cambiado... si me vieras. Ahora mi oficio en este hotel, tan bello, tan honestamente bello, es cuidar de los huéspedes; si pudieras, verías que ahora debo velar por todos los detalles para hacerlos sentir mejor que en sus propias casas... ¿Te das cuenta, Andrés?

Dos sobres

Taxista (Cartagena, julio de 2019)

Cae la noche y se levanta el bochorno. Me llaman del hotel. Carrera al aeropuerto. Un par de doñas, más bien una doña y una pelada, se suben al taxi. Ella me recuerda a mi hija, la que se fue a buscar un mejor futuro en la capital... desde hace tres años no la veo. La miro por el espejo, no puedo dejar de verla, se me hace muy familiar.

Durante el recorrido, la pelada me dice que se llama Marta y que estaba haciendo una investigación sobre un crimen que ocurrió hace un tiempo atrás. Pregunta que si no me molesta hablar sobre la noche que recogí a aquel hombre.

—¿Quién le habló de ese hombre?

—Ana. Doña Ana me dijo que usted sabía algo. Que tenía dos cosas para nosotras.

—No me molesta, niña, igual, quién se puede resistir a una cara tan bonita...

Me encontraba estacionado en el aeropuerto y unos señores, como con pinta de detectives o una vaina así, me pidieron que los llevara al Hotel Caribe. Durante el viaje comenzaron a hablar de un caso, donde mencionaron un nombre que se me hacía muy familiar: William... William... William... ese nombre retumbó por varios minutos en mi cabeza y automáticamente me recordó aquella noche...

Me habían llamado del acopio para reemplazar una carrera de un amigo en el Hotel Topacio, en donde recogí a un tipo que tenía puesta una camisa de flores, unos pantalones blancos de hilo fino, de los que traen de las islas caribeñas, y unos mocasines sin medias. Su ropa era tan floja que parecía prestada. Llevaba en la mano un sobre y en la otra un morral. Se subió de prisa y me pidió que lo llevara lo más rápido posible al aeropuerto, que tenía un vuelo a las siete y que no lo podía perder.

No dije ni una palabra y encendí el taxímetro. Miré por el retrovisor, vi la cara de angustia que traía consigo, esa misma cara que puse yo cuando el médico me dijo que a mi vieja le quedaban tres meses de vida. Miraba su celular y no paraba de hacer llamadas que nunca contestaban, pues cada vez que terminaba de marcar solo maldecía.

Mientras pasábamos por la avenida Santander me pidió acelerar. Con un tono desesperado me dijo que desde hacía ya varios minutos una moto nos venía persiguiendo. Su expresión se tornó fría, estaba preocupado y noté varias veces que secaba el sudor de sus manos en el pantalón. Tragué saliva y en mis entrañas le pedí a mi Dios que hoy no fuera el día, entonces me fui zigzagueando por varias cuerdas hasta que los logré esquivar.

Pasamos por Bazarro y de repente me dijo que me detuviera. Paré preguntándole por el vuelo y me dijo que ya no importaba, que tenía que perderse. El hombre me pasó varios billetes, salió disparado del taxi, como dicen por ahí, como alma que lleva el diablo, es más, ni siquiera esperó el cambio. Me quedé mirándolo hasta que se me perdió entre el gentío. De allí me fui para reunirme con mi combo en el centro de la ciudad y tomarnos unas frías y cuando iba a abrir la puerta del taxi vi una carta, la misma que tenía aquel hombre. Fíjese usted. Al principio no quería leerla, porque meterme en los asuntos de los demás me ha llevado a un par

de problemas... pero pensé también que a lo mejor ni me toparía nunca jamás con él.

Al terminar de leer esa carta quedé muy intrigado. Inmediatamente me invadieron la mente un centenar de preguntas: ¿quién sería William? ¿Por qué lo querían matar? ¿Dónde estuvo metido estos días? ¿Seguirá en la cárcel? No quise pensar más y la guardé en el gabinete.

Por aquí nos puede dejar, me dijo uno de los investigadores, interrumpiendo mis pensamientos, y justo antes de que se bajaran les dije que hacía un tiempo atrás, como año... o año y medio... no recuerdo bien, alguien había dejado... No me prestaron atención y se bajaron dándome solo las gracias y tuve que pitarles para reclamar el pago.

—Todavía tengo la carta, aquí, en el gabinete...

Marta la toma en sus manos. Tiembla. Lee en voz alta.

—¡Qué regalo nos ha dado!

Están emocionadas, verdaderamente agitadas.

—Yo sabía, niña, que algún día alguien se iba a interesar sinceramente por esa carta. Yo sabía que ese hombre era importante. Un muerto importante. Yo sabía que era valiosa y que de ahí podía salir algo.

—¿Se da cuenta, profe? ¿Se da cuenta?

—¿Qué? ¿De qué?

—Fue tan asesino William como Andrés.

—Y El Perico en el medio.

—Tanto bajar esas cartas y los investigadores no vieron el comodín.

—Y William está vivito y coleando.

—Doña, falta la ñapa.

—El crimen ferpecto...

—Arrinconó a Andrés hasta el suicidio y desapareció.

—Y ahora William está muerto para el mundo, ya nadie lo busca.

—Doña, falta la ñapa.

—¿La ñapa? ¿Cuál ñapa?

—Sí, el sobre cerrado que me dio la seño del hotel. Me dijo que se los diera cuando llegáramos al aeropuerto. Y aquí estamos.

Elsa se lo arrebató y lo mira a trasluz. Marta se lo arrebató y lo rasgó.

La noticia
(22 de junio de 2017)

DIARIO DE SEVILLA

SUCESOS

El desarrollo de los paliativos baja la petición de eutanasias

EFE

De las 100.000 personas que requieren estos cuidados cada año en España, menos de la mitad los reciben.

Dos detenidos por intentar quemar a un indigente en Las Palmas

EFE

Los jóvenes prendieron fuego a una cortina de baño con la que la víctima se cubría a modo de manta. Están acusados de tentativa de homicidio y de un delito de odio.

Interpol identifica el cadáver de un supuesto ciudadano Guyanés, como el empresario colombiano William Arango

EFE

El cadáver de un sujeto muerto a cuchilladas en el mercado de Sevilla hace cinco días, fue identificado después de hacerse una prueba dactiloscópica por Interpol. Se trata de empresario William Arango, un Hotelero de Medellín Colombia a quien se le creía muerto hace varios años. La policía española ha iniciado contactos con el Consulado Colombiano en Sevilla, para adelantar los procedimientos de entrega del expediente y del cadáver para ser remitido a su país de origen.

–Lo mataron como a una rata, anónimo.
 –Murió igual que El Perico.
 –Arma blanca.
 –Acuchillado en una calle.
 –Y Andrés, seguramente él lo supo antes de matarse.
 –¿Cómo habrá sido ese último día de Andrés?
 –Han pasado dos años, Marta...
 –¿Él lo supo? ¿Supo que William estaba vivo y lo mandó matar?
 –O solo se enteró de que finalmente su socio encontró la muerte en Sevilla.
 –Qué pobre vida la de William después de la muerte de El Perico.
 –Una vida miserable como la de todos los bandidos.
 –Y ¿cómo fue a parar a España? ¿Por qué esta noticia no trascendió en Colombia? ¿Por qué?
 –Muy conveniente para ellas ¿cierto?
 –Un apellido limpio, un hotel nuevo.
 –Y la conciencia...
 –Ellas necesitaban que alguien supiera la verdad...
 –Eso no lo entiendo... ¿Qué ganan ellas, si ya ganaron?
 –Paz, Elsa, paz.
 –Un crimen perfecto es el que no tiene castigo.
 –Precisamente, lo perfecto de todo esto es que el castigo ya fue infligido.
 –Y ya no hay pecado.
 –Una conciencia limpia para seguir adelante y albergar nuevos huéspedes.
 –¡Marta! ¡Resolvimos el caso!
 –¡Al fin!
 –¡Llame a Ramírez! ¡Llámelo ya!
 –¡Ramírez! ¿¡Ramírez!?! Noooo, profe... ¡Esta historia es mía!

No existe vida después de la muerte

William (Medellín, mayo de 2017)

Llevo mucho tiempo oculto en la clandestinidad. Tengo una gran cantidad de dinero y, para mantener mi anonimato, vivo en modestas condiciones en un hotelito de regular calidad cerca del mercado de Triana en Sevilla.

Nadie me conoce. No tengo amigos. Paso los días leyendo en mi cuarto, o deambulando por la ciudad evitando los centros culturales que tanto me atraen y los lugares que frecuentan los turistas, por temor a que alguien me identifique. Mi nueva apariencia me protege. Ahora tengo barba poblada, siempre llevo sombrero de ala baja, anteojos y los hombros colgados. Aprendí a caminar un poco torcido y nunca miro a la cara de una persona.

Siempre fui importante. Al igual que elegante, fino, de gran cortesía y muy exitoso con las damas. Nunca llegué a sentir embriaguez, aunque todos los días bebía licor. Un buen *whisky* o mejor, un delicioso Dry Martini, una copa de vino, siempre en algún lugar exclusivo. Respetable hotelero, o poderoso capo del mundo subterráneo del comercio de estupefacientes. Esa fue mi vida durante mucho tiempo.

¿Qué pasó luego? ¿Qué fue lo que me convirtió en un prófugo?

¡La traición de Aramburo! Cuando la Negra cantó en el juicio que le hicieron en Valledupar, él quedó al descubierto como el verdadero autor de los asesinatos. Por eso la pena que le impusieron a La Negra fue realmente leve en su

condición de víctima del abuso del lechero y de cómplice de Aramburo.

Lo que siguió de allí es algo totalmente insólito. Él declaró en el juicio que había compartido conmigo la estrategia criminal y que todo lo que hizo se lo sugerí yo.

Poco tiempo después, estando en una sesión plenaria de la Asamblea de Cotelco en el Centro de Convenciones de Cartagena, un piquete de cinco policías entró al recinto y delante de todos mis colegas hoteleros me llevaron preso. Al día siguiente me internaron en la cárcel de Ternera y allí permanecí hasta que, después de la salida de El Perico, un amigo recluso a quien le había prestado mi identidad, yo logré escaparme sobornando a siete guardias con una apreciable cantidad de dinero.

Todo lo sucedido fue una vil patraña para involucrarme en el acto de acabar con la vida de varias personas, de lo cual juro que nunca fui partícipe. El otrora amigo de juventud, Andrés, enceguecido por la sevicia, terminó por ordenar mi muerte. Y lamentablemente eliminaron a la persona equivocada, cuyo parecido conmigo era visible.

Mis perseguidores bajaron la guardia cuando dieron muerte al amigo El Perico, creyendo que me habían eliminado a mí. La misma noche del asesinato subí a bordo de un crucero que se hallaba haciendo escala en un viaje por el Caribe. A cambio de una gruesa suma, el capitán, aceptó llevarme hasta la siguiente parada en Jamaica.

Pero la casualidad hizo que en el muelle, cuando me disponía a subir al buque, viera a Lucrecia, la amiga de Aramburo. Ella estaba despidiendo a alguien que también iba a abordar. No estoy seguro de que me haya visto, pero existe alguna posibilidad de que mi verdugo se entere de que aún estoy vivo, por lo que nunca me siento a salvo y tengo la certeza de que alguien acabará con mi vida.

Al llegar a Kingston establecí contacto con un viejo amigo falsificador que me creó una identidad nueva. A partir de allí, me convertí en Monsieur Hippolyte Bayard, oriundo de la Guayana Francesa; además estaba favorecido por mi dominio del idioma Francés y la familiaridad con el país galo.

Finalmente, llegué a Marsella porque allí vivía Edmond Mastrangelo, un amigo del negocio de los estupefacientes que me recibió por unos días en su mansión en Aubagne, un pequeño pueblo no muy lejos de la ciudad.

¡Cómo lamento que hayan asesinado a mi compañero El Perico! No era seguro que los secuaces de Aramburo también lo confundieran conmigo como sucedió en la cárcel de Ternera. El Perico fue un amigo ocasional que nunca se enteró del motivo por el cual me tuvieron recluido en la cárcel y yo jamás supe qué le había llevado a caer en igual desgracia. Los días de reclusión con él estuvieron enriquecidos con inolvidables tertulias llenas de sabiduría popular. Nunca he conocido a alguien tan generoso.

Hace unos meses fui a Medellín con el propósito de arreglar las cuentas pendientes en relación con mi fortuna, principalmente porque nadie la conoce en su totalidad y porque tengo la certeza de que tarde o temprano mis perseguidores terminarán por liquidarme.

Ese viaje fue una mezcla de riesgos y emociones, vividas en completa soledad.

¿Cuál podría ser el lugar más seguro para alojarme?

¡Pues mi propio hotel! Mi apariencia, mi falsa identidad y mi fingido acento francés, me permitieron pasar desapercibido.

Entonces visité a mi viejo amigo Alejandro Álvarez en su oficina de la universidad para pedirle que fuera mi albacea cuando llegara la hora de abrir mi testamento. Casi lo mato de la impresión cuando le descubrí mi propia identidad. Fue

muy grato verle de nuevo y enterarme por él de muchas cosas que habían sucedido en Medellín durante mi ausencia.

Luego fui a la Notaría primera del municipio de Itagüí, en donde pude recuperar mi identidad verdadera después de poner un denuncia en una estación de policía. Esto no fue difícil por mi vieja amistad con la notaria. Ella me garantizó que mantendría en secreto la noticia de que estoy vivo, hasta cuando fuera oportuno. Allí consigné mi testamento, cumpliendo con todas las normas legales que ella me exigió.

Pero la adversidad me ha seguido persiguiendo. Cuando estuve de regreso en Marsella, me enteré de que Mastrángelo había caído en desgracia a causa del fracaso en la entrega de un cargamento de heroína que los compradores ya le habían pagado y que pretendía entrar por el aeropuerto Marseille Provence. *Le Figaro* mencionó como probables ejecutores a las mafias colombianas, o a la policía local que lo seguía constantemente esperando un motivo para liquidarlo.

Entonces supe que me tenían en la lista de secuaces de Mastrángelo. Me enteré por la radio de que mi nombre estaba en la lista de buscados por la justicia francesa e inmediatamente viajé a España y me establecí en Sevilla, al amparo de un amigo con quien había manejado negocios durante mucho tiempo. Esta vez he evitado tanto como me sea posible que me vean con él. Trato de vivir de manera modesta para no llamar la atención.

En el testamento que dejé en Medellín, le di cierre a mi vida familiar y sentimental de una manera digna.

Ahora recelo de todo el mundo. Cuando identifico a un colombiano por el acento, hablo en francés. Pero no faltan los deslices porque transpiro esa cosa que desentona y me delata. Entonces, se apodera de mí el miedo, un presentimiento de lo inevitable y a la vez un oscuro deseo de pagar mis deudas, de buscar el descanso en el olvido, de volver a perder mi nombre y mis recuerdos.

Los autores

Alejandro Álvarez Vanegas

Profesor de la Universidad Eafit. Activista. Se relaciona con la escritura de a poquitos, como con gotero, como coqueteándole. Ella le gusta. Él (eso cree) no le es del todo indiferente. Ha soñado que se entrega a ella y es feliz. Se conformaría con dedicarle una de sus vidas.

Ana María Cadavid Moreno

Arquitecta dedicada a observar los engranajes de la vida para escribir.

Ana María Franco Quintero

Estudiante de Composición Musical; para ella la escritura, a través del poema y el cuento, ha sido desde siempre un instrumento para entender el mundo y desarrollarlo.

Ana María Jaramillo Escobar

Empezó a escribir desde muy pequeña en un cuaderno de regletas que le regaló su hermana. Estudió Ingeniería de Diseño de Producto en la Universidad Eafit y tomó algunos cursos de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Ha he-

cho parte de diversos talleres de escritura y sus poemas y escritos han sido publicados en diferentes antologías. En 2012 se publicó en Chile su primer libro para niños: *En el jardín*.

Andrés Aramburo

Ingeniero de producción de la Universidad Eafit. Busca en la escritura una oportunidad para una vida más plena.

Blas Navarro Meza

Docente investigador, Magíster en Gobierno y Políticas Públicas. Es un apasionado del cine, el arte y la escritura. Valora mucho las cosas simples y pequeñas porque en ellas está la magia.

David Roldán Palacio

Sí, ya cuenta con 30, y desde hace un tiempo tiene un sueño recurrente. Confía en que —pronto— cuando despierte, además del dinosaurio también esté allí un matemático.

Elena Mejía Uribe

Estudiante de economía. Su abuela le leía todas las noches antes de dormir y nunca perdió la costumbre, ni los sueños llenos de imaginación. Las únicas formas de meditar que conoce son escribir y pintar.

Guadalupe Rivera

Cuenta las escalas de subida, apuntala todos los botones en sus ojales, anda arrastrando un poco el pie derecho y siempre cumple lo que promete. Trabaja en Eafit, y cuan-

do le preguntan por lo que hace dice con sinceridad que no sabe, porque de verdad no sabe. Así es feliz: su sonrisa de Buda parece demostrarlo todo el tiempo.

José J. Duque

Su problema es que ve bajar los carros desde el balcón y se pregunta a dónde irán. Su problema es que se aburre de la forma esférica del tiempo, y que sus pasos pisen una y otra vez las huellas de sus pasos. Su problema es abrirse espacio entre las hojas de un libro y llegar otra vez a la simple realidad. Su problema está en dar con los acordes de su corazón, encontrar sus tildes y la ortografía que lo escribe.

Laura Usma Márquez

Estudiante de Administración de Negocios de la Universidad Eafit y miembro del Grupo Letras desde el 2017. La escritura para ella es un medio por el cual puede transformar la realidad.

Lina Marcela Cataño Bedoya (Kiwi)

Ingeniera de Diseño de Producto de la Universidad Eafit. Su relación con la escritura va trazada por líneas delgadas a las que se fija como si fueran líneas de vida, confiando lo único que tiene y postergando lo único ineludible.

María Clara Salinas Alzate

Música compositora y estudiante de la Maestría en Estudios Humanísticos de la Universidad Eafit. Le gusta escribir, la carpintería y dormir.

María José Gaviria Olarte

Estudiante de Administración de Negocios. Amante de los animales, los deportes y las buenas películas. Desde que tiene memoria escribe cuentos con mucha imaginación y las novelas policíacas son sus favoritas.

Marta María Peláez Gaviria

Estudia el patrimonio cultural inmaterial desde el Derecho y la Antropología Social. Vive, observa y registra lo cotidiano: Conversaciones, infusiones de lavanda, clases de tango. Colabora con una editorial independiente. Tiene alma de bruja que vive entre aromas y sabores. Cree ser una investigadora que escribe sobre investigadores. Esperen...

Mónica Quintero Restrepo

Camila Avril. No es periodista. Prefiere pensarse como alguien que escribe, que pregunta mucho, y cuando pregunta, escribe. Sabe que existe porque una M la inventa, aunque la M no es un dios, solo alguien en un mundo paralelo. No es posible saber cuál es la real, si la M o ella, pero así es la vida. No hay certezas. Llegó tan tarde a este libro, que no sabe qué escribió, o qué quedó de ella, pero ahí va: de todas maneras es una letra.

Natalia Restrepo Córdoba

Comunicadora. Para ella la escritura es un espejo donde puede verse y encontrarse cada vez que quiere. Es la manera en que hace catarsis y pone todo en orden.

Oriana Maya Marín

Es estudiante de Derecho. Desde pequeña ha amado leer y poco a poco fue dándose cuenta del mundo de la escritura. Es la manera en la que entiende mejor el mundo. No hay blancos y negros, solo mensajes.

Paula Andrea Gaviria Gaviria

Ingeniería Civil de profesión y escritora. De su trabajo poético se resalta sus libros inéditos *Pájaros de Pan* y *OM New York*; en la escritura infantil su libro publicado *Italia*, marca su inicio por el mundo de las Letras.

Santiago Fiallo Acevedo

Estudiante de economía al que le gusta leer. En la escritura solo busca mentir a medias.

Santiago Hoyos Buitrago

Profesor de creación literaria, autor de la novela *El laberinto de los sonámbulos* (2014) y del libro de cuentos *Historias para aguantar un lunes por la mañana* (2015). Estudiante de la maestría de Escrituras Creativas de la Universidad Eafit, y miembro del Grupo Letras desde 2006.

William Arango Hurtado

Fotógrafo y escritor, trabaja simultáneamente con su cámara y con su pluma. Hace mucho tiempo se dedica a la fotografía como docente y como investigador. Ha ganado varios importantes premios con su trabajo fotográfico. Es miembro del consejo editorial de la revista *Enfoque Visual*.

Canto de cigarras

Se terminó de imprimir en Artes y Letras S.A.S.

En diciembre de 2017. Para su elaboración se
utilizó papel Propalibros beige de 70 gramos.

La fuente empleada fue Bell MT 12 puntos para
textos y 16 puntos para títulos.

Alejandro Álvarez Vanegas
Ana María Cadavid Moreno
Ana María Franco Quintero
Ana María Jaramillo Escobar
Andrés Aramburo
Blas Navarro Meza
Camila Abril
David Roldán Palacio
Elena Mejía Uribe
Guadalupe Rivera
Jose J Duque
Laura Usma Márquez
Lina Marcela Cataño Bedoya
María Clara Salinas Alzate
María José Gaviria Olarte
Marta María Peláez Gaviria
Natalia Restrepo Córdoba
Oriana Maya Marín
Paula Gaviria Gaviria
Santiago Fiallo Acevedo
Santiago Hoyos Buitrago
William Arango Hurtado



Querido Lector:

Al principio, como todo en sus comienzos, era un cándido juego de cartas: Escribimos los nombres, los recortamos para ponerlos en una bolsa que se agitó, que se revolvió, cerramos los ojos y sacamos un papelito. Nada más inocente. Cada uno miró en secreto la identidad de su destinatario. La primera carta sería el embrión que iba a marcar el derrotero de un lenguaje íntimo, el diálogo secreto de dos. Pero en realidad no solo eran dos porque ese destinatario también tenía una correspondencia personal con otro y, la verdad sea dicha, esos cuatro tampoco estaban solos porque parte del juego era la lectura de esas cartas en el taller (ah, cómo disfrutábamos de esos momentos...). Y todo se fue trenzando: romances, reclamos, traiciones, amancebamientos, citas, líos, declaraciones, testimonios y un asesinato que acarrió la llegada de un investigador que a su vez engendró una investigadora de investigadores para así, poco a poco, de párrafo en párrafo, palabra por palabra, lograr entonar este coro enloquecedor de cigarras.

Atentamente:

Los 22 autores y los 24 personajes.



Silaba

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Vigilada Mineducación